José L. Caravias S.J.

MATRIMONIO Y FAMILIA A LA LUZ DE LA BIBLIA

Colección BIBLIA 33
Iglesia de Cuenca

- -

A MODO DE INTRODUCCION

Todos los que han escrito comentarios a la palabra de Dios demuestran recelo en el instante en el que deben conectar esa palabra con las más evidentes realidades humanas. De una manera especial los comentaristas de los primeros libros bíblicos, mientras nos solazan en la límpida naturalidad creadora de las primeras horas, tratan de esconderse, como Adán desnudo, cuando tienen necesidad de referirse al ser humano que ama, por haber sido formado a la imagen de Dios Amor.

El amor, revelación de la energía presente de Dios en toda vida, es de por sí y para todo viviente el punto de contacto de la realidad sentida y experimentada, con la sobrenaturalidad imaginada y deseada. "Dios es amor y todo el que ama conoce a Dios" nos dice Juan y lo hemos sentido, dentro de la capacidad de cada uno, todos los seres humanos. Algunos llegan a definir con tanta sencillez la presencia de Dios Amor en la vida, que descubren en ella una permanente relación de humanidad y divinidad. Otros, por razón cultural de cualquier especie, temblaron ante lo divino y se acercaron al amor en un intento entremezclado de magia y tragedia.

Los tratadistas de moral cristiana soslayaron con mucha frecuencia la naturalidad del amor y se inclinaron con precaución a los bordes de lo trágico, como si la moral fuera exclusiva defensa y el amor agresión. Mil vicios nacieron de este error mantenido por siglos. Pero la actitud de la Iglesia de hoy, en su apertura sencilla a la presencia de Dios en las realidades, ha cambiado la orientación de los tratados y ha urgido en los maestros de la fe un estilo de naturalidad que nos acerca indiscutiblemente a las más originales fuentes. Dios creó al hombre a la luz del día y se le reveló como Amor en la claridad de lo sencillo, lo puro, lo limpio.

José Luis Caravias, S.J., enamorado de la Biblia y de la energía

formadora que de ella brota, profundiza en los primeros testimonios bíblicos sobre el amor de la pareja humana, sobre la unión de esa pareja como símbolo de la Alianza que conmueve a los Profetas, sobre el más rico contenido de la literatura sapiencial que se solaza en la dignificación de la mujer y nos prepara al Antiguo Evangelio del Amor que es el CANTAR DE LOS CANTARES y a la Teología del amor familiar vivida y anunciada por Tobías.

Este conocimiento de la antigüedad bíblica le permite a Caravias entrar seguro en el sacramento nuevo: el Amor en la doctrina de Cristo. El, sacramento del Padre, nace y se forma en familia; El, mensajero del Padre, nos da en su vida una prueba de lo inseparable de amor y amistad; El, hijo de una madre, nos enseña cuánto aprendió de ella como hombre, revelando a la mujer en auténtica madre y maestra del Amor. Con este presupuesto antiguo y nuevo de la Biblia, el estudio de la sexualidad en el Evangelio, anula lo mágico y lo trágico de las antiguas ascéticas y éticas y nos ofrece la buena noticia de un Amor que forma, evangeliza, libera y redime.

Así, Caravias, puede escribir con rica humanidad enamorada sobre la Sagrada Familia, sobre la consanguinidad bíblica de Familia y Reino de Dios, sobre el Amor y sus fundamentos teológicos, desde los cuales el Concilio Vaticano II da a la familia la cualidad de sacramento de auténtica consagración.

Luis Alberto Luna Tobar ocd.
Arzobispo de Cuenca

INTRODUCCION

Cuando encontramos a un amigo, lo correcto es preguntarle, primero, cómo está él; y enseguida interesarse por su familia. Sólo cuando escuchamos la respuesta pasamos a hablar de otros asuntos. Esta costumbre nos viene a decir algo que resulta obviamente significativo: para muchos, lo más importante es la familia. Porque, para cualquier persona normal, el círculo de su propia familia es el pequeño mundo en el que vive toda una serie de relaciones decisivas en la vida.

Por eso, vamos a intentar enterarnos de lo que la Biblia nos dicen sobre este asunto. Porque parece lógico pensar que, si la familia es algo tan importante en la vida de la gente, algo también importante dirá la Biblia sobre ella.

Ultimamente son innumerables los libros publicados sobre matrimonio y familia, pero llama la atención el vacío que se observa cuando uno trata de encontrar estudios competentes que traten de iluminar el hecho de la familia a la luz de los criterios bíblicos. Intento llenar este hueco, poniendo al alcance del pueblo creyente este resumen de algunos pocos estudios bíblicos que he podido encontrar. Una vez más he intentado organizar una "minga" de especialistas. Sus ayudas, invalorables, las procuro poner un poco más en sencillo. Y como en todo buen trabajo comunitario, al final lo realizado es de todos y le sirve a todos.

Veamos, pues, un esbozo de las temáticas familiares que se presentan en la Biblia. A partir de este estudio, espero que muchos matrimonios se sientan llamados a seguir profundizando en estos temas, tan vitales para todos.

Hoy en día existen, gracias a Dios, matrimonios cristianos seriamente preparados en Biblia. Ellos son los encargados de profundizar, vivir y ayudar a vivir los ideales expresados en la Palabra de Dios. Sólo pretendo ayudarles a iniciar o avanzar un poquito más en el camino emprendido.

EL DESAFÍO DE LA REALIDAD

Será útil comenzar recordando la realidad que hoy encontramos en la familia. Esta realidad es un reto para nuestra fe. Resulta que muchas veces a la familia tradicional se la ha considerado como modelo de familia "cristiana". Pero si nos fijamos en ella detenidamente con la verdad de la humildad veremos que estamos lejos del ideal cristiano. Esta humildad inicial nos ayudará a atender mejor el mensaje bíblico sobre la familia.

Si la teología ha tardado en considerar las realidades socio económicas como lugar donde vivir y practicar el mensaje bíblico, más está tardando aún en ver a la familia como el espacio privilegiado en el que se puede y se debe vivir el mensaje de la Biblia. Por lo general, al hablar de los valores familiares nos contentamos con valores puramente naturales. Parece como si en este aspecto la Biblia y, sobre todo, Jesús no tuvieran nada nuevo que añadir.

Es posible que la fe haya llegado poco a la familia en cuanto tal. Y es posible también que dentro de la familia tradicional hayamos considerado como valores cristianos a realidades que quizás no son cristianas.

Aun a riesgo de recargar un poco las tintas, resultará útil comenzar fijando la mirada en ciertos aspectos negativos, que servirán como telón de fondo para hacer resaltar más nítidamente el mensaje bíblico.

En la familia tradicional muchas veces el **padre** hace de **patrón** indiscutible. La dirección y las decisiones están sólo en sus manos. El poder del padre de familia a veces llega a ser prácticamente absoluto sobre la mujer, los hijos, la casa y los bienes. Y en la vida pública, la mayoría de las veces sólo él se siente llamado al prestigio y al poder.

Prácticamente en todos nuestros ambientes populares la esposa tiene a

veces una condición equivalente a la de una menor de edad, sólo que la patria potestad sobre ella la ejerce el marido y no el padre. Debe subordinarse al marido, admitiendo sus órdenes y tolerando, si es preciso, sus arbitrariedades y abusos.

No hay apenas condiciones para el diálogo. El padre de familia se siente llamado a ser duro, sin acceder a blanduras "femeninas". Piensa que no debe manifestar sus sentimientos más íntimos; no debe rebajar su autoridad, dando razón a los hijos o rebajándose a dialogar con ellos de igual a igual; no debe perder nunca la primacía en todo, aunque realmente no la tenga.

La mujer, en cambio, piensa que no debe abandonar jamás su natural posición de inferioridad y obediencia. Los hijos, aunque hoy estén más preparados y tengan planteamientos nuevos, deben callar y transigir; son menores perpetuos, a los que se pide obediencia total.

Así resulta que la familia se convierte de hecho en cimiento de una sociedad represiva, ya que el mundo en que vivimos está organizado de acuerdo a un hecho fundamental: la desigualdad. Desde este tipo de familia es posible la existencia de este orden socio político y cultural que beneficia a una minoría y oprime a casi todos. Ello se justifica ya desde la infancia, pues ese aprendizaje de la desigualdad como algo irremediable lo recibe el niño a través de los padres. Si los padres hacen suya la ideología del orden establecido, ésa sociedad tiene asegurada su reproducción, pero una reproducción donde la desigualdad y la opresión serán signos característicos.

Se ha dicho, y con razón, que la familia es base y célula de la sociedad. ¿Pero de qué tipo de sociedad? ¿De la cristiana? Si sólo el padre tiene el poder y la madre se muestra inferior, junto con los hijos, entonces la educación será opresiva y los hijos saldrán amaestrados para encajar sumisos las injusticias de siempre. Están acostumbrados a que uno solo es el que da las órdenes y el que maneja la plata.
Afortunadamente también existen familias solidarias, abiertas a los problemas de los demás, pero en muchos casos las familias viven sus problemas de espaldas a la sociedad, encerradas en la realidad

exclusiva de los miembros que la componen, sin proyección hacia fuera y sin responsabilidades públicas. Se piensa que la familia debe funcionar como algo privado, independiente, donde no deben llegar los conflictos de la sociedad. Se piensa con frecuencia que dedicarse a transformar la sociedad no es tarea de la familia. Los compromisos suelen ser sólo a escala personal

Otro dato importante: La familia actual cada vez está más atrapada por el **consumismo**. Una buena parte de los ingresos familiares se destina a gastos superfluos, aun a costa de pasar necesidad en los rubros básicos de alimentación, vivienda o educación. Se vive al ritmo de la propaganda.

Así resulta que la familia cada vez es más reaccionaria, porque se presenta tanto más feliz cuanto más consume, cuanto más tiene, y resulta que, para conseguir este fin, se doblega ciegamente al trabajo. Esta sumisión indica su conformidad total con la sociedad actual, su no disposición al cambio y, por tanto, su aprobación de la desigualdad y el privilegio. El ideal es tener más que los demás, generalmente sin importar mucho los medios.

Esta actitud resulta también real en la mayoría de las familias pobres. El no poder consumir al ritmo de la propaganda lo consideran ya como una desgracia, lo cual origina frustración y conflictos al no poder satistacer las necesidades superfluas, siempre crecientes, de sus miembros. Desesperadamente se lucha por entrar en la cultura del tener y del competir.

Otro lastre que acarrea la familia, ya desde muy lejos, es una visión poco humana de la **sexualidad**. Proveniente de épocas pasadas, sobrevive entre nosotros una represión social de las manifestaciones de la sexualidad. Y al mismo tiempo, los medios de comunicación exponen públicamente una sexualidad superficial, muy comercializada. Junto a un ocultamiento de la sexualidad, que encierra la idea de que lo sexual es pecaminoso, hay exhibición pornográfica de la relación sexual.

En los sectores populares se mantiene una gran ignorancia acerca de la sexualidad humana. Se desconocen los mecanismos biológicos y sus repercusiones físicas y psicológicas... Se tiene miedo a conocer. La sexualidad se queda frecuentemente a nivel de instinto; no se quiere desvelar su misterio humano y religioso. Con frecuencia se dan resistencias en contra de una sana educación sexual y más aún a tratar el tema desde el punto de vista religioso.

Es muy frecuente, debido en gran parte a la falta de formación en este aspecto, que las parejas no tengan un comportamiento sexual satisfactorio. El hombre, mal educado desde su infancia, busca su placer personal; la mujer, externa e internamente reprimida, no experimenta satisfacción sexual, y muchas veces considera que el placer es sólo para el hombre, y que ella se degradaría, si lo buscase. Este comportamiento sexual lleva a una profunda insatisfacción, que trae consecuencias graves para la vida familiar.

Pero el punto básico, en la mayoría de los casos, es la falta de un **amor maduro**. El mal empieza con que en muchos ambientes nuestros los jóvenes no tienen chance de conocerse y tratarse con suficiente sinceridad y libertad. Muchos matrimonios, por ello, se realizan de modo forzado, sin suficiente amor, ni un estado razonable de madurez. Además, una vez pasados los primeros entusiasmos iniciales, en la mayoría de las veces, se da una falta total de pedagogía en la marcha gradual del crecimiento en el amor.

El tema básico de la educación del amor apenas entra dentro del ámbito de la fe, ni en la educación que dan los padres a los hijos. La mayoría de los matrimonios llamados cristianos no tienen ni idea de lo que dice la Biblia sobre temas familiares. No hay un cultivo de la fe en este aspecto.
Se podrían plantear otros muchos puntos de vista. Pero basta con insinuar éstos. Sólo pretendemos indicar con el dedo la llaga, sin siquiera tocarla. Nuestro fin es ayudar a curarla.

La crisis actual de la familia puede crear en nosotros una sensación de angustia e impotencia. Sin embargo, toda crisis puede ser vivida desde

la fe como motivo de gracia y posibilidad de evangelización. Es una ocasión de renovación evangélica. Por eso intentamos realizar una lectura creyente de la realidad actual de la familia, a la luz del mensaje bíblico.

La familia es quizás hoy más frágil y vulnerable, pero en ello se nos ofrece una oportunidad mayor para que la fe pueda desarrollar su fuerza salvadora. Necesitamos crear una alternativa creyente a la familia actual.

La Biblia puede ayudar a iluminar y a solucionar, aunque sea en parte, tanta desorientación existente. Son muchas las personas que piden ayuda en esta materia. Porque, ciertamente, en muchos casos, hay muy buena voluntad.

Preguntas para el diálogo

1.- ¿Cuáles son los problemas principales de nuestras familias?

2.- ¿En qué medida los padres de familia son los únicos en casa que dan órdenes y manejan la plata?

3.- ¿Hasta dónde estamos en nuestra casa esclavizados al consumismo? Analizar en qué empleamos el dinero y en qué deseamos emplear aún más.

4.- ¿Nos preocupamos de seguir creciendo en el amor matrimonial y familiar? ¿Hacemos algo para educarnos mejor en el amor?

5.- ¿Tenemos claros los valores que, según el Evangelio, deben acompañar a una familia cristiana? ¿Nos quedamos sólo en los valores "naturales"? Procurar hacer una lista de nuestra jerarquía de valores: qué es lo que de hecho estimamos más en la familia y qué lo que menos estimamos.

A - ANTIGUO TESTAMENTO

En el momento en el que comienza la revelación bíblica, la situación de la familia entre los hebreos no se diferenciaba gran cosa de la de sus vecinos. Ciertamente dejaba mucho que desear a la luz de nuestra mentalidad actual. Y, sin embargo, Dios conseguirá resultados extraordinarios mediante una pedagogía sensacional basada en la dialéctica exigencia-condescendencia.

Yavé demostró una paciencia infinita con su pueblo. Conociendo sus debilidades, contó con aquellas personas concretas para realizar sus planes. No le importará esperar siglos hasta conseguir las metas deseadas. No quemó etapas, ni pisoteó tradiciones culturales de aquellos pueblos.

La paciencia de Dios no se confunde con la pasividad, o el fatalismo. Desde el primer momento se pone al trabajo para transformar a su pueblo y prepararlo poco a poco a la plena revelación del amor.

Jesús no hubiera podido dar su mensaje acerca de la familia en tiempos de Abrahán. Ni los tiempos ni los hombres estaban entonces maduros para ello. Pero tampoco lo hubiera podido dar, si Dios desde Abrahán no hubiera desencadenado ese proceso dialéctico de la exigencia-condescendencia. Con una gran paciencia que duraría siglos, empezó a exigirles valientemente el ideal, aun a sabiendas de que sólo después de siglos podría recoger la cosecha de esa semilla.

En el tema de la familia, como en cualquier otro tema, es necesario tener siempre en cuenta que no basta la enseñanza aislada de una frase o un libro de la Biblia para recibir ya un mensaje completo. La visión acerca de la familia de los primeros escritos no puede ser idéntica, por ejemplo, a la que aparece en los libros sapienciales o en el Nuevo Testamento. Para entender correctamente lo que la Biblia afirma sobre la familia es necesario entenderla en todo su conjunto, conscientes siempre de que la cumbre de la revelación está en Jesús.

1 - LOS PRIMEROS TESTIMONIOS

El pueblo judío, a quien Dios quería educar para el amor, era ingenuo y primitivo. Por eso la pedagogía de Dios se apoyó inicialmente en testimonios concretos. Entonces no era el momento de ideologías y doctrinas abstractas. Aquellos hombres elementales no estaban preparados para una reflexión de carácter teórico. En cambio, el ejemplo concreto y vital les iba muy bien.

Siguiendo esta pedagogía, Dios presenta al pueblo hebreo unos prototipos históricos de amor conyugal: el ejemplo de Abrahán y Sara (Gn 17,15-22; 18,1-15; 20; 21,1-21; 23), de Isaac y Rebeca (Gn 24), de Jacob y Raquel (Gn 29,6-30), de Moisés y Séfora (Ex 2,16-22), de David y Micol (1 Sam 19,11-17). Las grandes figuras de la historia de Israel, los padres del pueblo, han amado de un modo grandioso y ejemplar. Su testimonio será un estímulo para el resto del pueblo.

Quizás para nuestra mentalidad actual la ejemplaridad de estos personajes no nos convence plenamente. Sus vidas contienen aventuras extrañas a nuestro modo de concebir el matrimonio y la familia. Pero no por eso dejan de ser testimonios maravillosos de amor entre un hombre y una mujer, y mucho más en aquel tiempo.

Un dato importante de estos primeros tiempos es que Dios comenzó el proceso de revelación bíblica a partir de experiencias religiosas familiares. "El Dios de los padres" es un Dios familiar. Para hablar de la cercanía de Dios se usan expresiones de la vida familiar. Se habla de Dios en relación a las realidades familiares y de grupo, y no en relación a las necesidades del Estado. Dios está íntimamente relacionado con los elementos vitales para el grupo familiar: nacimientos, vida de los hijos, relaciones y tensiones entre esposos, mujeres, hermanos y parientes. La historia más extensa del Génesis habla justamente de un casamiento (24). Se da gran importancia a las genealogías y a las muertes de los familiares.

El Dios que va junto, que permanece ligado al grupo familiar, que está donde están los suyos, es una de las principales características de "la

religión de los padres". Y el Dios que acompaña, va también al frente de ellos. El prevé el nuevo lugar de pastoreo y de sobrevivencia.

Los cultos están también centrados en la vida familiar: nacimiento, casamiento, hijos, muerte. Y las funciones sacerdotales son realizadas por los miembros de la familia.

La religión de los patriarcas tiene, pues, características de una religión familiar. Es importante tenerlo en cuenta. Si pretendemos poner en marcha un nuevo proceso de evangelización, hemos de comenzar por la familia. Así lo hizo el mismo Dios…

2 - LA PAREJA HUMANA

a) La pareja en los primeros relatos del Génesis

En el Génesis encontramos dos relatos de la creación de la pareja humana.

El segundo, el yavista (Gn 2,4b-25), es más antiguo e ingenuo, lleno de metáforas plásticas y concretas, quizás redactado en tiempos de Salomón. El otro, el primero en la redacción actual (Gn 1,1-2,4a), es más reciente y elaborado, pero más abstracto, redactado seguramente por sacerdotes en tiempo del destierro de Babilonia. No es éste el lugar para detenernos a examinar las diferencias y complementaciones de las dos narraciones.

En los dos relatos se nos presenta el ideal que Dios tiene sobre la pareja humana. Como contrapartida de aquellos ambientes familiares bastante negativos, parece que Dios piensa que lo mejor es proponerles un gran ideal, prácticamente una utopía, que sólo al final de los tiempos se podrá realizar plenamente.

Esta utopía del amor del Génesis ha supuesto siempre una gran fuerza motriz para el pueblo judío y para toda la humanidad.

Hombre y mujer son creados a imagen y semejanza de Dios. El amor se ve en este contexto orientado ante todo a la procreación (hacen falta brazos para trabajar) como base para el dominio del mundo:

"Sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y soméntanla. Manden a los peces del mar, a las aves del cielo y a cuanto animal viva en la tierra" (Gn 1,28).

El poder, participado por Dios, de traer al mundo seres humanos es quizás la mayor bendición que nos ha dado Dios. Y esta bendición abarca todo el proceso educativo que hay que desarrollar en el niño y el joven hasta que maduran en una nueva personalidad.

En el marco grandioso de estas primeras páginas del Génesis la reflexión sobre la creación está llena de un optimismo extraordinario. Cuando Dios deja posar los ojos en su obra, capta su bondad y pureza internas. Cada una de las realidades que han ido brotando de sus manos amorosas quedan consagradas como buenas y, en el caso de la pareja, como *"muy buenas"*.

Estos textos revelan la presencia directa de Dios en la formación de la pareja humana. Los dos explican esta intervención divina de una manera directa: *"Dijo Yavé: No es bueno que el hombre esté solo. Haré, pues, un ser semejante a él para que lo ayude... Entonces Yavé hizo caer en un profundo sueño al hombre y éste se durmió. Y le sacó una de sus costillas, tapando el hueco con carne. De la costilla que Yavé había sacado al hombre, formó una mujer y la llevó ante el hombre"* (Gn 2,18.21-22). En el segundo texto se descubre la misma voluntad soberana: *"Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen. A imagen de Dios lo creó. Macho y hembra los creó"* (Gn 1,26-27). Según ambas descripciones, la creación del hombre, en su doble cualidad de varón y mujer, no tiene su origen en ningún principio mitológico, ni su dimensión sexual ha sido causada por algún poder maligno, sino que todo es fruto de la palabra creadora de Dios.

El relato más antiguo de la creación de la pareja (Gn 2,21-24), lleno de imágenes poéticas, contiene datos interesantes para comprender el significado de la atracción entre el hombre y la mujer. Parece como si la soledad del hombre por primera vez produjera en Dios la impresión de que algo no estaba bien en su obra creadora: *"No es bueno que el hombre esté solo. Haré, pues, un ser semejante a él para que lo ayude"* (Gn 2,18). Dios no acepta como un bien que el hombre sea un ser solitario.

La presencia de los animales no había bastado para solucionar la soledad humana, a pesar de su dominio y superioridad sobre ellos. En los animales el hombre *"no encontró un ser semejante a él para que lo ayudara"* (Gn 2,20). Justo en el momento en que les impone nombre como signo de su poder, siente de modo especial la necesidad de una ayuda, y el sentimiento de esta soledad le domina sobre el gozo mismo de su soberanía.

En esta situación es cuando la mujer se hace presente como gran regalo de Dios. El sueño profundo que sufre primero el hombre, anuncia, como en otras ocasiones, un gran acontecimiento:

"¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será Varona, porque del varón ha sido tomada. Por eso el hombre deja a sus padres para unirse a una mujer, y formar con ella un solo ser" (Gn 2,21-24).

El grito de exclamación manifiesta una alegría inmensa al haber encontrado por fin el reflejo suyo, la compañera y ayuda que anhela; lo único que ha podido elegir y hacia lo que se siente atraído entre todos los seres que acaban de desfilar ante él. Acaba de brotar una comunidad más fuerte que ninguna otra, en la que los dos tienden a identificarse en un solo ser.

La ayuda y comunión es claro que no se refiere sólo a una atracción sexual. El diálogo que aquí aparece entre el hombre y la mujer tiene resonancias afectivas y personales mucho más íntimas. Cuando el Antiguo Testamento afirma que la mujer es la ayuda del hombre, su significado es de una gran profundidad. Esta "ayuda" se traduce en roca firme en la que apoyarse, luz que ilumina, escudo que defiende, auxilio en quien confiar, fortaleza de los débiles, escucha atenta y cariñosa... Por ello el Eclesiástico, haciendo una alusión a este texto del Génesis, da también al encuentro con la mujer un horizonte muy amplio de ayuda:

"La belleza de una mujer alegra el rostro y supera todos los deseos del hombre. Si habla siempre con bondad y mansedumbre, su marido es el más feliz de los hombres. El que consigue esposa principia su riqueza, pues tiene una ayuda semejante a él, una columna para apoyarse. Por falta de cierres la propiedad es entregada al pillaje; sin mujer, el hombre gime y va a la deriva" (Eclo 36,24-27).

La llamada recíproca entre el hombre y la mujer queda orientada, desde sus comienzos, hacia esta finalidad. Por una parte, es una relación íntima, un encuentro en la unidad, una comunidad de amor, un diálogo pleno y totalizante, cuya palabra y expresión más significativa se encarna en la entrega corporal. Además, esa misma donación se abre hacia una fecundidad que brota como consecuencia

del amor.

Cuando Jesús en cierta ocasión se refirió a un problema conyugal, acudió a este proyecto primero como el modelo típico que había de mantenerse por encima de todas las limitaciones humanas: *"¿No han leído aquello? Ya al principio el Creador los hizo varón y hembra. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán dos en un solo ser. De modo que ya no son dos, sino un solo ser"* (Mt 19,4-5).

Algunas partes del mandato del Génesis se han cumplido ya substancialmente, como la necesidad de poblar la tierra. Algo se domina ya a la creación a través de la técnica. En cambio, el mandato de unidad total entre hombre y mujer en muchos de los casos está aún muy lejos del ideal. Se diría que entre las cosas nos movemos a gusto, pero que entre las personas somos un desastre. Por ello no es nada extraño que el capítulo tercero del Génesis hable de pecado refiriéndose en concreto al problema de la unión. Y ése es el punto en el que insiste Jesús en la cita que acabamos de ver.

b) La tragedia del pecado

A pesar de su optimismo, la Biblia no cierra los ojos a la trágica realidad: frente al mundo luminoso de la creación se alzan las sombras de matrimonios llenos de problemas, la familia dividida y la misma sexualidad corrompida.

El origen de este desorden es el pecado, que rompe la bondad y armonía de la creación. El egoísmo, la concupiscencia, el deseo descontrolado de tener son algo propio de nuestra naturaleza, débil y corrompida.

El relato de la caída de Adán y Eva va metido en medio de dos afirmaciones paralelas contradictorias. La primera cierra el anuncio gozoso de la comunidad nueva y grandiosa que acaba de nacer en el matrimonio: *"Los dos estaban desnudos, el hombre y su mujer, pero*

no sentían vergüenza" (Gn 2,25). La segunda afirmación, colocada inmediatamente después de la caída, indica el cambio que se había realizado: *"Se le abrieron los ojos a los dos, y descubrieron que estaban desnudos"* (3,7). Con el desorden nacía en ellos el sentimiento de culpa.

Según el ideal, la pareja estaba construída sobre una solidaridad perfecta. El hombre había acogido a la mujer con un grito de alegría (Gn 2,23); pero ahora le echa culpa a *"la mujer que me diste por compañera"* (Gn 3,22). Ya no forman los dos un solo ser. La ruptura realizada exige que la palabra de Dios se dirija a cada uno por separado para escuchar su propia condena (3,6-17).

El sufrimiento en lo más esencial de la humanidad -maternidad y trabajo- sustituye al gozo anunciado de la fecundidad y del dominio sobre la tierra (2,28). Es que la pareja, modelo de unidad y compenetración, está resquebrajada en su base. El egoísmo instalado en lo más profundo del ser humano, hace difícil la actitud de apertura y entrega amorosa. No es extraño entonces que la sexualidad adquiera una tonalidad sombría, y se convierta en algo considerado como impuro y malvado. Veamos una breve explicación sobre los pecados sexuales según el Antiguo Testamento.

c) El sexto mandamiento: Mutua dignificación

El sexto mandamiento según el Exodo dice textualmente: *"No cometerás adulterio"* (Ex 20,14). Para entender este mandato del Señor es necesario hacer referencia al motivo del Exodo, con su perspectiva de liberación y alianza. Por olvidar su contexto histórico con frecuencia se ha dado a este mandamiento un sentido legalista erróneo. La intención del sexto mandamiento es proteger el bienestar del matrimonio y, consiguientemente, de la familia.

Los israelitas habían salido de Egipto con la fe puesta en Dios para formar un pueblo de hermanos. Para ello había que liberarse de toda

opresión; y una raíz profunda, reproductora de opresión, metida dentro de la propia familia, es el hombre que se cree superior a la mujer, la domina y traiciona su amor.

En el sexto mandamiento, la ley de Dios muestra de un modo especial su profundidad. El cambio que quiere realizar en la sociedad es radical. La relación entre las personas debe cambiar totalmente. Debe convertirse en una relación de igual a igual, relación de amor y fraternidad. Y esta relación debe nacer desde el núcleo más íntimo de la vida: la relación hombre-mujer. ¡Es en la igualdad fundamental entre el hombre y la mujer y en el amor fiel entre los dos, donde se empieza a construir el Reino de Dios!

Por ello en los profetas la infidelidad matrimonial se compara a la infidelidad de Israel con Yavé. Y se acentúa, por lo contrario, la fidelidad permanente de Dios hacia su pueblo. El amor humano y el amor divino son dos realidades íntimamente unidas, que se iluminan y se fomentan recíprocamente. Por ello es tan importante la fidelidad al amor.

Por eso se considera al matrimonio como sacramento, es decir, como signo del amor de Dios, no sólo para los cónyuges y sus hijos, sino para todo el pueblo. Y el objetivo primordial del sexto mandamiento es preservar la comunidad de amor formada por un hombre y una mujer, que ha de ser una imagen de la fidelidad de Dios.

Este ideal nunca fue alcanzado en el Antiguo Testamento. El machismo fue más fuerte, y residuos de ello quedan en algunos textos bíblicos. Pero Jesús retomó el ideal y lo llevó a su perfección, como veremos más adelante.

El sexto mandamiento por mucho tiempo ha sido reducido a la práctica de la castidad, entendida como un esfuerzo por respetar el propio cuerpo. La Biblia, aun en el Antiguo Testamento, quiere más que esto. Quiere que sea respetada la imagen de Dios en el ser humano. Esta imagen aparece más plenamente cuando el hombre y la mujer llegan a un respeto mutuo y el amor entre ambos no es pretexto

para dominar al otro, sino motivo de crecimiento igualitario y armonioso para los dos.

d) Sexualidad humana

Las dos fuentes de la moral católica han sido siempre la Palabra de Dios explicada por la Iglesia y la reflexión humana sobre las exigencias de la ley natural. Sin embargo, cuando queremos catalogar la gravedad de un pecado, no basta acudir con ingenuidad a cualquier cita de la Escritura, pues la cultura en que ella se mueve no corresponde siempre a nuestras circunstancias actuales. La visión que aparece en la Biblia sobre el sexo ilumina y fundamenta la reflexión posterior, pero a veces no se puede concretar la importancia de cada conducta concreta. La Escritura no tiene una enseñanza detallada sobre conducta sexual, pero ciertamente aporta respuestas importantes a los interrogantes que hoy nos formulamos. Por ello no puede dajarse a un lado la meditación sobre el significado del sexo para descubrir el valor ético pisoteado en ciertas conductas.

La moral tradicional ha clasificado con exactitud los pecados en esta materia. Cualquier comportamiento aislado solitario (masturbación), o con personas del mismo sexo (homosexualidad), sin amor (prostitución), o sin estar ya institucionalizado (relaciones prematrimoniales), que nieguen la procreación (anticonceptivos), o la infidelidad del matrimonio (adulterio), lo considera siempre pecado grave.

En abstracto no podemos negar la objetividad de estas afirmaciones. Cualquiera de ellas señala un atentado contra alguna de las exigencias de la sexualidad humana. Cerrarse al amor o a su tendencia fecunda es la razón de fondo para cada una de esas condenas. La persona que no se preocupa por evitar los riesgos del instinto descontrolado y de integrarlo armoniosamente en su personalidad, está cerrada a un valor serio y trascendente y niega una exigencia básica del ser humano.

La sexualidad no es un medio de satisfacción privada, ni una especie de estupefaciente al alcance de todos, sino una invitación a la persona para que salga de sí misma. La realización de lo sexual no adquiere valor ético sólo porque se lo realice "conforme a la naturaleza", sino cuando ocurre conforme a la responsabilidad que tiene una persona frente a otra, ante la comunidad humana y ante el futuro. La sexualidad aparece, según la visión bíblica, como una posibilidad de encuentro y de apertura al otro.

Según esta visión, no se pueden dar unas normas cuadriculadas sobre cuándo hay ofensa a Dios y si esta ofensa es grave o leve. Depende mucho de la actitud que se tome. Y ello no quiere decir que pretendamos negar o disminuir la importancia de las faltas en este terreno. La sexualidad tiene una función decisiva en la maduración de la persona y en su apertura a la comunidad humana. Una negación teórica o práctica del significado profundo del sexo constituye un desorden grave por atentar contra una estructura fundamental del ser humano.

Lo que resulta difícil aceptar es la norma tradicional de que la más mínima falta sexual constituye objetivamente un pecado grave. La malicia del acto radica en la renuncia a vivir los valores de la sexualidad. Si una conducta aislada no llegara a herir gravemente el sentido de la sexualidad humana, no parece que ello se pueda considerar un pecado grave, aunque de hecho sí sea una falta contra el orden establecido por Dios.

En concreto, en el Antiguo Testamento, que ahora vemos, hay una condenación muy expresa contra el adulterio. La podemos constatar, además del texto de los mandamientos, en Dt 22,22-27; Jer 7,9; Mal 3,5; Prov 6,24-29; Eclo 23,22-26.

A lo largo de todo el Antiguo Testamento se encuentran cantidad de prescripciones referentes a temas tocantes a la sexualidad. Muchas de ellas son normas culturales y aun higiénicas. Sería fastidioso enumerarlas. Podría verse un resumen de ellas en Levítico 20,10-21. Casi ninguna de ellas nos atañen a nosotros, ya que nuestra cultura es

muy diferente.

La prostitución no es objeto de censura especial (Gn 38,15-23; Jue 16,1), pero la literatura sapiencial, mostrando un progreso evidente, pone en guardia contra sus peligros (Prov 23,27; Eclo 9,3-4; 19,2).

Existen testimonios que consideran a la homosexualidad como conducta contraria a los designios de Dios (Dt 23,18; Lev 18,22; 20,13; Jue 19,22-30; 1 Re 14,24; Gn 19,1-29). Es atacada duramente la bestialidad (Ex 22,18; Lev 18,23; 20,15-16; Dt 27,21). Adulterio, homosexualidad y bestialidad eran consideradas dignas de pena de muerte.

Jesús, como veremos más adelante, ahonda las prescripciones del Antiguo Testamento, alcanzando al pecado en su raíz, que es el deseo que proviene de dentro (Mt 5,28; 15,19). Pero su mayor avance radica en la comprensión con que trata al pecador, muestra visible de la misericordia del Padre Dios.

Preguntas para el diálogo

1. Contemos también nosotros, al igual que nuestros primeros padres, algunos ejemplos de matrimonios que se han querido de veras.

2. Realizar entre todos un comentario a los dos primeros capítulos del Génesis. ¿Qué mensaje nos da a nosotros como pareja?

3. Reinterpretemos el mensaje del sexto mandamiento. ¿Cómo lo entendíamos antes y cómo lo entendemos ahora?

3 - EL MATRIMONIO COMO SIMBOLO DE LA ALIANZA: LOS PROFETAS

Los profetas dan nuevos pasos en el proceso de revelación. Recuerdan sin cesar que el amor de Dios por los hombres es la razón última de su comportamiento. Pero lo inédito hasta ese momento es usar el matrimonio como signo e imagen de la Alianza entre Dios y el pueblo.

Dios es presentado como esposo y el pueblo como esposa. Dios es el esposo fiel que nunca falla y el pueblo es la esposa siempre amada, aunque casi siempre es infiel y a veces llega a ser una verdadera prostituta. Tan fuerte es la vinculación de la Alianza con el matrimonio, que se emplea la misma palabra, berith, para designar a ambos.

El matrimonio ganará extraordinariamente con este descubrimiento. No será ya algo sin importancia, sino un verdadero misterio religioso. La mujer poco a poco dejará de ser vista como una cosa que se compra y se bota cuando deja de interesar al hombre, pues es amada por Dios entrañablemente. La alianza entre hombre y mujer debe reflejar el amor de Dios a su pueblo.

a) Un testimonio de fidelidad: Oseas

Oseas es el primero que utiliza lenguaje matrimonial para explicar la comunidad de amor entre Yavé y su pueblo. Su matrimonio se convierte en símbolo de la verdad que predica. El toma por esposa a una prostituta. La ama de veras. Pero después de algún tiempo, ella le abandona para seguir su vida anterior.

Cuando Oseas se ve traicionado por su esposa y a pesar de ello siente que la sigue amando, se da cuenta de que eso era exactamente lo que sucedía entre Dios y su pueblo: Dios seguía amando a aquel pueblo a pesar de sus infidelidades. *"Ama a una mujer amante de otro y adúltera, como ama el Señor a los israelitas, a pesar de que siguen a*

dioses extranjeros" (3,1). Esto le llevó al profeta a mantener su fidelidad a pesar de la traición. Así, cuando la gente le preguntaba por qué no la denunciaba públicamente para poderle dar todos a pedradas el castigo que merecía, Oseas les respondía: Porque quiero que entiendan con mi actitud que la fidelidad de mi amor traicionado es un signo y una manifestación del amor de Dios, fiel a su pueblo a pesar de no ser correspondido. En los tres primeros capítulos del libro de Oseas puede verse con qué fuerza aparece su amor traicionado y su firme decisión de perdón y fidelidad.

Cuando habla de infidelidad conyugal del pueblo se refiere concretamente a la idolatría: ellos habían prometido, en la Alianza, que Yavé sería su único Dios, y, en contra de lo pactado, van tras dioses ajenos. *"El país está prostituído y alejado del Señor"* (1,2). Ninguna palabra mejor para expresar este hecho que el "adulterio", pues se trata de una auténtica infidelidad; y, para proclamar el cariño de Dios a su pueblo, ningún otro símbolo más expresivo e hiriente que la fidelidad matrimonial de Oseas.

A pesar de las leyes en contra, él la busca y vuelve junto a ella, la recibe y la perdona con un cariño impresionante. *"La volveré a conquistar, llevándomela al desierto y hablándole al corazón"* (2,16). "*Me casaré contigo para siempre, me casaré contigo a precio de justicia y derecho, de afecto y de cariño"* (2,21).

Un matrimonio conflictivo concreto ha servido de vehículo para el conocimiento de una verdad sobre Dios; a través de una experiencia tan dramática, el amor de Dios se ha hecho más comprensible. Y como contrapartida, se profundiza el misterio de la fidelidad y del perdón conyugal.

b) La imagen del adulterio en Jeremías

El libro de Jeremías emplea también de manera constante el símbolo del matrimonio. El pecado de Israel, su infidelidad, su idolatría, los excesos sexuales ligados al culto a Baal, quedan estigmatizados en la

alegoría de la unión conyugal.

Presenta un primer momento de nostalgia, refiriéndose a los intentos de reforma de Josías: *"Recuerdo tu cariño de joven, tu amor de novia, cuando me seguías por el desierto"* (2,2). Pero las infidelidades posteriores cambian por completo el panorama de esperanzas e ilusiones: *"Igual que una mujer traiciona a su marido, así me traicionó Israel"* (3,20). *"Si un hombre repudia a su mujer, y ella se separa y se casa con otro. ¿Volverá él a ella? ¿No está esa mujer infamada? Pues tú has fornicado con muchos amantes, ¿podrás volver a mí?"* (3,1).

Sin embargo, a pesar de tantas amenazas, el profeta termina señalando la fidelidad infinita de un amor que no se acaba ni se consume: *"Con amor eterno te he amado; por eso prolongué mis favores contigo. Volveré a edificarte y serás reedificada"* (31,3-4).

En el horizonte de Jeremías se vislumbra a lo lejos la nueva y definitiva Alianza que traerá Jesús: *"Pondré mi ley en su interior, la escribiré en sus corazones; y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo"* (31,33).

De nuevo un profeta, Jeremías, presenta al matrimonio como prototipo del amor entre Dios y su pueblo. Esta vez está también presente el sentido de perdón por parte de uno de los cónyuges. Y algo más aún: el deseo de ayudar a regenerar a la parte infiel: *"Volveré a edificarte..."* Así la fe en el Dios de los profetas se vuelve sumamente exigente...

c) La alegoría de Ezequiel y los cantos del segundo Isaías

Estos dos profetas actúan durante el destierro. La humillación del pueblo infiel florece en un nuevo canto de consuelo, de esperanza y de amor de Dios hacia su pueblo.

El profeta Ezequiel, en su capítulo 16 reproduce la historia de Israel con una ternura impresionante. El pueblo elegido aparece como una niña recién nacida, desnuda y abandonada en pleno campo, cubierta

por su propia sangre, sin nadie que le ofrezca los cuidados y el cariño necesario. Dios pasa junto a ella, la recoge y la cuida hasta llegar a enamorarse: *"Te comprometí con juramento, hice alianza contigo... y fuiste mía"* (16,8). La descripción es ampliada con los múltiples y valiosos regalos dados por Yavé, que le dan el esplendor de una reina. La unión parece afirmada aún más por el nacimiento de hijos e hijas (16,20).

Pero el pago vuelve a ser la prostitución, efectuada de una manera constante: *"En las encrucijadas instalabas tus puestos y envilecías tu hermosura..."* (16,26). *"Con todas tus abominables fornicaciones, no te acordaste de tu niñez..."* (16,22). Todo ello irrita profundamente a Dios (16,22). Es más, en lugar de cobrar, ella misma ofrece los regalos de su matrimonio para atraer a sus amantes: *"Eras tú la que pagabas y a ti no te pagaban; obrabas al revés"* (16,34).

Pero la esperanza queda de nuevo abierta por el arrepentimiento y el perdón: *"Me acordaré de la alianza que hice contigo cuando eras joven y haré contigo una alianza eterna"* (16,60).

Los cantos del segundo Isaías reproducen las mismas líneas: *"Como a mujer abandonada y abatida te vuelve a llamar el Señor; como a esposa de juventud, repudiada -dice tu Dios-. Por un instante te abandoné, pero con un gran cariño te reuniré"* (54,6-7). *"No se retirará de ti mi misericordia, ni mi alianza de paz vacilará"* (54,10). El resultado de este matrimonio restablecido será extensible a toda la humanidad (54,1-3).

De los profetas del destierro podemos sacar de nuevo la exigencia de perdón por parte del ofendido. Pero aquí hay también un llamado al reconocimiento de la culpa. Es la condición para que el perdón se haga efectivo.

d) Significado simbólico de la entrega conyugal

Para nosotros lo importante de todo este lenguaje profético reside en su presupuesto de base. Si los profetas se han valido del matrimonio

para que el hombre vislumbre la realidad de sus relaciones con Dios, es necesario que el amor conyugal sea capaz de describir el misterio de la Alianza entre Dios y los hombres. El matrimonio debe adquirir esa densidad significativa. Como gesto y experiencia humana debe estar lleno de este valor trascendente: ser signo e imagen de la amistad y el cariño divino. La historia de un amor conyugal, con sus progresos y crisis, con sus gozos y tinieblas, es el reflejo de una intimidad profundamente misteriosa. El corazón de Dios se nos hace de esta manera más comprensible.

Al proclamar este mensaje de salvación, los profetas nos han iniciado también a una teología del matrimonio y han acentuado con una fuerza extraordinaria, aunque sin buscarlo de manera directa, cuál debe ser el significado de la entrega conyugal. Debe existir una semejanza creciente entre el amor de Dios y el amor entre esposos, fiel y misericordioso, hasta las últimas consecuencias. Amor que no sólo se demuestra en los buenos momentos, sino también, y de una manera muy especial, sabiendo perdonar y olvidar.

La lección profética sobre el amor conyugal no se refiere sólo a su aspecto espiritual, sino que abarca también la relación más íntima. Sabemos que el verbo utilizado por la Biblia para expresar la donación corporal es "conocer", y Dios se queja constantemente de que su pueblo no lo conoce. "Conocer un hombre a su mujer" nos evoca, por tanto, un hondo sentido de intimidad, de entrega profunda en todos los órdenes, de revelación progresiva y recíproca hasta formar una sola carne, una sola vida, un solo ser.

Que los profetas hablen de la infidelidad de la esposa no quiere decir que ataquen solamente las infidelidades femeninas, y no las masculinas. Se trata sólo de una comparación, en la que el pueblo está representado por la esposa y Yavé es el esposo.

Respecto a infidelidades concretas de los hombres, encontramos una cita muy elocuente en el profeta Malaquías: *"Yavé es testigo de que tú has sido infiel con tu esposa, a la que amabas cuando eras joven. Ella, a pesar de todo, ha sido tu compañera, y con ella te obliga un compromiso. ¿No ha hecho Dios de ambos un solo ser que tiene carne y respira? Y este ser único, ¿qué busca sino una familia dada por*

Dios? No traiciones, pues, a la mujer de tu juventud" (2,14-15).

Preguntas para el diálogo

1. ¿Habíamos pensado alguna vez que el amor matrimonial debe ser símbolo del amor que tiene Dios a su pueblo? ¿Lo es en realidad? Dialogar sobre ello.

2. Repasar los textos de Oseas y conversar sobre qué es lo que quiere enseñar este profeta.

3. Profundizar sobre la relación que existe entre infidelidad e idolatría.

4. ¿Qué nos enseñan los profetas sobre el perdón del cónyuge ofendido hacia la parte infiel? Buscar citas y aterrizar en casos actuales.

5. ¿Qué añade en esta materia un profeta al otro?

4 - LA LITERATURA SAPIENCIAL

Los libros sapienciales de la Biblia muestran una faceta profundamente humana de la familia. La mayor parte de estos libros nacieron de la comunidad judía de Alejandría, en contacto con la civilización griega, de mentalidad bastante diferente a la judía de Palestina.

La fecundidad no aparece como un bien absoluto, ni la esterilidad, por tanto, es considerada como maldición. Desaparece en gran parte la poligamia. Y se abre el horizonte a nuevas perspectivas dentro de la familia. Se acentúa, sobre todo, la grandeza del amor conyugal y el relieve que toma la mujer como ayuda y compañera. En esta nueva situación de diáspora se cultiva un tipo de amor más íntimo e interpersonal. Los libros sapienciales subrayan la importancia de la mujer fuerte, la mujer de la primera juventud, la mujer de su casa. Con un gran respeto a la mujer y al mismo tiempo con un conocimiento existencial de ella.

Se da, además, especial importancia a la atención a los padres ancianos y a la educación de los hijos.

Veamos algunas citas sobre todo esto.

a) Dignificación de la mujer

Los autores sapienciales describen lo que significa la mujer en la vida del hombre. *"Quien encuentra mujer, encuentra un bien, alcanza favor del Señor"* (Prov 18,22). *"Vale mucho más que las perlas"* (Prov 31,10).

Se resalta de manera especial el papel que la esposa tiene dentro de la casa. De ella depende en gran parte la armonía del hogar. Célebres son los elogios de los Proverbios a la buena esposa:

"Una mujer perfecta, ¿quién la encontrará? Es de más valor que cualquier joya. Su marido puede confiar en ella: ¡qué beneficio no le traerá! Le devuelve el bien, no el mal, todos los días de su vida.

Entiende de lana y de lino y los trabaja con sus ágiles manos... Tiende su mano al desamparado y da al pobre. No teme a la nieve para los suyos, porque tienen todos doble vestido...

Su marido recibe honores; se sienta en el Consejo con los Ancianos del pueblo...

Aparece fuerte y digna, y mira confiada el porvenir. Habla con sabiduría y enseña la piedad. Está atenta a la marcha de su casa, y nunca ociosa.

Sus hijos se levantan y la llaman dichosa. Su marido la elogia diciéndole: 'Muchas mujeres han obrado maravillas, pero tú las superas a todas'.
Engañosa es la gracia, vana la hermosura; la mujer que tiene la sabiduría, ésa será la alabada. Que pueda gozar el fruto de su trabajo y que por sus obras todos la celebren" (Prov 31, 10-31).

Merece destacarse el elogio que realiza el libro del Eclesiástico a los esposos unidos, resaltando el papel primordial que se da a la esposa:

"Feliz el marido de una buena mujer; el número de sus días se duplicará. Una mujer valiente es la alegría de su marido; pasará en paz todos los días de su vida. Una mujer buena es don excelente, reservada para el que teme al Señor; rico o pobre, su corazón es dichoso y muestra siempre alegre el rostro...
La gracia de la esposa hace la alegría de su marido, y su saber es reconfortante para él... Como el sol matinal sobre los cerros del Señor, así es el encanto de una mujer buena en una casa bien ordenada. Como la luz que brilla en el candelabro sagrado, así es la belleza de su rostro en un cuerpo bien formado..." (Eclo 26,1-4.13.16-17).

Todas estas citas ciertamente están vistas desde la perspectiva del hombre. Pero, dentro de aquel ambiente machista, la Biblia se esfuerza en exaltar el papel destacado de la mujer dentro del hogar. Sin ella no puede vivir el hombre. *"Por falta de cierres la propiedad es entregada al pillaje; sin mujer el hombre gime y va a la deriva"* (Eclo 36,27).

En aquel ambiente machista la fidelidad a la propia esposa se volvía algo difícil. Por eso tienen especial mérito las exhortaciones en este sentido:

"Bebe el agua de tu cisterna, la que corre de tu propio pozo. ¿Deben

derramarse fuera tus fuentes? ¿Correrán por las plazas tus arroyos? Sean para ti solo y no para los de afuera. ¡Bendita sea tu fuente, y sea tu alegría la mujer de tu juventud! ¡Sea para ti como hermosa cierva y graciosa gacela; que sus pechos sean tu recreo en todo tiempo; que siempre estés apasionado por ella! ¿Cómo te apasionarías, hijo, por una desvergonzada, y reposarías en el regazo de una ajena?..." (Prov 5,15-20).

Ejemplo típico de fidelidad de una mujer a su marido más allá de la muerte es el de Judit (Jdt 8,4-6; 16,22).

b) Los celos

Los celos son con frecuencia un problema que atenta contra la armonía conyugal. Estos libros tratan del tema con insistencia.

Se combate tanto los celos del marido como los de la esposa: *"No tengas celos de tu propia esposa; le causarás malos deseos contra ti"* (Eclo 9,1). *"La mujer celosa de otra, es dolor del corazón; su lengua es un azote que a todos alcanza"* (Eclo 26,6).

Igual que alaban a la mujer sensata, los libros sapienciales atacan con dureza a la mujer deslenguada: *"Gotera que no deja de caer en día de lluvia y mujer caprichosa son iguales. Atajarla es como atajar el viento y agarrar el aceite con la mano"* (Pro 27,15-16). *"Como una cuesta arenosa para los pies de un anciano así es la mujer parlanchina para el hombre tranquilo"* (Eclo 25,20) *"Una mala mujer es como un yugo mal amarrado a los bueyes; querer dominarla es como agarrar un escorpión"* (Eclo 26,7).

En el ambiente bíblico, dominado por los varones, se achacan estos defectos a la mujer; pero por supuesto que también existen hombres caprichosos y habladores. A la luz de la experiencia y de la revelación posterior sabemos que la armonía del hogar es obra tanto del hombre como de la mujer.

c) Educación de los hijos

Los libros sapienciales están llenos de normas sobre la educación de los hijos.

En ellos se habla con frecuencia de la alegría que los hijos traen a la familia. *"Si un padre llega a morir, es como si no hubiera muerto, porque deja tras de sí a un hombre que se le parece. Cuando vivía, al verlo, se regocijaba; al morir no se siente apenado"* (Eclo 30,4-5).

Sobre la educación de los hijos, se elogia el camino del rigor: *"Corrige a tu hijo: te ahorrarás inquietudes y hará la felicidad de tu alma"* (Prov 29,17). *"El que ahorra el castigo a su hijo no lo quiere, el que le ama se dedica a enderezarlo"* (Prov 13,24). *"El palo y la reprensión procuran la sabiduría; y el niño dejado a sus caprichos es vergüenza de su madre"* (Prov 29,15). *"Mientras haya esperanza, castiga a tu hijo; no dejes que vaya a la muerte"* (Prov 19,18).

Esto no quiere decir que la Biblia apoye toda clase de corrección insensata. A veces los padres corrigen llevados del mal humor o del capricho. *"Hay reprensiones inoportunas; hay un silencio propio del hombre sensato"* (Eclo 20,1).*"No reprendas antes de examinar; reflexiona primero, y después reprende"* (Eclo 11,7). Esta insistencia en corregir oportunamente al hijo tiene siempre como telón de fondo buscar el bien futuro de él mismos. Es una muestra de amor *"para que no vaya a la muerte"*.

d) Respeto y atención a los padres

Dentro del espíritu familiar de Israel, se ponía un especial énfasis en honrar a los padres, y a ello se le daba una especial fuerza religiosa: *"Quien honra a su padre paga sus pecados; y el que da gloria a su madre se prepara un tesoro. El que honra a su padre recibirá alegría de sus hijos y, cuando ruegue, será escuchado. El que glorifica a su padre tendrá larga vida. El que obedece al Señor da descanso a su madre y, como a su Señor, sirve a quienes le dieron la vida"* (Eclo 3,3-7).

Se insistía en la atención a los padres ancianos: *"Hijo cuida a tu padre en su vejez, y mientras viva no le causes tristeza. Si se debilita su espíritu, perdónale, y no le desprecies, tú que estás en plena juventud.*

Pues la caridad para con el padre no será olvidada; te servirá como reparación de tus pecados" (Eclo 3,12-14). *"Como quien injuria a Dios, es quien abandona a su padre y maldito del Señor quien ofende a su madre"* (Eclo 3,16).

"Hay una gentuza que maldice a su padre y no bendice a su madre, gentuza que se cree pura, pero su pecado no ha sido borrado" (Prov 30,11-12). *"El ojo que desafía a su padre y desprecia la edad avanzada de su madre, los cuervos del torrente lo reventarán y las águilas lo devorarán"* (Prov.30,17).

Especial maldición merecen los que despojan a sus padres de sus bienes: *"El que despojó a su padre y a su madre diciendo: no es ello pecado, es socio del criminal"* (Prov 28,24). *"El que despoja al padre y echa de la casa a su madre es un hijo infame y degenerado"* (Prov 19,26).

Estas sentencias entran dentro de la línea bíblica de atención preferencial a los necesitados, ya que a veces no hay prójimo más necesitado que los propios padres ancianos. Y pienso que hoy son profundamente actuales.

Preguntas para el diálogo

1. Seleccionar las citas que dignifiquen a la mujer y detectar qué queda todavía en ellas de machismo

2. Hacer una lista de las alabanzas que se dan a la mujer.

3. ¿Por qué será que los sapienciales eligen el camino del rigor en la educación de los hijos? Procurar contestar con citas de los mismos sapienciales.

4. ¿Por qué estos libros son tan exigentes en cuanto al respeto y la atención a los padres ancianos? Comparar en este punto lo que hablan de premio y castigo.

5 - EL CANTAR DE LOS CANTARES: UN EVANGELIO DEL AMOR

Cualquier reflexión seria sobre el matrimonio ha de tener en cuenta el librito bíblico llamado "Cantar de los Cantares".

En muchas ocasiones se espiritualiza totalmente su contenido, quizás creyendo que el amor humano no merece el carácter de sagrado.

A veces se ha dado al Cantar un carácter profético, al estilo de Oseas y Ezequiel. Pero éste no es el caso del Cantar, puesto que la esposa es totalmente fiel al amor del esposo, cosa que no sucedía con Israel ni Judá. No se trata aquí originalmente del amor entre Yavé y el pueblo elegido. Aunque ello no quita que se le pueda dar una interpretación simbólica refiriéndolo al amor de Dios y su pueblo.

Algunos le han dado una interpretación sapiencial, según la cual se piensa que el canto se refiere a los desposorios entre Salomón y la Sabiduría.

Se puede ver también en él un sentido desconocido por el autor: el de los desposorios entre Cristo y la Iglesia.

Pero directamente el librito habla del amor humano de enamoramiento. Ya fray Luis de León en 1561 decía que el Cantar "no quiere decir más de lo que suena".

La expresión del enamoramiento tiene su propio lenguaje. Renunciar a él sería reprimir una realidad humana. En la Biblia no estaría recopilado todo el acontecer humano si faltase la expresión del amor físico.

Dios reveló a través de su pueblo todas las posibilidades humanas. Y una de ellas es la relación amorosa. ¿Por qué se ha de escandalizar el hombre de fe cuando comprueba que el Cántico es la expresión del amor físico? Cuando el autor escribe: *"¡Que me bese con los besos de su boca! Tus amores son un vino exquisito"* (1,2-3), ¿por qué no entender el mensaje tal como se nos da, sin sentir necesidad de espiritualizarlo?

Este librito es sencillamente una colección de diálogos entre una pareja de enamorados, *"pastor de azucenas"* y *"señora de los jardines"*. Son canciones con dos protagonistas por igual. El y ella, sin nombres propios, representan a todas las parejas de la historia que repiten el milagro del amor.

Está redactado seguramente durante la época de la dominación persa, algún tiempo después de la vuelta del destierro de Babilonia. Y su mensaje es de una originalidad extraordinaria, pues va contra corriente de toda la cultura de entonces, tan despreciadora y manipuladora de la mujer. No se hacía valer a la mujer por sí misma, sino por los hijos y las ventajas que pudiera traer al varón. Ella no podía expresar nunca lo que sentía y quería. No se le valoraba en su singularidad. Jamás se le ponía en plano de igualdad con el varón. No se ha encontrado en todo el Medio Oriente antiguo un testimonio de amor femenino como éste, tan directo, tan fino y tan lleno de entusiasmo. Todas las canciones de amor están expresadas desde el punto de vista masculino.

En el Cantar es ella la que deja que hablen los deseos de su corazón. Canta lo que sueña despierta, deseando un amor tan fiel y tan fuerte, que ni distancia ni tiempo lo puedan apagar. No se trata de ninguna dama refinada. Es una campesina, *"bronceada por el sol"* , orgullosa de ser una *"hermosa morena"* , que sabe lo que es trabajar (1,5-6). Pero no es nada ingenua. Es una joven segura de sí misma, que sabe elegir y cuidarse. Sus hermanos no tienen por qué decidir por ella (1,6). La fuerza de su amor triunfa sobre el peso de las costumbres y sobre las presiones familiares.

Parece que no se habla de una historia realmente sucedida, pues en aquel tiempo las chicas israelitas vivían recluídas, sin poder salir a la calle y menos aún de noche. Es el sueño, la añoranza, el deseo de una mujer lo que aquí se nos entrega. La dura realidad de no estar con su amado la conmueve tanto, que su anhelo enciende su fantasía. Afloran los gustos de una mujer. Expresa con fuerza y ardor lo que le estaba prohibido: sentir y querer como mujer. Ama, sueña y llora como mujer, y esa sinceridad es su grandeza. Ella está dispuesta a hacer lo

imposible con tal de unirse para siempre a él. Para ella la vida sin amor es sólo desasosiego y tristeza. Toda su vida es para su amado, toda su preocupación va hacia él, toda ella es para él.

Parece como la vuelta al Paraíso, en donde la mujer no estaba sometida al hombre; pero ahora el grito de fascinación no sale de boca de Adán, sino de boca de Eva. No es ella la cantada en estos versos, sino que es ella la que expresa sus ansias de amor. Ella es la que se regocija con la belleza del cuerpo masculino, la que contempla el cuerpo del varón como una obra de arte. Es ella la que se extasía ante el recuerdo de su amado. Es ella la que sueña con lo que quiere que le diga él. Es ella la que canta la posesión, la unión, el sosiego y la transformación que opera la unión de los cuerpos. Se trata de la expresión de toda la sensibilidad de una mujer (leer 5,2 - 6,3).

En la "danza del amor" (7,1 - 8,4), se describe la belleza corporal de la mujer, sin ningún tipo de puritanismos, pero con fina elegancia. No se trata de un cuerpo que se vende: ¡se admira a una mujer!. No es un medio de seducción y de propaganda; es una mujer que goza y sabe compartir la alegría. Se canta a toda la belleza y a todo el encanto de la mujer, sin despreciar o devaluar ningún aspecto de ella.

> *"¡Qué bella eres, qué encantadora, oh amor, en tus delicias!*
> *Tu talle se parece a la palmera; tus pechos, a los racimos.*
> *Me dije: subiré a la palmera, a sacar frutos.*
> *¡Sean tus pechos como racimos de uvas*
> *y tu aliento como perfume de manzanas!*
> *Tus palabras sean como vino generoso,*
> *que va derecho hacia el amado*
> *fluyendo de tus labios cuando te duermes"* (7,7-10).

Lo mismo encontramos en el capítulo 4. El jardín es ella, la fuente es ella, los perfumes son ella, y lo que quiere es que su amado goce con ella.

El canto contenido entre el 1,7 al 2,7 se podría llamar "locura de amor". Ella quiere ser para él perfume; quiere agradarle y dulcificarle la vida toda. Con su amor ella le arrulla a él, le devuelve la tranquilidad y la inocencia. Es una especie de éxtasis. Ella lo hace nadar entre aromas de flores y perfumes, lejos de las asperezas de la

vida. En él llena ella su vida y en ella él.

La enamorada desea que él la acepte con toda el ansia de su corazón, para que goce del bálsamo y la mirra, de la miel y del panal, de la leche y del vino, o sea, de las maravillas de la creación entera concentradas en ella. Toda la alegría de la naturaleza se encuentra concentrada en el encanto y la entrega de la mujer amada. Ella es su sosiego, su paz y su vida.

En el Canto se celebra al hombre que sabe conquistar, pero que también sabe respetar y admirar. Es el hombre que sabe corresponder a los deseos de la mujer amada.

El libro canta la plenitud de la unión personal, que, desde su centro, ilumina y transfigura el mundo entero: primavera, flores y frutos, bosques y jardines, valles y montañas... El amor los nombra y, al nombrarlos, los coloca alrededor de él. Los prejuicios, inhinibiciones y espiritualismos aquí no existen; sólo la expresión espontánea de dos seres que se aman en medio de un pueblo que ha sufrido por el exilio, la explotación y la masacre. Al ver los amados la belleza del cuerpo amado descubren la bondad del mundo. El Cantar libera al amor humano de las ataduras del puritanismo y al mismo tiempo del libertinaje del erotismo. Se habla del amor humano con una maravillosa naturalidad poética, sin malicia.

¡Qué lejos estamos en este texto del amor hebreo primitivo, en que casi la única cosa que preocupaba era la procreación! Aquí lo que de verdad interesa a esta pareja es el amor interpersonal, un amor cargado de emoción y de cariño. *"Yo soy para mi amado y su deseo tiende hacia mí"* (7,11). *"Su izquierda bajo mi cabeza y su derecha me abraza"* (8,3). Nos da la impresión de que este libro ha sido escrito muchos siglos después.

Implícitamente el Cantar afirma que la sexualidad es un modo humano de expresar la donación mutua, fruto del amor. Se trata de una alabanza ferviente a la sexualidad humana. Aquí vale lo que se le dijo a San Pedro en otro contexto: *"Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano"* (Hch 10,15). El Cantar de los Cantares es la carta magna

de la liberación de la mujer y, por lo tanto, también del varón. En él se libera al sexo de todas sus miopías y mezquindades. El sexo de los hijos de Dios no embrutece, sino que humaniza. Cuando es verdadero, acerca al Dios que lo creó. Es una manera de hablar de Dios, fidelidad y ternura...

El optimismo de la amada y del amado en el Cantar de los Cantares es total, aun teniendo muy presentes las dificultades del camino emprendido. La compenetración y la felicidad de la pareja es inquebrantable. Se trata de una síntesis apretada de amor y de gozo, de sufrimiento por la separación, de búsqueda febril de una presencia llena de encantos, de deseos de unión consumada, de amor eterno...

Quien no crea en el amor humano de los enamorados, quien tenga que pedir perdón del cuerpo, muy difícilmente podrá descubrir lo que es el amor de Dios; en cambio, afirmado el amor humano, es posible descubrir en él la revelación de Dios, que "es amor".

El Cántico no ofrece una teología del matrimonio. No es ésa su intención. ¿Dónde radica, entonces, su fuerza religiosa, para que se encuentre entre los libros inspirados? La respuesta parece estar en estos versículos:

"Hijas de Jerusalén, yo les ruego
por las gacelas y por las ciervas del campo
que no despierten ni molesten al amor,
hasta cuando quiera" (2,7).

Esta secuencia recorre el Cántico como indicando un camino de interpretación (ver 3,5 y 8,4). ¿Por qué ruega que no se despierte ni se desvele al amor? Porque el amor es un misterio. Un maravilloso misterio, que cuando surge arrolla con poderosa fuerza creadora. La relación amada-amado va mucho más allá de lo que ellos mismos pueden imaginar. Cuando un hombre y una mujer experimentan este misterio, salen fuera de sí mismos, buscándose y entregándose el uno al otro. En cuanto el amor despierta dentro del corazón humano, le envuelve el misterio y le obliga a salir fuera de su realidad para encontrar la del ser amado. Ya no son dos.

En la donación amorosa de la pareja está la raíz de lo religioso. No es

preciso buscarlo en la alegoría. Los besos del amado y no otros son los que busca la amada. Y en ellos el misterio que le remite al otro, para, en el otro, darse cuenta de que hay Otro que abarca y completa lo más íntimo de su ser. Se descubre a sí mismo allí donde se pierde la identidad en el ser amado. El Cantar avisa de este "anodadamiento", de esta perdición. Por ello alerta: "No despierten al amor". Ante él, no somos nada. Pero, paradójicamente, ante su misterio nos convertimos en más humanos.

Cuando el amor se "*despierta* ", la persona queda inmersa en su luz. ¿Qué hacer? ¿Qué decir?: *"Que estoy enferma de amor"* (5,8), dirá el Cantar. El humano no posee al amor; es éste quien le posee a él. El hombre o la mujer "caen" en amor con alguien. Y en el vacío de esta caída experimentan que el misterio existe, pues lo sienten en su propio corazón.

Cuando se descubre la vida que hay en los besos del amado, la separación es muerte. Nada importa más que el amor, aunque existan cosas a primera vista más importantes. El amor es fuerte, exigente, exclusivo... He ahí el misterio.

"¡Se me fue el alma tras de él!
Lo busqué y no lo hallé; lo llamé y no me respondió.
Me encontraron los centinelas que andaban de ronda por la ciudad.
Los guardias de las murallas me golpearon y me hirieron
y me quitaron mi chal" (5,6-7).

Todo sufrimiento carece de importancia cuando el amor envuelve a la pareja. No importa la propia seguridad. Nada puede separar a los que se aman con un amor sin mentira. Pues el amor es vida; es el gran misterio, que una vez descubierto sólo queda decir:

"Grandes aguas no pueden apagar el amor,
ni los ríos anegarlo.
Si alguien lo quisiera comprar
con todo lo que posee,
sólo conseguiría desprecio" (8,7).

Este final del Cantar resume todo lo dicho. Nada puede detener la fuerza del amor cuando nace en el corazón humano. Y todos los tesoros son nada para adquirirlo, pues es imposible comprarlo. El

amor es un don que nos viene de forma gratuita. El hombre y la mujer ante el amor son nada, pues el amor es la llama de Dios.

"Es fuerte el amor como la muerte,
y la pasión, tenaz como el infierno.
Sus flechas son dardos de fuego, como llama divina" (8,6).

Si sabemos amar con esta intensidad y esta pureza, si sabemos entregarnos así, por entero, una llamarada de Dios está ardiendo en nosotros...

Aprendamos a leer y meditar el Cantar de los Cantares cultivando ideales, en son de súplica al Dios que es Amor. Aprendamos a mirarnos, como mujer y varón, con los ojos de Dios: *"Vio Dios que todo era muy bueno"* (Gn 1,31). Con una mirada limpia de hipocresías, limpia de egoísmo, de afán de dominación. Este librito bíblico es todo un reto a construir...

Este canto de amor es un acto de fe en la bondad creadora de Dios. Sin fe, el Cantar no sería posible. Detrás de estas palabras está presente el Dios que es fidelidad y ternura: ¡amor inconcebible!

6 - TOBIAS: AMOR Y FECUNDIDAD

Otra bella expresión de amor en el Antiguo Testamento, complemento del Cantar, es el libro de Tobías. Cierto que en él quedan todavía algunos restos de la magia popular, como por ejemplo, el caso del pez. Pero en este libro aparecen sintetizados de un modo realmente maravilloso todos los elementos que a lo largo de la revelación bíblica han ido apareciendo hasta ahora.

El matrimonio de Tobías y Sara se vive en un ambiente profundamente religioso de oración, de intimidad personal y con la firme voluntad de darse el uno al otro total y definitivamente.

En este librito post-exílico se profundiza espiritualmente en la misión de la pareja, acercándose al ideal propuesto por Dios. Dice el ángel a Tobías, según la versión de la Vulgata: *"Escúchame y te mostraré quiénes son aquellos contra los que puede prevalecer el demonio. Son los que abrazan el matrimonio de tal modo que excluyen a Dios de sí y de su mente y se entregan a su pasión"* (6,16-17 vulg.). Un amor casto, santificado por la plegaria (6,18; 8,4-8), acerca el matrimonio de Tobías al prototipo original, caracterizado por la procreación (Gn 1,27-28; Tob 6,21-22 vulg.) y la ayuda mutua (Gn 2,18; Tob 8,6). Amor, fecundidad, ayuda mutua, son las notas del matrimonio prototipo original.

Como final de este recorrido por el A.T. podemos gustar la oración que dirige Tobías a Dios, recordando a Eva como ayuda y compañera:

"Tú creaste a Adán y le diste a Eva, su mujer, como ayuda y compañera, para que de los dos naciera la raza humana. Tú dijiste: No está bien que el hombre esté solo, démosle una compañera semejante a él. Ahora, Señor, tomo a mi hermana con recta intención y no buscando el placer. Ten piedad de nosotros y que podamos llegar juntos a nuestra ancianidad" (Tob 8,6-8).

Con Tobías culmina la enseñanza sobre el matrimonio en el Antiguo Testamento. Los resultados de la pedagogía empleada por Dios han sido lentos, pero han dado sus frutos. Los tiempos van estando ya maduros para la venida de Cristo y la predicación de su mensaje de amor.

Preguntas para el diálogo

1. ¿Qué pensábamos antes sobre el Cantar de los Cantares?

2. ¿Qué impresión nos da la interpretación que hemos visto acá? Dialogar sobre ello.

3. ¿Nos parece que así pueden ser los deseos de una mujer enamorada? ¿Alguien se atreve a contar con dignidad lo que piensa y desea al enamorarse?

4. ¿Qué lecciones sacamos del Cantar para la vida matrimonial ? ¿Por qué el Cantar de los Cantares es un libro religioso? Hacer una lista de conclusiones.

5. ¿Qué nos enseña el libro de Tobías?

B - NUEVO TESTAMENTO

La esperanza que se intuye en el Antiguo Testamento se va a poder convertir en gozosa realidad con la venida de Cristo. Jesús no vino a anular el proceso pedagógico iniciado en el Antiguo Testamento. Su misión es llevarlo a un pleno cumplimiento (Mt 5,17). Por eso el mensaje de Jesús sobre la familia no constituye ninguna novedad absoluta, sino la conclusión de un proceso evolutivo que duró siglos

Lo dicho por Jesús se refiere directamente a la familia de su tiempo. Por eso es necesario conocer la realidad familiar de su época. Y, salvadas las distancias y circunstancias, podremos hacer con más precisión la aplicación de su enseñanza a la familia de nuestro mundo actual. Por ello intentaremos descubrir en el Nuevo Testamento las actitudes básicas que puedan interpelar la realidad familiar actual.

1 - LA FAMILIA JUDIA EN TIEMPO DE JESUS

Jesús nació y vivió en un pueblo y en una cultura donde la familia tenía una importancia de primer orden. Porque, como es bien sabido, para los judíos la familia ha sido siempre el centro de su vida. Pero en tiempo de Jesús, la familia tenía una importancia todavía mayor. Para los rabinos, que eran los teólogos de entonces, el padre y la madre eran considerados como "compañeros de Dios en la procreación"

Y por eso, los judíos de aquel tiempo pensaban que tener hijos era una obligación, hasta el punto de que quien faltaba a esa obligación era considerado como un homicida. Por eso nadie debía quedarse soltero. El hombre no casado no es un hombre, decían los rabinos de aquel tiempo. Esto quiere decir lógicamente que todos estaban obligado a formar su propia familia. Un hombre sin familia era un hombre sin alegría, sin bendición y sin felicidad, según se afirma en los

documentos de entonces.

La vida familiar estaba organizada según el modelo "patriarcal", es decir, en ella el centro y el eje de todo lo que se hacía era el "padre de familia". Por ello a la familia se le llamaba habitualmente "la casa del padre".

En aquellas familias gobernaba el padre como señor absoluto, con derecho a disponer de todo a su antojo, decidir por su mujer e hijos, dar toda clase de órdenes y, por supuesto, castigar.

El padre podía repudiar a su mujer y echarla de la casa, por una serie de razones que hoy nos resultan asombrosas. La esposa estaba siempre a merced del marido y dependía en todo de él.

Respecto al dominio del padre sobre los hijos, se sabe que tenía el derecho de decidir cómo, cuándo y con quién se tenían que casar sus hijos varones y, sobre todo, las hijas. La familia era un coto cerrado, mucho más cerrado que lo que pueda ser la familia más tradicional de nuestro tiempo.

El grupo familiar constituía el centro de la vida religiosa de los israelitas. La fiesta de Pascua, la celebración religiosa más importante de los judíos, se celebraba en familia, en cada casa. Y algo parecido se puede decir de la circuncisión, que no era practicada por un sacerdote, sino por el cabeza de familia. Para aquellos judíos el padre de familia era considerado como sacerdote y maestro, que daba culto y enseñaba a los suyos la ley del Señor (Prov 1,8; 4, 1-3; 6,20; Eclo 7,23-30; 30,1-13).

En las ideas y en las leyes de aquel tiempo la unidad de la familia era tan importante que, por ejemplo, si el cabeza de familia cometía un delito, fácilmente podía ir a la cárcel, no solamente él, sino además su mujer y sus hijos (Mt 18,25). Como también era frecuente que las decisiones importantes del cabeza de familia fuesen decisiones de todos los de su casa. Se cuenta, por ejemplo, de uno que se convirtió a la fe y con él lo hizo toda su familia (Jn 4, 53). Es más, la gente pensaba que hasta los pecados de los padres pasaban de alguna manera a los hijos (Jn 9, 2-3). Se tenía un profundo convencimiento

de que cuanto le ocurriera al cabeza de familia tenía que afectar a todos los de su casa (Mt 10, 25).

Además, las leyes de aquel tiempo protegían la continuidad de la familia hasta tal punto que, si una mujer quedaba viuda y sin hijos, los hermanos solteros de su difunto esposo se tenían que casar con ella, para que así quedara descendencia de la misma sangre (Mt 22, 23-30; Mc 12, 25; Lc 20, 35-36).

Esto no quiere decir que todos los padres de familia fueran dictadores. Por supuesto que los había buenos y muy buenos. En caso contrario, Jesús no hubiera usado tanto el ejemplo del padre de familia. Pero el ambiente general en este punto era bastante duro.

Preguntas para el diálogo

1. ¿Cómo se portan acá los padres de familia? ¿Son autoritarios? ¿Son ellos los únicos que deciden lo que hay que hacer?

2. ¿Hay machismo en nuestra zona? ¿Cómo se manifiesta?

3. ¿Cómo se comportan las mujeres frente a las exigencias de los varones?

4. ¿En qué se diferencia la educación que damos a los hijos y a las hijas? ¿Damos más derechos a ellos que a ellas? ¿Por qué?

5. ¿En qué otros puntos se parece la realidad de la familia en nuestro tiempo a la del tiempo de Jesús?

2 - JESUS Y LA FAMILIA

Jesús nació en el seno de una familia de piadosos israelitas. De José, su padre adoptivo, se dice expresamente que era un hombre honrado (Mt 1,19) y de su madre se hacen las mejores alabanzas (Lc 1,28.42-45). Se trataba de una familia unida, que supo soportar la adversidad en silencio y con fe (Mt 1,19-20), que se mantuvo firme en la persecución (Mt 2,13-21), y que siempre se comportó como gente piadosa y observante (Lc 2,21-24.41). En una familia así, creció y se educó Jesús (Lc 2,39-40. 50-52), siempre bajo la autoridad de sus padres (Lc 2,51).

Criado y educado en este ambiente, nada tiene de particular que Jesús, durante su ministerio público, hablara con frecuencia de la familia. Emplea comparaciones familiares para explicar su doctrina sobre el reinado de Dios y la bondad asombrosa del Padre del cielo: Dios es como el padre que está siempre dispuesto a escuchar a sus hijos (Mt 7,9; Lc 11,11-13) o a recibir y perdonar al hijo que se va de la casa y malgasta la fortuna (Lc 15,20-32); porque Dios es el padre de todos (Mt 5,16.45.48; 6,1.4.6.8.9; etc), y todos los hombres somos hermanos (Mt 23,8-9).

Jesús habla también del padre que envía a sus hijos al trabajo (Mt 21,28-31) o a su hijo único a cobrar la renta de una propiedad (Mt 21,33-37); Mc 12,5-56; Lc 20,13-14). Del padre que descansa con sus hijos (Lc 11,7) o del cabeza de familia que saca de su arca lo nuevo y lo viejo (Mt 13,52). También habla de las fiestas de bodas (Mt 22,2-3; Lc 14,16-24; Mc 2,19; Lc 5,34; Mt 25,1), de mujeres que están embarazadas o criando (Mt 24,19; Mc 13,17; Lc 21,23), de los dolores de parto y de la alegría de la maternidad (Jn 16,21); del hermano que se preocupa por la suerte de sus hermanos (Lc 16,27) o de los hermanos que no se llevan bien entre sí (Lc 15,28). De los hijos que desatienden a sus padres (Mc 7,10-13; Mt 15,3-6) o, por el contrario, de los buenos hijos que son conscientes de sus deberes familiares (Mc 10,19; Mt 19,19; Lc 18,20). Casi todas las situaciones familiares y las relaciones humanas que ellas implican, son asumidas por Jesús para

explicar a sus oyentes el significado de su mensaje.

Pero las enseñanzas de Jesús sobre la familia van mucho más lejos. Porque en los Evangelios hay toda una serie de afirmaciones en las que Jesús defiende las relaciones de familia o asume tales relaciones como modelo de comportamiento para sus discípulos. Así, Jesús defiende la estabilidad del matrimonio al afirmar que lo que Dios ha unido no lo separe el hombre (Mt 19,4-6; Mc 10,6-9) o al decir que quien repudia a su mujer comete adulterio (Mt 5,31-32). Es más, Jesús afirma que quien mira a la mujer ajena excitando el propio deseo comete adulterio en su interior (Mt 5, 28), porque es del propio corazón de donde brotan las malas acciones, concretamente los adulterios (Mc 7,21-22).

Jesús presenta también el modelo del padre que quiere tanto a sus hijos que pone a disposición de ellos todo lo que tiene (Lc 15,31-32); y el modelo del hijo que hace siempre lo que ve hacer a su padre (Jn 5,19-20). Censura el comportamiento de los hijos que se desentienden de sus padres y no les prestan ayuda (Mt 15,3-6; Mc 7,10-13). Elogia a quien es consciente de sus obligaciones familiares (Mt 19,19; Mc 10,19; Lc 18,20); y envía a un recién curado a anunciar entre su familia las maravillas que el Señor ha realizado en él (Mc 5,19; Lc 8,38-39).

Y todavía algo más: Jesús no se cansa de presentar las relaciones mutuas de los creyentes como relaciones de hermanos, que son capaces de superar todo enojo (Mt 5,22), que se perdonan siempre (Mt 18, 21; Lc 17,3) y se aceptan mutuamente (Mt 5,23-24), sin fijarse en defectos o fallos personales (Mt 7, 3-5; Lc 6, 41-42). Ello es señal de que la relación fraterna es para Jesús una forma de relación ejemplar, hasta el punto de que él mismo se considera hermano de todos (Jn 20,17; ver 21,23).

Jesús sabe que el hecho de la familia es decisivo en la experiencia y en la vida de los hombres. Por eso, habla frecuentemente de las relaciones familiares como modelo para explicar lo que es Dios o el reinado de Dios en el mundo. Y así, las relaciones del esposo, padre,

madre, hijo, novio, hermano, aparecen repetidas veces en boca de Jesús cuando habla del reinado de Dios, de lo que es Dios para los hombres, de lo que éstos tienen que ser ante Dios, o de lo que todos debemos ser, los unos para con los otros. Desde nuestras experiencias en la vida de familia podemos todos comprender, de alguna manera al menos, lo que deben ser nuestras experiencias ante Dios y ante los demás. La familia es fuente de vida y fuente de alegría por la vida que transmite. En ella está Dios. Es un espacio humano privilegiado donde nace, crece y se cultiva el amor. Y con el amor, la felicidad, la generosidad, la entrega de unas personas a otras, la responsabilidad ante las propias tareas y obligaciones, la piedad honda y sincera. Todo esto es, no sólo importante, sino incluso decisivo en la vida de los hombres. Y Jesús lo sabe, lo reconoce y con frecuencia habla de ello.

Pero el hecho de que Jesús hablara de la familia en un sentido positivo, no quiere decir que él aceptase la realidad de la familia tal como entonces estaba organizada. De esto vamos a hablar en los temas siguientes.

Preguntas para el diálogo

1. La relación que hemos tenido con nuestros padres ¿nos ha ayudado para comprender mejor a Dios?

2. ¿Creemos que la relación con nuestros hijos les lleva a ellos a comprender a Dios y a relacionarse con él?

3. ¿Qué sentimos cuando consideramos a Dios como Padre?

4. ¿En qué consiste para nosotros el ideal bíblico de la fraternidad universal?

5. ¿Qué relación encontramos nosotros entre familia y Dios?

3 - CRITICAS DE JESUS A LA FAMILIA

Hemos visto cómo Jesús habló de la familia de forma positiva. Y, sin embargo, por más que resulte sorprendente, en los Evangelios aparecen una serie de hechos y palabras de Jesús en los que ya no resulta evidente que la familia sea siempre una realidad positiva. Algunas de las palabras de Jesús y algunos de sus comportamientos resultan extraños, y aun incomprensibles. Por eso merece la pena detenerse en este punto, para luego sacar las consecuencias. Quizás algo importante quiera decirnos la Palabra de Dios.

a) El seguimiento de Jesús provoca conflictos familiares

En los Evangelios hay una serie de afirmaciones de Jesús en las que se dicen cosas sobre la familia que nos parecen casi increíbles. Pero están ahí, palpitantes, para todo el que se acerque a ellas con sinceridad... No podemos suprimirlas...

Jesús afirma que ha venido al mundo para traer división y enfrentamientos, y eso precisamente entre los miembros más allegados de la familia: *"Porque de ahora en adelante una familia de cinco estará dividida; se dividirán tres contra dos y dos contra tres; padre contra hijo e hijo contra padre, madre contra hija e hija contra madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra"* (Lc 12,51-53). Es más, Jesús llega a decir que *"un hermano entregará a su hermano a la muerte, y un padre a su hijo; los hijos denunciarán a sus padres y los harán morir"* (Mt 10,21). Quiere decir que el seguimiento de Jesús provoca enfrentamientos entre los miembros más íntimos de la familia. Y es justamente en ese contexto donde Jesús añade la terrible sentencia: *"Todos les odiarán a ustedes por causa mía"* (Mt 10,22). Jesús puede ser causa de odio entre los seres más allegados de una familia.

Cuando Jesús habla de la relación que los creyentes deben tener con él, la contrapone precisamente a las relaciones de la familia: *"El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí"* (Mt

10,37-38). Y sabemos que, en este punto, Jesús llevó las cosas hasta el extremo de que a un discípulo que le pidió ir a enterrar a su padre, le contestó sorprendentemente: *"Sígueme y deja que los muertos entierren a los muertos"* (Mt 8,21-22). Y al otro, que estaba dispuesto a seguirle y que, obviamente, quería despedirse de su familia, le dijo sin más: *"El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios"* (Lc 9, 61-62). Jesús no tolera que nada ni nadie se interponga en el camino de la fe.

Estas afirmaciones del Evangelio parecen indicar que, el menos en alguna medida, las exigencias de Jesús pueden entrar en conflicto con la familia y, en general, con las relaciones de parentesco. Por eso, sin duda, los Evangelios destacan que los primeros discípulos, en cuanto escuchan la palabra de Jesús, lo primero que hacen es abandonar al propio padre (Mt 4,20.22; Mc 1,20; Lc 5,11). Dejar al propio padre era, en aquel tiempo, lo mismo que dejar a toda la familia. Y eso es justamente lo que, más tarde, reconoció el mismo Jesús: *"Les aseguro, no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras por mí y por la Buena Noticia, que no reciba en este tiempo cien veces más... "* (Mc 10,29-30).

Esta relación conflictiva entre el mensaje de Jesús, por una parte, y la familia, por otra, se observa igualmente en otros pasajes. Por ejemplo, cuando Jesús aconseja a sus discípulos que no inviten para una comida a hermanos, ni parientes, sino a los pobres, lisiados, cojos y ciegos (Lc 14,12-14). Recordemos que, según la mentalidad de entonces, compartir la mesa era como un gesto que expresaba la solidaridad con los comensales. Lo cual quiere decir que el consejo de Jesús va más lejos de lo que parece a primera vista. Porque viene a indicar que el discípulo de Jesús debe orientar su solidaridad, antes que hacia los miembros del círculo familiar, hacia los despreciados de la tierra.

En este mismo sentido resulta elocuente aquella parábola del banquete en la que los invitados se excusan de asistir, pues uno ha comprado un campo, otro unas yuntas de bueyes, y otro se acaba de casar, y naturalmente, no pueden ir (Lc 14, 18-20; Mt 22, 2-3). El amo entonces manda a su encargado a traer al banquete *"a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos"* (Lc 14,21). No parece sin

importancia el hecho de que el compromiso familiar es, en realidad, la dificultad que impide a uno de los invitados entrar en el banquete del Reino, al que tienen acceso los despreciados y los vagabundos de los caminos (Mt 22,9). También aquí se advierte por dónde van las preferencias de Jesús.

b) Los parientes de Jesús

El Evangelio de Marcos nos informa que los parientes de Jesús, cuando se enteraron de la vida que éste llevaba, entregado a la gente hasta el punto de no tener ni tiempo para comer, *"fueron a echarle mano, porque decían que no estaba en sus cabales"* (Mc 3,21).

En otra ocasión, precisamente en Nazaret, la gente se escandaliza del comportamiento de Jesús, haciendo mención expresa de sus parientes más allegados, a lo que él responde con unas palabras que resultan elocuentes por sí mismas: *"Sólo en su tierra, entre sus parientes y en su casa, desprecian a un profeta"* (Mc 6,1-6). Jesús se siente incomprendido y despreciado por sus propios familiares.

Cuando un día le dijeron que su madre y sus hermanas le venían buscando, Jesús se limitó a contestar: *"¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? El que cumple la voluntad de Dios ése es hermano mío y hermana y madre"* (Mc 3, 31-35). Estas palabras son fuertes. En definitiva, lo que Jesús viene a afirmar es que él no reconoce más familia que la comunidad de sus seguidores. Y ello no comporta ningún desprecio para con su madre en concreto, pues ella fue precisamente su primera seguidora.

Para Jesús lo que interesa, ante todo y sobre todo, es la respuesta de cada hombre al mensaje de la Buena Noticia. Por eso se comprende lo que cuenta el Evangelio de Lucas: Un día, una mujer, al oir las maravillas que salían de la boca de Jesús, gritó entusiasmada: *"¡Dichoso el vientre que te crió y los pechos que te criaron!"*. A lo que el mismo Jesús respondió, corrigiendo a la entusiasta: *"Mejor, ¡dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo cumplen!"* (Lc 11,27-28). Jesús no acepta sin más el elogio que se hace de la relación

de parentesco, aun cuando se trate, como en este caso, de la relación con su propia madre. Lo cual, como hemos dicho, no quiere decir nada en contra de ella, pues María era la primera en escuchar el mensaje de Dios y cumplirlo.

No se debe pensar que el conflicto entre Jesús y su familia fue sencillamente una cuestión de enojos o mal entendimiento entre parientes. El problema fue serio. Y eso se ve claramente por un dato muy significativo que nos suministra el Evangelio de Juan: *"Recorría Jesús Galilea, evitando andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las Chozas y sus parientes le dijeron: Márchate de aquí y vete a Judea, que también los discípulos de allí presencien esas obras que haces, porque nadie hace las cosas a escondidas si es que busca publicidad; si haces esas cosas, date a conocer al mundo"* (Jn 7,1-4). O sea, lo que quieren los parientes de Jesús es la publicidad, el triunfo ante las masas, en la provincia rica de Judea y en la capital, Jerusalén. Y el Evangelio añade el siguiente comentario: *"De hecho, ni siquiera sus parientes creían en él"* (Jn 7,5). Ahí está el secreto del problema. Las personas allegadas de su propia familia sentían el orgullo de tener un familiar famoso, triunfador en la vida, para poder así aprovecharse de ello. No les cabía otra cosa en la cabeza.

Jesús da la clave del problema, cuando responde a sus familiares: *"El mundo no tiene motivo para aborrecerles a ustedes; a mí sí me aborrece, porque yo declaro que sus acciones son malas"* (Jn 7,7). Jesús no ha buscado la publicidad y el éxito, sino que se ha jugado la vida, hasta el punto de ser considerado como un delincuente por haber denunciado públicamente el sistema opresor que tenían montado los dirigentes judíos. Pero muchos de sus parientes no estaban dispuestos a enemistarse en absoluto con el sistema, ya que sus ideas iban exactamente en dirección opuesta a las de Jesús.

c) Por qué resulta conflictivo el mensaje de Jesús

Es ésta una pregunta que aflora constantemente a la mente de quien lee el Evangelio con sinceridad. La verdad es que no nos tienen

acostumbrados a pensar y hablar de la familia como lo hacía Jesús.
Las palabras de Jesús son a veces tan radicales que uno piensa encontrarse ante un dilema: o seguir a Jesús y dejar la familia o quedarse en familia y no seguirle. Jesús no plantea esa alternativa tomada en un sentido general, válido para todos. Pero, en la práctica, a veces la familia funciona con tales pretensiones que al discípulo de Jesús no le queda más remedio que optar entre ella o el Evangelio. La fuerza del seguimiento de Jesús a veces se hace impermeable en el mundo de nuestra familia.

Las causas por las que resulta conflictivo en la familia el mensaje de Jesús podrían ser las siguientes:

a) Jesús conocía muy bien hasta qué punto la vida del pueblo judío estaba centrada en la familia. Pero aquella familia era opresora al declarar al padre dueño absoluto de ella y al otorgarle plenos poderes sobre la mujer y los hijos. La dignidad de la persona, en esa situación, quedaba mal parada. Jesús no impugna la existencia de la familia en sí. Pero la familia judía en su funcionamiento concreto de entonces no era el ideal.

Las relaciones familiares, en aquella sociedad, no se basaban en el reconocimiento de la dignidad de cada persona. Por el contrario, se trataba de relaciones de sometimiento y de dominio; generalmente el padre dominaba a los demás miembros de la casa y, en consecuencia, la mujer y los hijos no tenían otra alternativa que el sometimiento incondicional. Así las cosas, los creyentes no eran personas verdaderamente libres para el tipo de opciones que impone el seguimiento de Jesús. De ahí las distancias que Jesús toma con respecto al hecho de la familia y los enfrentamientos que anuncia en ese sentido.

b) Jesús viene a proclamar y a vivir una realidad nueva: el Reinado de Dios. Y todos los hombres pueden llegar a él, a condición de que admitan que Dios es Padre y todos entre sí hermanos. Y entre hermanos no puede haber desigualdad básica, enemistad o explotación. Por eso, esta novedad de Jesús choca contra ideas y prácticas contrarias de la sociedad de entonces y de ahora también.

La familia es necesaria para formar al ser humano e integrarlo en la sociedad. Pero con frecuencia su funcionamiento contribuye a perpetuar el autoritarismo, a negar la dignidad de la mujer y de los niños, a fomentar la insolidaridad y la explotación. Todo ello niega y entorpece la creación del Reino, con sus nuevas relaciones entre los hombres.

Según Jesús, la familia, por muy entrañable que sea, no debe ir contra otra forma de hacer familia más radical y universal: la de ser todos hijos del único Padre. Eso es lo primero y lo absoluto. Y cualquier modelo de familia que se oponga al logro de esta fraternidad universal merece -en la medida en que lo obstaculice- la crítica y el rechazo de Jesús.

En nuestro tiempo las cosas han cambiado profundamente. Nuestra familia no es como la de entonces. Hasta el punto de que hay quienes dicen que urge recuperar los modelos autoritarios de tiempos pasados. En esta nueva situación, ¿qué es lo que nos puede decir a nosotros la postura de Jesús con relación a la familia? Su ideal de fraternidad sigue siendo el mismo. ¿Cómo adaptar sus exigencias a la realidad de hoy. Ese es nuestro reto.

Preguntas para el diálogo

1. ¿Te resulta sospechoso lo que se dice en este tema? Y si efectivamente es así, ¿de qué sospechas? ¿por qué?

2. ¿Por qué crees que se insiste hoy tanto en la defensa y protección de la familia? ¿Qué papel juega la institución familiar desde el punto de vista de la organización de la sociedad que tenemos?

3. ¿Nos impide en algo la familia vivir el ideal cristiano? Decir cosas concretas.

4. ¿Es posible superar las dependencias familiares que nos impiden en este momento vivir el ideal de la comunidad cristiana?

5. ¿En qué ayuda o puede ayudarnos la familia para que seamos mejores cristianos?

4 - EL MANDAMIENTO DEL AMOR

Jesús nos dejó el mandamiento del amor (Jn 13,34): Amarnos como él nos amó; hasta el amor a los enemigos (Mt 5,44); hasta la entrega de la vida (Flp 2,6-11).

El Mandamiento del amor lo dirige a todos sus seguidores. Es el centro y el resumen de su mensaje. Y ha de ser también la médula de todo matrimonio que verdaderamente quiera seguir a Jesús. Para ello es justamente el sacramento del matrimonio, para poder seguirlo con la heroicidad que él pide.

a) Amor y sacramento

Quien desee encuadrar el matrimonio en un marco bíblico debe situarlo en el plano del amor. Dios hizo al hombre (varón + mujer) a su imagen. Por eso el matrimonio, y la familia toda, al margen de cualquier formulismo o rito, ha de fundamentarse, ante todo, en el amor.

Cuando ese amor es bendecido por Cristo en el sacramento del matrimonio, entonces adquiere la dimensión de matrimonio cristiano, y simboliza el amor entre Cristo y su Iglesia (Ef 5,21-27).

Cuando se celebra el sacramento, el amor queda robustecido con la fuerza de la bendición de Cristo, de una manera explícita y consciente.

Si no hay amor, ni en grado mínimo, al recibir el rito sacramental, no hay tampoco sacramento. Y cuando hay amor, pero no se recibe el sacramento, de hecho hay matrimonio natural, en el sentido creacional del hombre; pero no se puede decir que sea matrimonio cristiano; le falta la fuerza purificadora y consolidadora del sacramento. Lo que constituye propiamente lo fundamental del matrimonio cristiano no es el rito en sí, sino el amor entre los esposos, expresado en el sí y bendecido por Cristo. Ese amor es precisamente el objeto de su bendición para que siga siempre creciendo.

El matrimonio cristiano es, pues, el encuentro de un varón y una mujer en profunda fusión amorosa, dignificada con la gracia de Cristo en el sacramento.

En la Iglesia hay diversidad de carismas (1 Cor 12, 4-11), y el más frecuente de ellos es el del matrimonio. Para quienes reciben de Dios esta vocación, para ellos el matrimonio es la mejor forma de realizarse en conformidad con los planes divinos. Varón y mujer, unidos en el amor, se sitúan más allá del egoísmo. Más aún, el matrimonio, dignificado con el rito sacramental, pasa a significar la unión de Cristo con su Iglesia.

Cristo e Iglesia unidos, o mejor, unificados, van quebrantando el imperio del pecado. El matrimonio cristiano coopera con esa lucha que sostiene Cristo contra el pecado. Es la lucha del amor contra el egoísmo. Y en esta lucha la misma sexualidad humana tiene una parte importante. El matrimonio supone, en realidad, como una ruptura con la situación de pecado (muerte) y una unión con el mundo de la gracia (vida).

b) Ser amigos en el Amigo

Jesús es el amigo fiel. El que nos mostró lo que es la verdadera amistad. Tanto es así, que nos reveló que Dios es Amistad. Y dio la vida por ello.

Cuando oímos hablar de que Dios es amor, pensamos inmediatamente en el amor que él nos tiene, pero la afirmación de Jesús es mucho más profunda, pues se refiere ante todo al amor que existe dentro de esa formidable comunidad de amor que es la Trinidad divina.

Jesús vino al mundo para comunicarnos que eso que nosotros llamamos amistad, que tanto nos fascina y que nunca logramos realizar plenamente, no es una utopía inalcanzable, sino un pálido reflejo de la Amistad que existe entre las personas divinas. La Trinidad divina es el destino final de nuestra amistad, cuando al final de los tiempos seamos admitidos en su intimidad para hacer realidad lo que

aquí tantas veces nos parece imposible.

En la Santísima Trinidad el yo y el tú se dan plenamente el uno al otro, pues lo que se dan es su mismo ser. En Dios las personas son un puro darse.

Después de Jesús, creer en Dios es creer que en nosotros hay una tendencia radical a la amistad, porque hemos sido creados por un Dios que es Amistad y estamos en marcha alegre y difícil hacia la Amistad. El esfuerzo que hacemos aquí por amarnos los unos a los otros llegará a su plenitud cuando seamos incorporados a la Amistad trinitaria. Sólo entonces sabremos de verdad lo que es darnos totalmente los unos a los otros, para siempre y sin reservarnos nada.

La amistad tiene su consistencia en sí misma. A las demás formas de relación humana estamos obligados o por Dios o por los hombres. En el caso de la amistad, la relación se mantiene por el sólo impulso de la decisión libre que brota de la misma persona. El amor de amistad es, por lo tanto, el amor que brota de la libertad, que crece por la libre atracción de los amigos y se mantiene hasta el fin por la fuerza de la fidelidad libremente aceptada y otorgada entre quienes se sienten vinculados por esa forma de relación.

Por todo esto, se comprende perfectamente que Jesús dijera aquella noche: *"No hay amor más grande que dar la vida por los amigos"*. Porque en eso consiste la cumbre del amor. El amor más grande, el que no tiene límites ni fronteras, es el que llega hasta la entrega de la vida, como lo hizo él mismo.

La experiencia nos enseña que las relaciones de familia no suelen ser relaciones de verdadera amistad. Porque con frecuencia no son relaciones que brotan de la libertad y en la libertad crecen y maduran. Hay novios que se quieren porque a ello les empuja la necesidad del instinto o quizás el miedo de quedarse solos en la vida. Y luego, cuando, ya casados, el fuego de la pasión se reduce a cenizas, siguen juntos porque no les queda más remedio, porque las leyes de Dios y de los hombres les obligan a ello. Hay matrimonios que nunca llegaron a ser verdaderos amigos entre sí, porque jamás se llegaron a relacionar

desde la absoluta libertad. Hay padres que nunca llegan a ser amigos de sus hijos. Y lo mismo les pasa a demasiados hijos con sus padres. O también a los hermanos entre sí. Por eso, las leyes tienen que sancionar los derechos y las obligaciones de unos y de otros en el seno de cada familia.

Pero la amistad no se basa sólo en la libertad, sino además en la igualdad y en la confianza. Las palabras de Jesús son muy claras en ese sentido: *"Ya no les llamo más siervos, porque un siervo no está al corriente de lo que hace su amo; les llamo amigos porque les he comunicado todo lo que he oído a mi Padre"* (Jn 15,15). Entre los amigos hay igualdad (*"ya no les llamo siervos"*) y hay transparencia (*"porque les he comunicado todo"*). En la relación de amistad no hay diferencias, ni oscuridades. Porque en ella no se tolera la dominación o el semetimiento, como tampoco se toleran las actitudes hipócritas.

Desgraciadamente son demasiadas las familias en las que la igualdad y la confianza brillan por su ausencia. Empezando por la desigualdad entre el varón y la mujer, y acabando por los sutiles mecanismos de dominación que suelen emplear muchos padres con sus hijos. Con frecuencia se dan tensiones y conflictos que terminan por arruinar la convivencia y el amor en la familia. El resultado de todo esto es que la familia llega a ser, en muchos casos, un espacio humano en el que las relaciones de unos con otros se convierten en un verdadero problema. Cada uno se relaciona con los demás desde el papel que desempeña en el grupo familiar: el hombre desde su papel de cabeza y jefe; la mujer desde su papel de esposa y madre; los hijos desde su sitio de seres inferiores cuya misión es sólo aprender y obedecer. En el mejor de los casos, todos cumplen con su papel dignamente y hasta de manera elegante. Y en el peor de los casos, la familia se convierte en un verdadero infierno.

Jesús no plantea el problema de la fidelidad matrimonial como un problema legal, sino como un problema de amor. Porque su mensaje no se basa en leyes, sino en la "Buena Noticia" de su mensaje.

El amor cristiano consiste en querer y buscar para los demás lo que cada uno quiere y busca para sí mismo (Mt 7,12; 22,40). Y si es

verdad que cada uno quiere para sí mismo la satisfacción del deseo y de la necesidad, no es menos cierto que también quiere el respeto y la fidelidad en la campo íntimo de su vida matrimonial.

Este criterio es válido, no sólo cuando a uno le entran ganas de irse con otro hombre o mujer, sino también cuando a uno se le quitan las ganas de seguir con su propio cónyuge. Porque el fondo del problema está en comprender que el centro del amor no está en la llamada del instinto, sino en el amor a toda prueba y en la fidelidad incondicional.

Pero la experiencia nos dice también que el amor entre un hombre y una mujer no es necesariamente inmutable. En algunos casos tiene un tiempo más o menos limitado, de tal manera que antes o después termina por morir. El deseo de los enamorados es que su amor dure para siempre. Por eso se juran fidelidad y se convencen que su amor es eterno. Pero una cosa es el deseo que ellos proyectan sobre la realidad y otra cosa es la realidad en sí misma.

Lo importante es comprender que la cuestión más seria que se plantea a los casados no está en ver cómo ser fieles a un amor que se piensa como eterno, sino en llegar a entenderse y poder convivir aun cuando se acabe ese amor que puede ser temporal y llegar a desaparecer. ¿Qué hacer entonces?

Hemos visto que la forma suprema del amor es la amistad. Eso quiere decir que en el fondo del problema de la fidelidad y la estabilidad matrimonial hay un problema de amistad. Un matrimonio está asegurado, como pareja estable, cuando entre ambos esposos llega a fraguarse una verdadera amistad. Pero la amistad tiene un precio: la amistad se basa en la libertad; no en las leyes, ni en cualquier otra forma de coacción o de seguridad externa. Además, la amistad exige confianza mutua y transparencia en la comunicación.
Sólo entonces, cuando los esposos son capaces de llegar a convivir como los mejores amigos de la vida, aunque resulte una realidad que difiere bastante del sueño soñado en los ardores del amor primero, sólo entonces está asegurada la estabilidad matrimonial y familiar.

Preguntas para el diálogo

1. ¿Se puede decir que como esposos somos buenos amigos? ¿Hasta qué grado somos amigos? ¿Hasta dónde llega nuestra confianza mutua y nuestra sinceridad en la comunicación?

2. Reflexionar lo mismo sobre la amistrad entre padres e hijos.

3. ¿Tenemos a nuestros mejores amigos dentro de nuestra propia familia? ¿Por qué?

4. ¿Te ayuda tu familia para vivir mejor en una comunidad de fe?

6. ¿Te ayuda la comunidad para vivir mejor tus relaciones de familia?

c) Contraer matrimonio en el Señor

Tenemos que ser bien conscientes de que el matrimonio cristiano es una gracia, y una gracia difícil. Cuando Jesús dijo: *"No todos entienden esto; sólo los que han recibido el don"* (Mt 19,11), no se refería sólamente al celibato, sino al matrimonio cristiano también. Ello es una gracia de Dios, que no puede conseguirse sólo a base de esfuerzo humano. Estas palabras de Jesús indican que la fidelidad de por vida más que una prescripción legal es una promesa de gracia y ayuda. Dios es el que puso al principio aquel amor de enamorados y él se compromete a mantenerlo hasta el fin.

Si es difícil tomar la decisión de casarse, mucho más lo es mantenerla durante toda la vida. Amar es fundamentalmente aceptar en plenitud el modo de ser del otro; y ello no es nada fácil, y menos para toda la vida. Y peor aún teniendo en cuenta las diferencias psicológicas de los dos sexos. Pero resulta que en el matrimonio no son sólo dos las personas comprometidas. Está de por medio el Dios fiel que los amó primero y los hizo amarse entre sí.

Esta ayuda de Dios no se limita al acto inicial por el que se suscitó el enamoramiento. Es una gracia con la que se cuenta siempre. Sólo que Dios no la impone a la fuerza. Es un don que hay que buscarlo y recibirlo.

Cuando Jesús dice que *"no separe el hombre lo que Dios ha unido"* está indicando que es Dios quien puso desde el principio en el corazón de cada uno de los cónyuges el amor y la voluntad de mantener fielmente esa entrega. Dios, que comenzó esa obra buena, está dispuesto a llevarla adelante. Pero necesita nuestra respuesta libre y responsable. Hay que dejarle obrar en nosotros. Por eso es imprescindible la oración matrimonial: para ponerse en manos de Dios y dejarle obrar a él, que siempre es fiel.

"Casarse por la Iglesia" no significa meramente que se hace una ceremonia en la Iglesia. Significa "contraer matrimonio en el Señor". Es decir, que el matrimonio queda asumido en el ser de Cristo; son sus mismos sentimientos de amor, de fidelidad y servicio los que deberán llenar a esos esposos.

El matrimonio cristiano debe ser signo de la presencia de Dios. Los cristianos que se casan se comprometen a ser signo viviente de lo que es la realidad de Dios. Un amor que continuamente sepa darse y perdonar. Amor que se compromete fiándose del otro.

El Evangelio pide a los cristianos casados que conviertan su vida en un signo del amor de Dios, que sabe perdonar, ayudar, exigir, entregarse sin retorno, y ello sin perder la propia personalidad. La condición imprescindible es vivir confiados en el que los embarcó en este compromiso: Dios. El es el garante máximo de la aventura.

Nada de ello se conseguirá sin esfuerzo, arrepentimientos y vueltas a comenzar. Nadie llega al amor si no carga con su cruz. Sólo después de haber superado muchas tentaciones de abandonar, será posible llegar a la cumbre. En medio de las dificultades hay que seguir creyendo que Dios sigue asistiendo a su obra.

Puesto que el matrimonio es una gracia, una realidad hecha de fe y de esperanza en que Dios garantiza lo que él unió, se necesita a todo trance unirse con ese Dios a través de la oración. Hacer sitio a Dios dentro del matrimonio es tomar conciencia de que él es el tercero en concordia, el garante de esa unión, que hay que desear y pedir. Aquí resulta verdadera de un modo especial la frase de Jesús de que donde

están dos o tres reunidos en su nombre, él está en medio de ellos (Mt 18,20).

d) El caso del divorcio

Como en muchos otros casos, Jesús supera al Antiguo Testamento en cuanto a la relación entre varón y mujer. En el problema que le plantean sobre si está permitido el divorcio tal como lo establecía la Ley (Dt 24,1), Jesús se sitúa más allá de cualquier plano jurídico. Se coloca en el plan inicial de Dios.

No se pretende aquí estudiar los problemas y cuestiones que actualmente se plantean acerca del divorcio. Se trata de conocer lo que Jesús nos enseña con relación al divorcio. Con frecuencia se piensa que Jesús enseñó que en ningún caso se puede admitir el divorcio. ¿Qué dijo realmente él? Analicemos sus propias palabras:

"Se acercaron a Jesús unos fariseos y le preguntaron para ponerlo a prueba: ¿Le está permitido a uno repudiar a su mujer por cualquier motivo? Jesús les contestó: ¿No han leído aquello? Ya al principio el Creador los hizo varón y mujer, y dijo: 'Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos un solo ser' (Gn 1,27; 2,24). *De modo que ya no son dos, sino un solo ser; por consiguiente, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.*

Ellos insistieron: Y entonces, ¿por qué prescribió Moisés darle acta de divorcio cuando se la repudia? (Dt 24,1).

El les contestó: Por lo incorregibles que son, por eso les consintió Moisés repudiar a sus mujeres; pero al principio no era así. Ahora les digo que si uno repudia a su mujer -no hablo de unión ilegal- y se casa con otra, comete adulterio" (Mt 19,3-9).

Para poder comprender este Evangelio, lo primero que hay que hacer es tener en cuenta lo que ocurría en el tiempo de Jesús y en la sociedad judía con todo esto del divorcio. Porque las leyes y las

costumbres de entonces eran muy distintas de las nuestras. Y naturalmente la pregunta que hicieron los fariseos se refería a lo de entonces. Y Jesús responde a lo que le habían preguntado; no a otros problemas que ahora se nos plantean a nosotros.

La diferencia básica entre aquel tiempo y el nuestro reside en que entonces sólo el marido tenía derecho a pedir y exigir el divorcio. La mujer tenía ese derecho únicamente en casos muy contados, concretamente cuando el marido ejercía el oficio de matarife, basurero o curtidor, a causa de las impurezas legales que ello suponía. Pero, fuera de esos casos concretos, sólamente el hombre tenía derecho a divorciarse.

Además, las razones que un hombre podía aducir para divorciarse eran tan amplias que, en la práctica, cualquier cosa que le desagradase en su mujer era motivo para dejarla con todas las de la ley. Por ejemplo, si un día se quemaba la comida, eso ya era razón válida para que el marido se considerase con derecho a divorciarse. Es más, el solo hecho de ver a una mujer más guapa que la propia era considerado por algunos como causa suficiente para abandonar a la propia esposa.

Esta manera de proceder tenía su justificación en la ley de Moisés: *"Si uno se casa con una mujer y luego no le gusta, porque descubre en ella algo vergonzoso, le escribe el acta de divorcio, se la entrega y la echa de la casa, y ella sale de la casa y se casa con otro"* (Dt 24,1-2).

Según esta norma, sólamente el marido tenía derecho a pedir y exigir el divorcio. Además, esta norma era bastante imprecisa y el problema estaba en determinar los motivos por los que un marido podía considerar que su mujer tenía algo "vergonzoso". Sobre este punto, en tiempo de Jesús, había grandes controversias entre los fariseos. Los de la escuela de Hillel eran muy amplios, hasta el punto de afirmar que, en la práctica, por cualquier motivo que desagradase al marido, éste se podía divorciar. En el siglo primero de nuestra era, prevaleció la doctrina de Hillel, o sea, se impuso la interpretación de los que tenían la manga más ancha.

Estando así las cosas, se comprende el sentido concreto que tenía la pregunta que los fariseos le hicieron a Jesús: *"¿Le está permitido a*

uno repudiar a su mujer por cualquier motivo?" (Mt 19,3). Como se ve, esta pregunta no se refiere a nuestra problemática actual sobre el divorcio, sino a la problemática de aquel tiempo. El asunto que plantearon los fariseos a Jesús se refería concretamente a tres aspectos:

- A que sólo el hombre podía divorciarse y no la mujer.

- A que el hombre podía divorciarse "por cualquier motivo".

- El hombre por su cuenta podía resolver el problema, sin necesidad de una sentencia de un tribunal o alguien ajeno al asunto.

A la pregunta, planteada en estos términos, Jesús responde utilizando un argumento tomado del libro del Génesis, en el que se expresa el sentido original de la unión entre hombre y mujer: los dos se hacen un solo ser (Mt 19,4; Gn 1,27; 2,24). Jesús quiere decir que los dos son una misma cosa y, por consiguiente, entre ellos no debe haber diferencias. Y lo que Dios ha unido tan íntimamente no debe ser separado por el hombre (Mt 19,5).

Pero los fariseos no se quedaron tranquilos con esa solución, como es lógico, ya que no querían perder el derecho exclusivo del marido. Ellos no querían aceptar la doctrina de la igualdad entre marido y mujer. Por eso insisten en su pregunta, que se refiere de nuevo al derecho exclusivo del varón (Mt 19,7 y paralelos). Y entonces es cuando Jesús les dice: *"Por lo incorregibles que son, por eso les consistió Moisés repudiar a sus mujeres... Ahora yo les digo que si uno repudia a su mujer -no hablo de unión ilegal- y se casa con otra, comete adulterio"* (Mt 19,8-9 y paralelos).

Por consiguiente, la enseñanza de Jesús sobre el divorcio se refiere sólamente a estas tres cosas:

- No existe un derecho unilateral del hombre para divorciarse, porque el hombre y la mujer son una misma cosa, es decir, son perfectamente iguales en ese punto.

- Tampoco existe un derecho arbitrario para divorciarse, o sea, no se puede admitir el divorcio *"por cualquier motivo"*, como pretendían

los discípulos de Hillel, el de la manga ancha.

- Ni tampoco existe un derecho de los mismos cónyuges para anular el vínculo matrimonial por propia decisión, sin que medie la sentencia de un tribunal competente para eso.

Pero el Evangelio no habla del caso en que una autoridad externa a los esposos disuelve el matrimonio. Como tampoco habla este Evangelio de aquellos casos en los que se plantea el divorcio sobre la base de la perfecta igualdad de derechos y obligaciones del hombre y la mujer. Ni tampoco del caso en que existen razones verdaderamente graves por parte de los dos cónyuges para llegar al divorcio. Todo esto se refiere a nuestra problemática actual sobre el divorcio, no a la problemática del tiempo de Jesús.

En este sentido se han de entender también las palabras de Jesús en el Sermón del Monte: *"Se mandó también: 'El que repudia a su mujer, que le dé acta de divorcio'* (Dt 24,1). *Pues yo les digo: todo el que repudia a su mujer, fuera del caso de unión ilegal, la empuja al adulterio, y el que se casa con la repudiada comete adulterio"* (Mt 5,31-32). Como se ve, también aquí se trata del derecho unilateral del marido para repudiar a la mujer. Y eso es lo que rechaza Jesús.

Cuando hablamos en la actualidad del tema del divorcio existe el peligro de utilizar los textos evangélicos como si hablaran para un modelo de familia intemporal, que habría existido lo mismo en la cultura israelita del tiempo de Jesús que en la cultura de nuestro tiempo. Pero ya se ha dicho que la familia de entonces era muy distinta, entre otras cosas, en lo tocante a los derechos del hombre y de la mujer sobre la cuestión concreta del divorcio.

Sabemos además que el divorcio en ciertos casos ha sido admitido en la Iglesia ya desde el mismo tiempo de los primeros apóstoles. Así, San Pablo afirma que si un cristiano está casado con una mujer no cristiana y resulta que ella no quiere seguir viviendo con él, entonces el cristiano puede divorciarse. Y lo mismo si se trata de una cristiana casada con un no cristiano que no quiere seguir viviendo con ella (1 Cor 7,12-16).
Como conclusión se puede afirmar que en los Evangelios no existe

una prohibición absoluta y universal del divorcio. Lo que Jesús prohibe es que el hombre tenga unos derechos y unas atribuciones que, de hecho, no tiene la mujer.

Preguntas para el diálogo

1. Hacer nuestra propio comentario de la cita del capítulo 19 de San Mateo acerca del divorcio.

2. ¿Eres partidario o no de la ley civil sobre el divorcio? ¿Por qué? ¿Crees que puedes sacar de la enseñanza de Jesús alguna idea para apoyar tu punto de vista sobre este asunto?

3. ¿Qué solución se le podría dar a tantos matrimonios que ya no tienen posibilidad de seguir conviviendo?

4. ¿Cuál debe ser la actitud básica cuando un casado o casada comienza a sentir deseos de divorciarse? ¿Qué le aconsejaríamos?

5. ¿Cómo debemos comportarnos para no llegar al caso de querer divorciarnos?

5 - JESUS Y LA MUJER

Para entender la actitud de Jesús ante la mujer es imprescindible conocer las costumbres de su época. Pues en caso contrario corremos el riesgo de no entender sus actitudes y aun de interpretarlas mal.

En este punto, como en tantos otros, con Jesús llega a la cumbre ese largo proceso por el que, a partir de una realidad existente, Dios había ido revelando un ideal: la total dignificación de la mujer.

a) La mujer en tiempo de Jesús

En aquel tiempo la mujer no tenía participación alguna en la vida pública. Y esto se manifestaba en una serie de costumbres, que

resultaban en extremo duras y humillantes.

Por ejemplo, cuando la mujer de Jerusalén salía a la calle, tenía que llevar la cara tapada, cubierta con dos velos, de forma que no se pudiera distinguir su rostro. Esta costumbre se observaba con tal severidad que, si una mujer salía a la calle sin cubrirse la cara y la cabeza, el marido tenía el derecho y hasta el deber de echarla de su casa y divorciarse, sin pagarle nada.

Se prohibía mirar a una mujer casada e incluso saludarla y más aun encontrarse con ella a solas en la calle. Una mujer que conversara con todo el mundo de la calle, o que se pusiera a coser en la puerta de su casa, podía ser repudiada por el marido y, además, sin recibir el pago acordado en el contrato matrimonial. Más aún, se prefería que la mujer, sobre todo si era joven, no saliese a la calle. Por eso, cuenta Filón, un autor de aquel tiempo, que la vida pública estaba hecha sólo para los hombres, mientras que las mujeres honradas tenían como límite la puerta de su casa. En el caso de las jóvenes el límite era el de sus aposentos o habitaciones, pues se quería que no salieran a donde estaba la gente.

Las mujeres tenían prohibido andar solas por los campos. Resultaba sencillamente impensable que un hombre se pusiera a hablar a solas con una mujer en el campo.

Pero más importante que todo lo anterior era el poder que, de hecho, ejercía el padre, y sólo el padre, sobre sus hijas. Si éstas eran menores de doce años, él tenía un poder absoluto sobre ellas, hasta el punto de que podía incluso venderlas como esclavas. Además, el padre tenía el derecho exclusivo de aceptar o rechazar una petición de matrimonio para una hija suya y, hasta la edad de doce años y medio, la chica no podía rechazar un matrimonio concertado por el padre. Cuando una mujer se casaba, pasaba del poder del padre al del marido.

Estaba permitida la poligamia. Una mujer casada no se podía oponer a que bajo su mismo techo vivieran una o más concubinas de su marido. En cambio, si ella era sorprendida en adulterio, el marido tenía el derecho de matarla.

Además, el derecho a pedir y exigir el divorcio estaba solamente de parte del marido, como ya hemos visto. Y por si todo esto fuera poco, cuando la mujer se quedaba viuda y sin haber tenido hijos, todavía después de muerto el marido seguía dependiendo de él, porque la ley mandaba que la viuda sin hijos se casara con un hermano del difunto esposo para poder dejar así un hijo al finado (Dt 25,5-10; Mc 12,18-27).

También era costumbre en aquel tiempo que las mujeres no aprendieran a leer ni escribir: sólo se les enseñaba a cumplir con sus obligaciones domésticas, porque ése era el papel que se les asignaba en la sociedad y en la familia. Las escuelas eran exclusivamente para los chicos y no para las jóvenes. Ni siquiera se acostumbraba a enseñarles la Tora, o sea, la Ley del Señor. El rabino Eliezer solía decir: "Quien enseña la Tora a su hija le enseña el libertinaje, porque hará mal uso de lo que ha aprendido". Hasta ese punto llegaba el menosprecio que los hombres sentían por la mujer en aquel tiempo.

b) El trato que les da Jesús

Con esta perspectiva histórica, el comportamiento de Jesús resalta de una manera maravillosa.

En primer lugar, los evangelios dicen con claridad que en el grupo de discípulos que acompañaban a Jesús había mujeres: *"Lo acompañaban los Doce y algunas mujeres que él había curado de malos espíritus y enfermedades: María Magdalena, de la que había echado siete demonios; Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes; Susana y otras muchas que le ayudaban con su bienes"* (Lc 8,2-3).

Lucas nos dice que este grupo de personas iba con Jesús *"caminando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea"* (Lc 8,1). Hasta en nuestros días resultaría chocante y aun sospechoso el que un profeta ambulante llevase consigo a hombres y mujeres, por caminos y pueblos.

Por la información que nos suministra Lucas, en el grupo ambulante de Jesús iba una tal Juana, que estaba casada con un político conocido. Y había otras que ayudaban con sus bienes, lo que indica que tenían autonomía económica, cosa que sólo podía darse en el caso de que

aquellas mujeres fueran viudas. O sea, Jesús estaba acompañado por viudas y casadas, mujeres tan entusiasmadas con él que hasta habían abandonado sus casas. Además, el mismo Evangelio de Lucas nos dice que había algunas mujeres a las que Jesús *"había curado de malos espíritus"*. Eso significa que eran mujeres que habían estado dominadas por las fuerzas del mal, o sea, gente sospechosa.

Entre aquellas mujeres había una tal María Magdalena, *"de la que había echado siete demonios"*. El número siete es simbólico y quiere decir que aquella mujer había estado dominada por todo lo malo que se puede imaginar: ¡era una mujer de mala fama! Y resulta que esa mujer, que había sido una "mala mujer" famosa, estaba en el grupo y acompañaba a Jesús de pueblo en pueblo. Además, esta mujer no parece que estuviera con Jesús sólamente por algunos días. Hasta el último momento, precisamente cuando Jesús estaba agonizando en la cruz, allí estaba la Magdalena, con otra María, la madre de Santiago y José, y también con la madre de los Zebedeos. Estas y otras muchas habían ido detrás de Jesús desde sus correrías apostólicas por la provincia de Galilea (Mt 27,55-56; Mc 15,40-41). Mujeres que estuvieron muy presentes en la vida de Jesús. Y que le fueron fieles hasta la muerte.

Todo esto no quiere decir que Jesús tuviera fama de libertino o mujeriego. En los Evangelios no hay ni el más mínimo rastro de semejante cosa. A Jesús lo acusaron de muchas cosas: de blasfemo, de agitador político, de endemoniado, de ser un hereje samaritano, de estar perturbado y loco. Sin embargo, en ningún momento le echaron en cara que tuviera líos con mujeres. Era extremadamente sano y limpio en ese sentido.

Hubo momentos que se prestaban a toda clase de sospechas. Un día estaba Jesús invitado a comer en casa de un fariseo. Y *"en esto una mujer, conocida como pecadora en la ciudad, al enterarse de que comía en casa del fariseo, llegó con un frasco de perfume; se colocó detrás de él junto a sus pies, llorando, y empezó a regarle los pies con sus lágrimas; se los secaba con el pelo, los cubría de besos y se los ungía con perfume"* (Lc 7,37-38). Evidentemente, una escena así, se prestaba a toda clase de sospechas: en medio de un banquete, que se

celebraba en casa de una persona respetable, entra de pronto una prostituta, y se pone a perfumar, acariciar y besar a uno de los que están allí a la mesa. La cosa tenía que resultar muy rara. Y por eso, se comprende lo que el fariseo se puso a pensar para sus adentros: *"Si éste fuera un profeta, se daría cuenta quién es y qué clase de mujer la que lo está tocando: una pecadora"* (Lc 7,39). Aquí es interesante caer en cuenta de que a Jesús no se le acusa de mujeriego, sino de que no es un hombre dotado de saber profético. Pero Jesús, una vez más, se muestra con una sorprendente libertad en su relación con las mujeres: Se puso a defender a la pecadora y a reprochar, en su propia casa, al señor respetable que lo había invitado a comer (Lc 7,44-47).

c) Jesús dignifica a la mujer

Jesús escandaliza a los fariseos al valorar a las prostitutas más que a ellos, porque, a pesar de la vida que llevaban, creyeron en el Bautista, mientras que ellos, tan *"justos",* no cambiaron su vida (Mt 21,31-32). Donde todos ven una pecadora, él percibe a una mujer que sabe amar; y donde todos ven a un fariseo santo, él ve dureza de corazón (Lc 7,36-50).

Jesús mira al interior de la persona; de manera que ya no hay diferencia entre hombre y mujer. Cualquier norma que se use para juzgar a una mujer, vale lo mismo para los hombres. Esto es lo que Jesús enseña en el incidente de la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8,3). Si se quiere condenar a aquella mujer, se ha de condenar lo mismo al hombre que estaba con ella.

En casi todas las cultura se han considerado a los órganos sexuales y sus secreciones como algo impuro. Así ocurría también en Israel (Lev 15,1-30). Ello implicaba una humillación constante para la mujer. En el milagro de la mujer que sufría flujo de sangre más de doce años, y que ocultamente le toca el manto, Jesús enseña a superar los prejuicios y la obliga a declarar abiertamente el motivo por el que le había tocado, aunque esto implicase, según los preceptos legales, la impureza de Jesús y de toda aquella gente que le seguía apretujándole (Mc 5,24-33).

Jesús, en función de su proyecto liberador, quebranta los tabúes de la época relativos a la mujer. Mantiene una profunda amistad con Marta y María (Lc 10,38). Conversa públicamente y a solas con la samaritana, conocida por su mala vida, de forma que sorprende incluso a los discípulos (Jn 4,27). Defiende a la adúltera contra la legislación explícita vigente, discriminatoria para la mujer (Jn 7,53-8,10). Se deja tocar y ungir los pies por una conocida prostituta (Lc 7,36-50).

Son varias las mujeres a las que Jesús atendió, como la suegra de Pedro (Lc 4,38-39), la madre del joven de Naín (Lc 7,11-17), la mujer encorvada (Lc 13,10-17), la pagana sirofenicia (Mc 7,24-30) y la mujer que llevaba doce años enferma (Mt 19,20-22).

En sus parábolas aparecen muchas mujeres, especialmente las pobres, como la que perdió la moneda (Lc 15,8-10) o la viuda que se enfrentó con el juez (Lc 18,1-8).

Jamás se le atribuye a Jesús algo que pudiera resultar lesivo o marginador de la mujer. Nunca pinta él a la mujer como algo malo, ni en ninguna parábola se la ve con luz negativa; ni les advierte nunca a sus discípulos de la tentación que podría suponerles una mujer. Ignora en absoluto las afirmaciones despectivas para la mujer que se encuentran en el Antiguo Testamento.

Todo esto nos viene a indicar que Jesús salta por encima de los convencionalismos sociales de su tiempo. En ningún caso acepta los planteamientos discriminatorios de la mujer. Para Jesús, la mujer tiene la misma dignidad y categoría que el hombre. Por eso, él rechaza toda ley y costumbre discriminatorias de la mujer, forma una comunidad mixta en la que hombres y mujeres viven y viajan juntos, mantiene amistad con mujeres, defiende a la mujer cuando es injustamente censurada...

Jesús se puso decididamente de parte de los marginados. Y ya hemos visto hasta qué punto la mujer se veía marginada y maltratada en la organización y en la convivencia social de entonces. También en este punto el mensaje de Jesús es proclamación de la igualdad, la dignidad,

la fraternidad y la solidaridad entre toda clase de personas. Su mensaje, también para las mujeres, era una verdadera Buena Noticia.

Estas actitudes de Jesús significaron una ruptura con la situación imperante y una inmensa novedad dentro del marco de aquella época. La mujer es presentada como persona, hija de Dios, destinataria de la Buena Nueva e invitada a ser, lo mismo que el varón, miembro de la nueva comunidad del Reino de Dios.

Por todo ello no es de extrañar que fuesen mujeres las más fieles seguidoras de Jesús (Lc 8,2-3), que habían de acompañarlo hasta cuando sus discípulos lo abandonaron. En el camino de la cruz *"lo seguían muchísima gente, especialmente mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él"* (Lc 23,27). Al pie de la cruz *"estaba su madre y la hermana de su madre, y también María, esposa de Cleofás y María de Magdalena"* (Jn 19,25). Algunas de ellas fueron las primeras en participar del triunfo de la resurrección (Mc 16,1).

Jesús introdujo un principio liberador, atestiguado con su comportamiento personal, pero las consecuencias históricas no fueron inmediatas. Solamente en la actualidad se ha creado una cierta posibilidad de realizar algo del ideal expresado por Jesús. Pero su principio dignificador de la mujer sigue siendo aún semilla, llena de vida potencial, animadora de una profunda crítica constructiva y polo de referencia para el ideal a realizar.

Diálogo comunitario

1. ¿Nos molesta que las mujeres casadas usen el apellido del marido: "señora de García"? ¿Cómo veríamos que los hombres usaran el apellido de las mujeres: "señor de Fernández"? ¿Por qué?

2. ¿Suelen los hombres trabajar lo mismo que las mujeres en las tareas domésticas en su propia familia?

3. ¿Le sueles decir alguna vez a tus hijos que "los hombres no lloran"?

¿Qué quiere decir, en el fondo, ese criterio? ¿Qué modelo de hombre y qué modelo de mujer hay debajo de esas palabras?

4. ¿En qué puntos creemos que se puede llegar a que en un matrimonio exista una perfecta igualdad entre los esposos?

5. ¿Cuál es el origen más frecuente de los conflictos conyugales en nuestras casas?

6 - SEXUALIDAD Y EVANGELIO

El tema de la sexualidad atrae y asusta a la vez. Se habla con frecuencia de ello, pero normalmente en son de burla o chiste, pero raramente en una conversación seria. Y aun en estos casos, normalmente la conversación se eleva al mero plan teórico. De este modo la sexualidad queda relegada al lugar de los pequeños o grandes secretos. Comunicarle a un amigo algo de este mundo significa darle muestra de absoluta confianza.

Se podría decir que nada es tan deseado y tan temido como la sexualidad. Muchos la consideran como símbolo del placer y de la felicidad. Tanto, que produce miedo. Es al mismo tiempo símbolo de la felicidad y del tabú, símbolo de libertad o de represión. Puede producir fascinación o terror.

Tan importante es la sexualidad, que dominar a una persona en la sexualidad es tenerla dominada en todo lo demás. Por eso les interesa tanto a los políticos y al comercio el asunto sexual, aunque a primera vista no lo parezca.

A pesar de su importancia, posiblemente sabemos muy poco de lo que Jesús y su Evangelio nos dicen acerca de la sexualidad. Y es posible que en este punto nos encontremos con sorpresas. Seguramente hallaremos en el Evangelio cosas muy importantes en torno al amor y la sexualidad de las que apenas se nos ha dicho nada.

a) En el Evangelio no es tema obsesivo

Si repasamos el Evangelio página a página apenas encontraremos nada que trate directamente sobre la sexualidad. El silencio sobre el tema es tan sorprendente que resulta casi chocante. Sólo podemos encontrar alguna cosa suelta y meramente ocasional.

A los Evangelios no parece importarles demasiado si los apóstoles son o no casados. Sabemos ocasionalmente que algunos de ellos eran casados porque Jesús curó a la suegra de Pedro y por una cita

tangencial de Pablo (1 Cor 9, 4-5). El Evangelio no habla expresamente de cosas tan importantes como la cuestión del celibato de Jesús y sus apóstoles.

Algo raro ha ocurrido en nuestro mundo, pues lo sexual, tan secundario en el Evangelio, lo ha invadido todo. Hasta el punto de que se desciende a regular los más mínimos detalles de la vida sexual, de forma que para muchos cristianos se ha convertido en lo único importante. A veces son los únicos pecados de los que se sienten obligados a confesarse.

Hasta el mismo Dios ha sido presentado muchas veces como el gran enemigo de la sexualidad, como un obseso que nos vigila de continuo, en todas partes, sin que se le escape el más mínimo detalle de nuestra vida sexual, ni siquiera a nivel de los pensamientos. Todo nuestro terror a la sexualidad lo hemos proyectado sobre Dios y, así, hemos desfigurado su rostro. Muchos piensan que Dios considera a la sexualidad como algo sucio y malo. A veces, de modo inconsciente, se piensa que a Dios no le gusta que una pareja haga el amor. Hasta hay gente que ha renunciado a este dios inventado, pues lo han encontrado un dios inaguantable.

Si a Dios le hubieran molestado los problemas de la sexualidad, Jesús nos hubiera advertido de ello. Pero aunque no se afirma nada directamente, en los Evangelios se dice mucho sobre la sexualidad, pero de un modo diferente al que estamos acostumbrados, y que es además el más auténtico y profundo.

b) La sexualidad de Jesús

Al preguntarnos cómo afrontó Jesús la sexualidad, lo primero que hay que dejar claro es que Jesús tuvo sexualidad. El fue un sujeto humano sexuado como lo es todo hombre.

Algunos cristianos, de modo más o menos inconsciente, tienden a pensar en Jesús de un modo tan angélico que se resisten ante la idea de que tuviese sexualidad. En el fondo, es que sienten que la sexualidad es algo sucio, y por ello no se lo imaginan en Jesús. Lo malo es que

así están negando el misterio de la Encarnación: no se toman en serio que Jesús fue totalmente un hombre, igual a nosotros en todo, absolutamente en todo menos en el pecado.

Sin duda alguna, desde el momento en que nació, Jesús tuvo todo ese mundo complejo de necesidades afectivas, de apetencias y de deseos que supone la sexualidad.

Jesús no es un dios que se disfraza de hombre durante una temporada y luego se quita el disfraz y se va al cielo. Ni es uno de esos dioses orientales, impasibles e inalterables, que ni sienten ni sufren, ni gozan, ni se ríen. Jesús, como todos nosotros, necesitó la compañía de unos amigos y tuvo, como todos nosotros, sus predilecciones entre la gente que conocía. Tuvo también algunas buenas amigas.

El sintió todo el mundo rico y complejo de la sexualidad, y ni le tuvo miedo, ni se dejó arrastrar por ella. Nunca aparece como obsesionado por la amenaza de la sexualidad. Ni aparece con corazón morboso, viendo obscenidades por todas partes. No tiene miedo, como le ocurre a los reprimidos, de tratar con todo tipo de gente. De ahí que alguna vez le acusaron de andar reunido con gente de mala vida como eran los publicanos y pecadores; incluso comilón y borracho le llamaron alguna vez (Mt 11,19). Tampoco tuvo miedo a las mujeres, ni se sintió obligado a mantenerse lejos de ellas. Algunas le solían acompañar de pueblo en pueblo, como ya hemos visto. Y ello a pesar del ambiente en contra que existía en aquel tiempo.

Jesús, por tanto, no tenía miedo a la sexualidad, y por eso no tenía que esconderse, ni protegerse del trato con gente de "vida alegre", ni defenderse de la mujer y sus "peligros".

Sin quitar nada de lo anterior, hay que afirmar también que Jesús es persona divina. Al mismo tiempo es Dios y hombre, plenamente. Pero la persona divina asume "hipostáticamente", como decían los antiguos, a la realidad humana de Jesús. El hombre Jesús es por eso incapaz de pecar. Es verdadero hombre en todo, menos en el pecado (Heb 4,15) y sus raíces. No está sujeto a las pasiones. Como hombre perfecto y completo tuvo la sexualidad biológica y psicológica, pero

como potencialidades siempre limpias [1].

c) Jesús denuncia la hipocresía sexual

Todos sabemos que la sexualidad es un terreno abonado para hipocresías y mentiras. Para mucha gente lo importante es "guardar las apariencias", aunque tengan una doble vida oculta a los ojos de los demás. Todo está bien si no se nota, parece ser el lema de algunos.

Jesús no aguantaba la hipocresía de mucha gente religiosa de su época. Por eso se indigna ante la hipocresía sexual de los fariseos, que además eran bastante reprimidos.

Caso típico es el de aquella mujer de mala fama (Lc 7,36-50) que se acercó a él estando comiendo en casa de un fariseo. Jesús, dándose cuenta de los malos pensamientos de los presentes, la dejó hacer y la defendió delante de todos. Jesús no se asusta de que lo toque una mujer de mala vida conocida como tal. Imaginémonos que sucedería hoy si a un hombre de Iglesia se le acercase en ese plan una mujer así. El Evangelio sitúa a Jesús entre el fariseo y la pecadora para mostrar que Jesús se queda con la sinceridad de la segunda, y no con la hipocresía y dureza de corazón del fariseo. Jesús no solamente la salva, sino que condena con una terrible hironía al fariseo. A Jesús no le importa lo que aparece, ni le importa tanto lo que se hace o no se hace, sino lo que se es profundamente en el corazón.

Otro caso claro es el de la mujer que le llevan a Jesús, encontrada en adulterio (Jn 8,1-11). Jesús no puede aguantar la hipocresía de aquellos viejos "verdes": *"El que esté sin pecado que tire la primera piedra..."*

d) Una sexualidad integrada

Si la sexualidad es un asunto tan importante, de ninguna manera podía estar olvidada en los Evangelios. Lo que pasa es que la enfocan de un

[1] Se puede consultar sobre esto el concilio ecuménico Calcedonense (Dz 148), el 2º de Constantinopla (Dz 224) y el Tridentino (Dz 792).

modo correcto, sin caer en la trampas que tiende a crear la misma sexualidad. En realidad, el silencio del Evangelio sobre la sexualidad es un grito que expresa una verdad más profunda sobre ella.

La sexualidad no es una cosa que se pueda comprender como algo aparte, como una asunto particular en el que se trata de qué es lo que hay o no hay que hacer. Hay que situarla en el conjunto de toda la vida. Podríamos decir que el Evangelio no se preocupa por el sexo, pero sí por la sexualidad, es decir, de algo que es más amplio y más profundo: todo lo relacionado con el corazón del hombre, su afectividad y sus deseos más íntimos.

El Evangelio coincide en este punto con lo que dice la psicología más moderna. Según ella, la sexualidad no es sólo cuestión de los órganos genitales -"las partes", como dice el pueblo-. Ni siquiera es cuestión sólo de lo corporal. Sexualidad es también todo lo relacionado con la afectividad, es decir, con los deseos, el cariño, la ternura... A esto estamos poco acostumbrados, pero resulta que así es el enfoque del Evangelio. No se trata de lo que el hombre hace o no hace con "sus partes", sino de lo que el varón y la mujer son, de cómo orientan su vida, de qué es lo que les resuena en el corazón. La sexualidad, para la psicología moderna y para el Evangelio, hay que situarla en el contexto total de la persona. Es el hombre completo el que interesa; un hombre que no es que tenga una sexualidad, sino que es "sexuado". En definitiva, lo que al Evangelio le interesa es dónde está nuestro corazón.

La sexualidad humana es totalmente distinta a la animal. Y nuestro esfuerzo ha de ser precisamente eso: vivirla de un modo cada vez más profundamente humano.

e) El Espíritu y la carne

Lo más importante para un cristiano es tener el Espíritu de Jesús. De ello depende radicalmente cómo pueda enfocar la sexualidad. La fe en Jesús y su Reino modifica nuestro modo de vivir la sexualidad. El ideal del Reino nos debe envolver de modo que nuestra sexualidad

esté enfocada y canalizada por ese proyecto de construir el Reino de Dios.

Hemos oído decir que los peligros del alma son mundo, demonio y carne. Y enseguida pensamos que la carne es el sexo. Sin embargo, cuando el Nuevo Testamento habla de la carne no se refiere al sexo ni a la sexualidad. La carne, según el Nuevo Testamento, cuando se opone al Espíritu, es el enfoque con el que ven el mundo las personas que no conocen a Jesús, ni les interesa la construcción de su Reino; el considerar como lo más importante de la vida al dinero, el prestigio social y todas esas cosas. Esa es la carne que se opone al Espíritu. Por eso cuando Pablo habla de las obras de la carne (Gál 5,19ss; Col 2,18), se refiere a las cosas que encierran al hombre en lo que se opone a Jesús; y esto puede ser la lujuria, pero también la rivalidad, la envidia, la vanidad y orgullo, la idolatría... Que la carne se opone al Espíritu no se refiere, pues, al sexo, sino a todo lo que es contrario a una visión cristiana de la vida.

La persona que es consecuente con su fe en Jesús y opta por el Reino se siente libre frente a todo y, por tanto, también frente a la sexualidad. Aquí reside lo tremendo de vivir cristianamente la sexualidad. Con todo lo fascinante y terrorífica que es, el cristiano tiene que lograr su libertad frente a ella. Tiene que ser capaz de no vivir solamente pensando en el sexo; pero ha de ser capaz también de tener relaciones sexuales dentro del matrimonio de un modo humano, sin imaginarse que con eso se aleja de Dios. Lo importante es el amor auténtico: si sabe amar de veras se sentirá libre para tener relaciones sexuales o no tenerlas. Pero si no tiene amor, por más puro y casto que sea, por más que cumpla todo tipo de leyes sobre la sexualidad, será una persona que no está llevada por el Espíritu: será un esclavo de la carne.

f) El ídolo del sexo

Todos sabemos que no es fácil ser libre ante muchas cosas, y menos aún frente al sexo. La sexualidad, con toda su carga de instinto, de represiones, de fascinación y de terror, fácilmente nos tiende sus trampas y nos impide esa libertad que Dios quiere para nosotros.

Se puede caer en la trampa de la sexualidad cuando la búsqueda del placer se convierte en un absoluto o también cuando el miedo al placer se convierte en algo tan poderoso que tampoco deja ser libre. A veces estas redes son tan sutiles que nos pueden tener atrapados sin darnos cuenta siquiera. Gran parte de la sexualidad funciona a niveles inconscientes, y por ello es fácil engañarnos. Es muy posible que nos creamos muy libres frente al sexo, pero que, en realidad, de un modo inconsciente, estemos llenos de cadenas. En pocas cosas el hombre es tan capaz de engañarse a sí mismo como en esto. Algunos no son sino esclavos necios que desconocen sus cadenas o se burlan de ellas.

A veces las dificultades son de tipo interno, fruto de una mala educación en este terreno. Con frecuencia también las dificultades vienen de fuera, de la manipulación que la sociedad hace de nuestra sexualidad. Por todas partes nos rodea y nos ataca una verdadera manipulación social del sexo.

La política y la economía saben que cuentan con la sexualidad como una arma poderosa para conseguir los fines que a ellos les interesa. No tienen inconveniente ninguno en manipular la sexualidad, pues necesitan el control de los instintos para mantener a la gente dentro de sus intereses.

El control de la sexualidad es uno de los instrumentos más importantes para mantener el poder: "Si controlo tu sexualidad, controlo toda tu persona", parece ser uno de sus lemas. Por eso las dictaduras se preocupan tanto de la represión sexual. En cambio, el Evangelio no le tiene miedo a la sexualidad porque no le tiene miedo a la libertad.

El sexo convertido en ídolo emboba a la gente y la mantiene sujeta al sistema. Los adoradores del sexo no son nada peligrosos para el sistema, sino todo lo contrario, sus dóciles servidores.

El caso más típico es el de la publicidad. Con ella la sociedad utiliza y manipula de continuo la insatisfacción sexual. Ellos estudian muy bien cómo hacer usar un producto asociándolo a la insatisfacción sexual. A nivel inconsciente nos hacen creer que tomando tal trago o usando una colonia determinada tendremos a nuestra disposición una señorita o

un chico guapísimo... En fin, toda una técnica muy estudiada para hacernos comprar y consumir. Y todo ello aprovechándose y manipulando nuestras necesidades afectivas. Lo que a ellos les interesa es que el hombre produzca y consuma, y para ello utilizan la sexualidad como medio para que este sistema de producción y de consumo se mantenga.

De este modo, la sexualidad, esa realidad buena y profunda creada por Dios para el encuentro con los demás, se convierte en un ídolo que esclaviza y aliena profundamente. Deja de ser un medio para encontrarse con el otro en profundidad y se convierte en algo que atonta y embrutece a la vez.

No podemos servir al mismo tiempo a Dios y al sexo. Cuando el sexo lo convertimos en ídolo, entonces es imposible servir auténticamente a Dios.
El cristiano no puede dejarse manipular por nada ni por nadie. Por eso ante la sexualidad no debe acobardarse, ni tomársela a broma, ni, mucho menos, convertirla en un objeto de veneración. Es más, tenemos que luchar contra esta sociedad que utiliza y manipula algo tan serio, don maravilloso de Dios.

Diálogo comunitario

1. ¿Estamos obsesionados por el sexo? ¿Somos hipócritas en este punto? Insistir en ser sinceros...

2. Buscar ejemplos de cómo la propaganda convierte al sexo en un ídolo y reflexionar el por qué de ese interés de los comerciantes y a veces también de los políticos.

3. Conversar y aclarar entre todos qué entendemos por sexualidad humana.

4. ¿Cómo entendemos ahora eso de la sexualidad de Jesús?

5. ¿A qué se refiere San Pablo cuando contrapone a la carne y el Espíritu.

7 - PADRES E HIJOS

Es éste un tema que es tratado con frecuencia en la Sagrada Escritura. Ya hemos visto bastantes citas sobre ello en el Antiguo Testamento. Veamos ahora algunos puntos de vista complementarios de los Evangelios.

a) Riesgo y grandeza de la paternidad

Centremos este tema en el caso presentado en el capítulo primero de Marcos acerca de las llamadas dudas de San José.

Se ha supuesto que María no comunicó a su prometido el problema que suponía su embarazo. Ella no podía tener ese orgullo de sufrir y hacer sufrir los malos entendidos sin dar explicación alguna. Ello hubiera sido una falta por parte de María, y sabemos que ella no cometió pecado. Ni tampoco podemos suponer a José pensando mal de María y decidiendo dejarla abandonada a su suerte. El era "hombre justo", y, por consiguiente, temeroso de Dios. Por eso precisamente se apresta a dejar a María, una vez que se ha enterado por ella de que Dios la ha tomado para sí. Como cualquier joven sincero cuya novia va a entrar en un convento. Allí no tiene él nada que hacer. Siente el temor, indignidad e incapacidad de los profetas del Antiguo Testamento.

Pero en su oración ve José que Dios lo quiere junto a María como padre de Jesús: *"Le pondrás el nombre de Jesús"* (Mt 1,21). Esta frase significaba para un semita lo mismo que "tú tienes que ser su padre". Poner el nombre es el símbolo de todo lo que de autoridad incluía la paternidad, y la responsabilidad y problemas que acompañan a la paternidad. Y eso era seguramente lo que había temido José. Dios le hace ver que no tiene que temer por tratarse de una misión tan alta. Dios lo necesita. Entonces José da su sí, con toda su grandeza y todos sus riesgos.

Nuestro caso nunca es el mismo. Pero existen paralelismos profundos.

Pues, en el fondo, al igual que la pareja de Nazaret, las atenciones que damos a nuestros hijos las recibe el mismo Jesús en persona (Mt 25,40). La aceptación, temerosa y confiada, de la responsabilidad del hijo, por parte de María y José, es un modelo para nosotros. Muchas jóvenes parejas sienten temor a hacerlo mal cuando les llegue el momento de ser padres. Y es una buena señal. Aceptar la paternidad, conscientes de su grandeza, pero temerosos de sus riesgos, es la única actitud consecuente. Veámoslo más concretamente.

b) Padres como Dios es Padre

Un día dijo Jesús: *"Tienen que ser buenos del todo, como es bueno su Padre del cielo"* (Mt 5,48). El estilo del Padre del cielo debe ser el estilo de los padres de la tierra. Así quiere Jesús que sean los padres de este mundo.

Desde este punto de vista se puede hacer una lectura muy sabrosa de la conocida parábola del "hijo pródigo" (Lc 15,11-32), que en realidad es la parábola del padre más desconcertante que uno se puede imaginar.

El padre de la parábola empieza por repartir los bienes apenas se lo pide el hijo menor. No se limitó a hacer testamento, sino que efectivamente le entregó la mitad de la fortuna al menor de los hijos. Y no sólo le entregó el dinero, sino que además lo dejó que se fuera de la casa con aquel capital (Lc 15,13). Por lo visto el chico tenía poca cabeza. En consecuencia, pasó lo que tenía que pasar: en cuatro días botó la fortuna y llegó a pasar hambre (Lc 15,13-17). La necesidad y la miseria le obligaron a volver, con las orejas gachas y comido de vergüenza, a la casa de su padre. La cosa no era como para reirle la gracia a aquel cabezarrota. Lo asombroso del caso en que cuando el muchacho asomó por las puertas de la casa, el padre no le llamó la atención, ni aun siquiera se puso a preguntarle lo que había pasado. La única cosa que se le ocurrió fue organizar una fiesta por todo lo alto: los mejores trajes, la mejor comida (Lc 15,22-23) y hasta una orquesta (Lc 15,25).

Pensando fríamente las cosas, todo aquello no tenía ni pies ni cabeza. Y prueba de ello fue la reacción del hermano mayor. Cuando volvió del trabajo y se dio cuenta del fiestazo que su padre había organizado, dijo que él no entraba en la fiesta (Lc 15,28). Una reacción completamente lógica. No le faltaban sus buenas razones, ni tuvo pelos en la lengua para echarle en cara a su padre lo que estaba haciendo: *"Mira, a mí, en tantos años como te sirvo sin desobedecerte nunca una orden tuya, jamás me has dado un cabrito para comérmelo con mis amigos; pero cuando ha venido ese hijo tuyo, que se ha comido tus bienes con malas mujeres, matas para él el ternero cebado"* (Lc 15,29-30). Según nuestra manera de pensar, este joven tenía razón. A cualquiera de nosotros se nos hubiera ocurrido la misma reacción o quizás más dura aún.

Y sin embargo, la verdadera razón estaba de parte del padre. Pues un padre no es un patrón que domina a sus hijos, y menos aún un juez que exige en justicia lo que a cada uno le tiene que exigir. El padre es el origen de la vida que se prolonga en el hijo. Y por eso, es también el origen de todos los bienes que con la vida se transmiten al hijo. El padre es, por lo tanto, el ser que siempre está a favor del hijo, no sólo cuando el hijo es bueno, sino también cuando el hijo es malo; no sólo cuando el hijo va por el buen camino, sino también cuando el hijo se desvía, cuando se equivoca e incluso cuando comete el mayor de los delitos.

Pero el problema está en saber cómo actuar para estar efectivamente siempre en favor del bien de un hijo. Porque amar no es necesariamente lo mismo que permitir. Es más, a veces puede ocurrir que una actitud permisiva con respecto a los hijos les resulte totalmente perjudicial. ¿Cómo hacer, pues, para que verdaderamente el padre esté siempre en favor del hijo?

En la parábola el padre respondió a su hijo mayor unas palabras que son todo un programa: *"¡Hijo mío!, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo"* (Lc 15,31). La verdad es que el hijo mayor no tenía derecho a protestar. Y no tenía ese derecho porque cuando en una familia las relaciones de hijos y padres van como Dios manda, entonces la mayor alegría de los hijos no está en lo que reciben de los

padres, sino en que están con sus padres. Cuando en una familia las cosas van al estilo de Dios, el padre puede decir con toda verdad a cada uno de sus hijos: *"todo lo mío es tuyo"*.

Esto quiere decir que, en un grupo familiar, las cosas van como Dios manda cuando las relaciones de unos con otros no están determinadas por "lo mío" y "lo tuyo", por "lo que a mí me toca" y por "lo que a ti te corresponde", sino por una forma de convivencia basada en la compenetración mutua, traducida en amistad, libertad y transparencia. Cuando en una familia las cosas van por este camino, se puede hacer lo que hizo el padre del hijo pródigo. Se puede y se debe hacer, porque ésa es la única forma de llevar la relación padre-hijo hasta sus últimas consecuencias.

En el fondo, se trata de comprender que lo único que verdaderamente educa a los hijos es la bondad de los padres. Y de comprender también que la bondad no puede ser suplida por ninguna otra cosa. Es más, cuando la bondad se intenta suplir con autoritarismos o violencias, lo más frecuente es incurrir en actitudes y comportamientos que rozan con lo trágico o lo ridículo y que, desde luego, siempre van en perjuicio de los hijos.

c) La verdadera autoridad

Lo peor que puede hacer un padre o una madre es intentar suplir a base de dominio lo que le falta de verdadera autoridad. Porque entonces el amor se convierte en miedo. Y la labor educativa, en una auténtica labor destructiva.

La verdadera autoridad se basa en la capacidad y en la competencia. Y estas cualidades no se fingen, ni se sostienen a base de cubrir las apariencias. En una convivencia diaria, que dura tantos años, las cualidades de cada uno se muestran como realmente son. Y es únicamente a partir de esa competencia desde donde cada cual puede transmitir unos valores y una orientación válida para toda la vida. Sólo desde la propia competencia y desde las propias cualidades se puede verdaderamente educar a los hijos.

Quienes tienen auténtica autoridad no tienen por qué reprimir la libertad. Por el contrario, quienes se empeñan en suplir su falta de autoridad a base de imposiciones, no tienen más remedio que reprimir las libertades. Aunque también es cierto que en el pecado llevan la penitencia. Porque la consecuencia es el conflicto y, con bastante frecuencia, el fracaso como padres.

d) Sincera atención a los padres

Jesús se apoyó en la tradición del Antiguo Testamento para resaltar la importancia de ayudar a los padres ancianos.

Un día les echó en cara a los fariseos lo siguiente:

"Ustedes dejan tranquilamente a un lado el mandato de Dios para imponer su tradición. Porque Moisés dijo: 'Sustenta a tu padre y a tu madre, y el que deje en la miseria a su padre o a su madre tiene pena de muerte' (Ex 20,12; 21,17; Dt 5,13; Lev 20,9). *En cambio ustedes afirman que un hombre puede decirle a su padre o a su madre: No puedo ayudarte porque todo lo mío lo tengo destinado al Templo. En este caso, según ustedes, esta persona ya no tiene que ayudar a sus padres. Así ustedes anulan la Palabra de Dios con esta tradición que han transmitido. Y de éstas hacen muchas"* (Mc 7,9-13; Mt 15,3-6).

Como se ve, aquí Jesús recuerda y afirma el deber que tienen los hijos de atender a sus padres. Pero lo importante no está simplemente en eso. Porque Jesús se refiere más directamente a otra cosa: ataca la hipocresía de aquellos señores. Primero la hipocresía religiosa. Y como consecuencia de eso, la hipocresía y la falsedad en las relaciones familiares. Estas dos formas de hipocresía estaban organizadas por los dirigentes religiosos de Israel. Por supuesto, ellos sabían muy bien que los hijos tienen obligación de atender a sus padres cuando éstos lo necesitan. Pero los dirigentes se las arreglaron para sacar a la gente el dinero que deberían emplear en cuidar a sus padres ancianos o enfermos. Así desatendían sus deberes familiares y encima se quedaban con la conciencia tranquila.

Eso justamente es lo que Jesús ataca en este caso. Y lo ataca diciendo que esa manera de entender y practicar la religión es una hipocresía

(Mc 7,6), que no sirve para nada delante de Dios (Mc 7,7). Porque Dios se fija en *"lo que sale de dentro"* (Mc 7, 17). Lo que Dios quiere es un corazón sincero y recto. Pero no le gusta en absoluto la teatralidad de las prácticas externas, incluso las religiosas, si son prácticas que de hecho sirven para encubrir un corazón duro y egoísta, que es capaz de olvidarse, incluso, de sus propios padres.

En la mentalidad actual no es fácil que haya personas tan estúpidamente religiosas que hagan como los dirigentes religiosos del tiempo de Jesús. Pero el fondo de la enseñanza evangélica sigue teniendo también para nosotros una actualidad palpitante. Hay gente que cubre las apariencias, para quedar bien ante los demás, precisamente cuando escurre el hombro ante las obligaciones y exigencias que le imponen los deberes familiares.

En el fondo siempre nos encontramos con el mismo problema: cuando las relaciones familiares no "salen de dentro", se cae irremediablemente en actitudes y comportamientos hipócritas. Y el resultado es la división, el conflicto o la soledad.

Diálogo comunitario

1. ¿Puedes mostrarte en tu casa y ante tu familia tal como eres, sin tener que ocultar o disimular algo? ¿Por qué?

2. ¿Crees que tus padres han sido las personas que más han influido en ti, en lo que tú eres ahora, en tu manera de pensar y de actuar? ¿Por qué?

3. ¿Cómo debemos educar a nuestros hijos? ¿A quién nos debemos parecer? Poner ejemplos.

4. ¿En qué consiste, según el Evangelio, la verdadera autoridad? Intentar aterrizar en la vida concreta de cada día.

5. ¿Cuáles son, a nuestra forma de ver, los fallos más graves que debe evitar un matrimonio para educar bien a sus hijos?

8 - LA SAGRADA FAMILIA

Merece la pena detenernos un poco a meditar sobre la Sagrada Familia porque a todos nos interesa conocer más de cerca lo que en realidad fue la familia más íntima de Jesús, y lo que nos puede enseñar a nosotros ahora.

Como todo ser humano, Jesús fue, al menos en cierta medida, un producto de su propia familia. Vivió en ella más de treinta años; allí creció, se educó y aprendió muchas cosas (Lc 2,40 y 52). Por eso, aquella familia es para nosotros un dato de primera importancia.

Pero, por regla general, los cristianos tenemos una imagen desfigurada de lo que fue la "Sagrada Familia". Poco a poco se ha ido formando en el pueblo la "imagen ideal" de la Sagrada Familia: San José con sus barbas, en su taller de carpintero o quizás con una vara de nardo florecido en la mano; la virgen María, tan inocente y tan hermosa, dedicada a sus labores; y el niño Jesús, con cara de ángel, aprendiendo el oficio de su padre o quizás jugueteando con un pajarito. En fin, a veces nos gustan los detalles con su poquito de ingenuidad...

En vez de aprender nosotros las cualidades y virtudes de la familia de Jesús, quizás lo que estamos haciendo es aplicar a aquella familia las cualidades y virtudes que a nosotros nos parecen las mejores para una familia. Y así, hemos construído una imagen de la "Sagrada Familia" en la que el marido, José, es un ciudadano ejemplar, un trabajador intachable, modesto y resignado con su suerte; y la esposa, María, es una santa mujer de su casa, con todas las virtudes que adornan a la esposa y a la madre; y en donde el hijo es el mejor de los hijos, sobre todo el más obediente a sus padres. O sea, la familia ideal.

No cabe duda de que si todas las familias del mundo fueran así, esto sería una balsa de aceite y la tierra resultaría una antesala del cielo. Pero lo malo del asunto es que no todas las familias son así, ni pueden serlo.

En consecuencia, la pregunta lógica es muy sencilla: ¿Fue realmente así la familia de Jesús? Y ¿son ésas las cualidades y virtudes que nos enseña aquella familia? ¿Cómo fue en realidad? Porque si aquella familia no hubiera tenido ningún tipo de problemas, de poco nos podría servir su ejemplo, ya que nosotros estamos llenos de problemas.

a) Una familia con problemas

Tenemos que quitarnos de la cabeza la idea de que la familia de Jesús fue una familia sin problemas. Por los datos que nos dan los Evangelios, sabemos que en aquella casa hubo problemas y situaciones bastante serias.

Apenas comprometidos oficialmente a contraer matrimonio, José se dio cuenta de que su mujer estaba en cinta, antes de haber vivido juntos (Mt 1,18). La solución de este conflicto no sería nada fácil. Supone mucha oración, mucho diálogo y muchos malos ratos. Ya hemos hablado de este pasaje. En todo caso, este incidente nos indica hasta qué punto en aquel matrimonio hubo

situaciones difíciles casi desde el primer momento.

El nacimiento de Jesús acarreó también problemas muy serios al matrimonio: la persecución política, el exilio y el tener que verse como emigrantes en un país extranjero (Mt 2,13-15). Incluso después de la muerte del dictador Herodes, José se siguió sintiendo amenazado como persona sospechosa ante la autoridad política (Mt 2,21-22), hasta el punto de tener que volver a un pueblo perdido, Nazaret, en la región más pobre, Galilea (Mt 2,23). Un pueblo, además, que tenía mala fama (Jn 1,46).

Cuando llevaron al niño al templo por primera vez, un hombre de Dios inspirado por el cielo, le dijo a la madre cosas terribles: el niño estaba destinado a ser *"señal de contradicción"* y un motivo de conflictos (Lc 2,35), y ella misma se vería traspasada por un sufrimiento mortal (Lc 2,35).

Recordemos también el extraño episodio del niño cuando se quedó en el templo sin decir nada a sus padres (Lc 2,41-51). El Evangelio de Lucas señala expresamente que ni María ni José comprendieron lo que el joven Jesús hizo y dijo en aquella ocasión (Lc 2,48 y 51). Lo cual quiere decir que, también desde este punto de vista, en aquella familia hubo problemas, porque había cosas que resultaban preocupantes y que los padres no entendían.

En resumen: una familia con problemas. Y por cierto, de todas clases: problemas matrimoniales, problemas políticos, problemas entre los padres y el hijo. Una familia perseguida políticamente, desterrada, exiliada, arrinconada en un pueblo perdido, arrastrando sombrías amenazas, y viviendo situaciones que no resultaban fáciles de entender. En definitiva, una familia con problemas graves. Sin duda, como los problemas de tantas otras familias.

Desde el punto de vista de la fe, nosotros sabemos que en aquella familia estuvo presente lo mejor que puede haber en una casa: el favor de Dios, su gracia y su palabra. Allí estuvo presente JESUS. Pero esto nos viene a indicar que la presencia cercana y palpable de Jesús no excluye los problemas, la incomprensión y hasta la conflictividad. Más aún, precisamente la presencia de Jesús fue la causa de las tensiones y conflictos que se produjeron en aquel hogar.

Por consiguiente, la familia ideal no es la familia donde no hay problemas, sino la familia que escucha el Evangelio, que lo acoge y lo vive, aun a costa de tener que soportar situaciones problemáticas. En eso seguramente reside la enseñanza más importante que tiene para los creyentes la familia de Jesús.

b) La personalidad de José

San José no era viejo. Ni parece probable que tuviera las barbas blancas, la cara sonrosada y la figura endulzada que le pintan en algunas estampas. Intentemos rescatar, en lo posible, su figura histórica, distinguiendo algunos datos como ciertos y otros como meras posibilidades.

Los Evangelios hablan poco de él. Lo cual ya es un dato. Eso quiere decir que era un sencillo hombre de pueblo. Pero perteneciente a una familia de muy larga tradición: era descendiente de David (Mt 1,6; Lc 3,32). Sabemos que aquella familia había conservado cuidadosamente la larga genealogía de sus antepasados (Mt 1-17; Lc 3,23-38), lo cual denota cantidad de tradiciones conservadas con esmero. Era un hombre sencillo, pero lleno de una rica sabiduría popular con raíces muy antiguas.

No hay ningún apoyo bíblico para justificar la costumbre de pintar a San José como un anciano. Ello va en contra las costumbres de entonces. Peor aún si así se quiere indicar la virginidad de María: es triste insinuar que María fue virgen porque se casó con un viejo. Con ello además se está insinuando también un mal gusto de la joven María. Ella era una chica muy normal y se casaría, como todas las chicas de su tiempo, con un joven de su edad.

Ciertamente José era un trabajador manual (Mt 13,55). Habían tenido antepasados poderosos, pero en aquel momento él vivía de su trabajo manual. El oficio de *"carpintero"* pueblerino en aquel tiempo abarcaba una cantidad de actividades que no se reducían a la fabricación de muebles, sino que se extendía a la construcción de casas y a una gama amplia de manualidades. Se podría decir que era como el hombre hábil del pueblo, al que se recurre confiadamente buscando solución a cualquier problema imprevisto. Todavía, en nuestros pueblitos, ése es también el servicio polifacético del carpintero.

No podemos olvidar tampoco la situación socio-económica de aquella región. Podemos afirmar que era un hombre sometido a la dura situación que vivían los obreros de aquel tiempo, sobre todo en aquella provincia de Galilea, región de pescadores y agricultores muy pobres. Se sabe que entonces los campesinos no podían aguantar los duros impuestos de sus cosechas cobrados por Roma y Jerusalén, que llegaban alrededor del treinta por ciento. Algunos se veían obligados a vender sus tierras y quedar de peones rurales o de meros mendigos. Esta dura crisis económica tuvo que afectar gravemente a José y su familia.

Nos consta que en aquel tiempo hubo abundantes revueltas populares en Galilea. Por la historia profana sabemos que cuando Jesús tenía unos quince años se produjo un levantamiento armado de los habitantes de Séforis, a pocos kilómetros de Nazaret, que fue sofocado violentamente por el ejército romano y que costó la vida a varios miles de judíos. ¿Fue allí donde murió José? La hipótesis no es absurda, si bien no pasa de ser una mera hipótesis.

Dentro ya del terreno de las hipótesis, algunos dan una interpretación al pasaje evangélico de la sinagoga de Nazaret que no deja de ser interesante.

El Evangelio de Lucas cuenta que un día Jesús leyó delante de sus paisanos en Nazaret unas palabras que hablan de la tarea que debía realizar el Mesías: dar la buena noticia a los pobres, liberar a los presos, dar vista a los ciegos, poner en libertad a los oprimidos (Lc 4,18; ver Is 61,1-2). Pero resulta que Jesús leyó esas palabras de Isaías saltándose una línea. Justamente la línea donde el profeta hablaba de la venganza de Dios contra los enemigos de la nación judía. Lógicamente, los paisanos de Jesús se extrañaron de que no hiciera mención de las palabras que hablaban de la venganza divina (Lc 4,22). Y se pusieron en contra de él, quizás por callarse lo de la venganza de Dios contra los enemigos de su nación. Lo cual querría decir que entre los habitantes de Nazaret, como generalmente sucedía entonces, abundarían los nacionalistas, que soñaban con la hora de la venganza, debido a la situación tan dura que estaban soportando.

Es significativo el comentario que hizo la gente al escuchar a Jesús: "*Pero ¿no es éste el hijo de José"* (Lc 4,22). Parece que a sus paisanos le sorprende que un hijo de José no resulte nacionalista, partidario de la venganza contra los enemigos de Israel. Quizás José era un nacionalista, de los muchos que había entonces. Por lo menos, ahí queda el hecho de que los vecinos del pueblo quisieron despeñar a Jesús por un cerro (Lc 4,28-29). ¿Por qué?

Pero hay otro detalle que viene a reforzar esta opinión. El padre de José se llamaba Jacob (Mt 1,16). Y, según tradiciones antiquísimas del Talmud y los Midrash ese Jacob tenía un apodo: le llamaban "el Pantera". Y de ahí que a José le dieran el apodo de "hijo del Pantera". Si esta tradición es verdad, tendríamos que a José y su familia le llamarían en su pueblo "los Panteras". Un apodo muy apropiado para gente más bien belicosa.

Lo del apodo no tiene importancia. Lo que parece claro es que José vivió en su propia carne la opresión que tuvieron que soportar aquellas gentes, y que, quizás participó y hasta se significó (por eso lo recuerdan los vecinos de Nazaret) en la inquietud de los pobres que buscan solución ante las opresiones que padecen.

Jesús vivió y sufrió la desdichada condición de los oprimidos de la tierra. José no pudo vivir al margen de ese estado de cosas. Y cabe pensar, en buena lógica, que parte de la opción de Jesús por los pobres la aprendió de José y María.

Es aleccinador ver a José como un hombre solidario de su pueblo, lejos de esa caricatura bonachona que a veces nos han querido imponer.

c) La mentalidad de María

También la figura de María ha sido presentada con frecuencia como una gran señora, muy rica, rodeada de nubes y de angelitos. Con ello la piedad popular ha expresado su profunda devoción a la Madre de Dios. Pero hay siempre el peligro de que la devoción de la gente sencilla sea manipulada por otros intereses. Y entonces, puede ocurrir que se camuflen la realidad histórica y el mensaje que se debe tener en cuenta cuando pensamos en María. Ella ciertamente fue una mujer pobre, de pueblo, sencilla, pero con un corazón maravilloso, lleno de Dios y de servicialidad.

Por los datos que nos suministra el Evangelio de Lucas, podemos decir que la mentalidad de María era profundamente revolucionaria, por más que dicha afirmación nos resulte desacostumbrada o incluso escandalosa.

Una revolución es un cambio radical de una situación determinada. De ahí que la revolución en sí no es buena ni mala, ni violenta ni pacífica. Hay revoluciones malas, como las hay buenas; las hay violentas, como las hay pacíficas. Afirmar que alguien es un revolucionario es decir simplemente que se trata de una persona que quiere y se esfuerza por cambiar pronto y de verdad una situación. Si la situación es aplastante para la mayoría de la población, y alguien dice que eso tiene que cambiar de raíz y lo antes posible, está claro que se trata de una excelente revolución, más aún si se propone conseguir sus deseos por medios pacíficos.

Pues esto justamente es lo que queremos decir al hablar de la mentalidad que tenía María, la madre de Jesús. Porque así lo expresó ella cuando fue a visitar a su prima Isabel. Allí María manifestó los sentimientos que había en su espíritu (Lc 1,46-47). Tales sentimientos se refieren, sobre todo, a la situación de la sociedad y a la manera como Dios interviene en la vida y en la historia de los hombres.

"En verdad el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí:
El es santo
y su misericordia llega a sus fieles
generación tras generación.

Su brazo interviene con fuerza,
desbarata los planes de los arrogantes,
derriba del trono a los poderosos
y levantan a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide con las manos vacías..." (Lc 1,49-53).

Como se ve, María cree que Dios interviene en la vida y en el mundo de tal manera que, en realidad, su actuación resulta revolucionaria, porque desbarata y derriba a los grandes y poderosos, mientras que levanta a la gente sencilla, los humildes de la tierra; colma de bienes a los pobres, mientras que a los ricos los deja *"con las manos vacías"*. María comprende que los planes de Dios son completamente al revés de los planes del mundo. Porque los proyectos sobre los que descansa la sociedad tienen su fuerza en el poder, el dinero y el prestigio, pero, según María, Dios está en contra de todo eso, porque está a favor de *"los humildes"* y *"los hambrientos"* de la tierra: los que no cuentan en los planes de la alta sociedad...

El Dios en el que cree María es el Dios que transforma los pilares sobre los que descansa nuestro mundo. No se trata de derribar a unos poderosos para poner en su lugar a otros, sino de acabar con la opresión y el disfrute de unos pocos a base de pisar a los demás. Dios es el Padre de todos los hombres. Y por eso, está a favor de todos. Lo que pasa es que la manera de ayudar a unos es levantarlos, mientras que la manera de ayudar a otros es hacer que dejen de estar sobre los demás. Ahí está la explicación de la mentalidad divina, que es la mentalidad que asimiló María.

El mensaje del Magníficat es un maravilloso resumen del mensaje central del Antiguo Testamento. Y en él está presente también algo central del mensaje de Jesús: que Dios es Padre bueno de todos, y precisamente por ello opta por los desheredados y los despreciados del mundo. María cree en el Dios de la Historia, en el Dios de los pobres, en el Dios de Jesús... Ella sabe interpretar la Biblia desde el dolor de su pueblo, con ojos de pobre... Enfoca la vida desde las perspectivas del Reinado de Dios.

d) Libertad, comprensión y respeto

Ni siquiera el conflicto de generaciones se les ahorró a los padres de Jesús. De hecho los Evangelios parecen haberse preocupado más de reconocer las tensiones que la suavidad de sus relaciones. El relato evangélico que vamos a ver confirma que los padres de Jesús no consiguieron entender la profunda realidad de aquel hijo que se iba haciendo mayor. Pero acogen en silencio lo que no entienden y lo siguen meditando en su corazón.

"Los padres de Jesús iban cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años subieron a las fiestas, según la costumbre, y cuando éstas terminaron, se volvieron. Pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que iba en la carabana, al terminar la primera jornada se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; y, como no lo encontraron, volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días lo encontraron, por fin, en el templo, sentado en medio de maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que lo oían quedaban desconcertados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo se quedaron extrañados, y le dijo su madre:

¡Hijo!, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira con qué angustia te buscábamos tu padre y yo!

El le contestó: ¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?

Ellos no comprendieron lo que quería decir. Jesús bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba en su interior el recuerdo de todo aquello. Jesús iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres" (Lc 2, 41-52).

¿Qué es lo que esta historia nos puede enseñar a nosotros sobre la familia?

Ante todo, hay una cosa bastante clara: Jesús no se quedó en Jerusalén porque "se perdió" en el barullo de la gente en la gran ciudad, como si fuera un niño ignorante que se extravía de sus padres cuando lo llevan a la capital. Jesús no "se perdió", sino que "se quedó" intencionalmente.

Y se quedó en la capital *"sin que lo supieran sus padres",* o sea, se quedó allí sin avisarles que se iba a quedar. Esto resulta chocante, pues Jesús no era el típico niño travieso, que les juega una mala pasada a sus padres en cuanto éstos se descuidan. Y se queda en el gran templo de la capital, consciente de que eso va a ser motivo de gran preocupación para José y María.

¿Por qué se portó así Jesús? Si él se quería quedar en el templo, pudo muy bien decírselo a sus padres, que se lo habrían permitido sin deficultad. De esa manera se habría evitado su dolor. Pero no, el niño se quedó a sabiendas de lo que hacía. Por eso se comprende la pregunta de su madre: *"¿Por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira con qué angustia te buscábamos tu padre y yo!"*. Sin duda, lo más misterioso para María no era que el niño se hubiera quedado en el templo, sino que hiciera eso sin contar con ellos. Y eso debió ser tan misterioso para María y José que ni siquiera se enteraron de la respuesta que les dió Jesús: "*Ellos no comprendieron lo que quería decir"*. En realidad, ¿qué es lo que no comprendieron ?

Según la legislación de entonces, un muchacho de doce años era un menor de edad. El padre tenía la plena potestad sobre su hijo hasta que éste cumplía los doce años y medio. Hasta esa edad el niño tenía la obligación estricta de obedecer en todo a sus padres. En los documentos del tiempo se dice que a partir de los trece años cumplidos el padre no tenía ya obligación de mantener a su hijo, de tal forma que éste podía independizarse, contraer obligaciones y casarse. En este Evangelio se da a entender que Jesús tenía un año menos de la edad requerida para la autonomía propia del mayor de edad. Por eso precisamente sus padres no alcanzaron a entender el comportamiento del niño.

¿Qué es lo que viene a decir esta conducta de Jesús? Al quedarse intencionalmente en el templo, sin decir nada a sus padres, Jesús muestra su independencia con respecto a la propia familia. Teniendo en cuenta que él no hizo eso por causa de una actitud de rebeldía hacia sus padres, ya que en seguida añade el Evangelio que bajó con ellos a Nazaret *"y siguió bajo su autoridad"*.

Jesús mostró esa libertad porque para él lo único intocable era su relación con el Padre Dios. Ni siquiera aquella familia tan maravillosa era algo que había que mantener como absoluto. *"¿No sabían que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?"* Para él no hay nada más que una relación definitiva e intocable: la relación al Padre. Por eso dirá más tarde a sus discípulos: *"No se llamarán 'padre' unos a otros en la tierra, pues nuestro Padre es uno solo, el del cielo"* (Mt 23, 9). Este es el problema básico para Jesús. La relación con el Padre Dios cuestiona hasta las mismas relaciones familiares.

La familia de Jesús tuvo que soportar difíciles condiciones de vida; pero, ante las dificultades, todos reaccionaban apoyándose unos a otros.

José reacciona con una bondad y comprensión extraordinaria, cuando se le presenta el problema del embarazo de su esposa. No se muestra celoso de su honor; sino que, como hombre bueno, no quiere perjudicar a María. Justamente por esa disposición puede acoger en su corazón la revelación que Dios le hace: *"No temas tomar a María por esposa... "* (Mt 1,20).

El largo viaje para el censo, el desprecio de los habitantes de Belén, el nacimiento del Niño en un pesebre, la persecución de Herodes, el viaje a Egipto, muestran a José y a María compartiendo el sufrimiento y ayudándose a cumplir con la misión que Dios les había encomendado. La visita de los pastores, la llegada de los magos, la presentación en el templo, los muestran compartiendo la alegría de la salvación.

Junto a José y María, *"Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia, tanto para Dios como para los hombres"* (Lc 2,52). Esta educación que José y María dieron a Jesús no es autoritaria. El incidente del templo nos demuestra cómo sus padres respetan a Jesús. Los padres de Jesús saben que su hijo tiene su personalidad y vocación propia, y, aunque no lo entienden, lo respetan.

Por su parte Jesús *"volvió con ellos a Nazaret, donde vivió obedeciéndoles"* (Lc 2,51). Hijo respetuoso con sus padres, no renuncia a su forma de ser ni a su misión; pero obedece a sus padres, porque los quiere.

María *"guardaba fielmente en su corazón estos recuerdos"* (Lc 2,51). Ni María ni José quieren apropiarse para sí mismos al hijo; lo preparan para su misión.

En la Sagrada Familia admiramos un gran cariño, que ayuda mucho a que las personas se comprendan y se respeten cada una en su forma de ser; y la unión necesaria para superar las dificultades de la vida y disfrutar juntos las alegrías.

Diálogo comunitario

1. ¿Hasta qué medida los problemas de nuestra familia nos ayudan a comprendernos y respetarnos más a fondo?

2. ¿Quién es para nosotros la Virgen María? ¿Cómo nos la imaginamos? ¿Qué esperamos de ella?

3. Dar nuestra opinión acerca de lo leído sobre San José. ¿Qué pensábamos antes y qué pensamos ahora?

4. ¿Nos empeñamos por mantener el modelo actual de la familia como una cosa absoluta e intocable? ¿Hemos tenido que preferir alguna vez la relación con el Padre Dios antes que la relación con la familia? ¿Por qué? Contar algún caso.

5. ¿Es Dios nuestro valor absoluto, que está sobre todo y ante todo? Procurar contestar con absoluta sinceridad.

9 - FAMILIA Y REINO DE DIOS

Ciertamente muchas familias creen en Jesús y quieren honradamente seguirle, colaborando a construir el Reino de su Padre Dios. Intentamos en este capítulo esclarecer la relación existente entre la construcción del Reino y la familia.

a) Familias abiertas

Seguir el ejemplo de la "Sagrada Familia" es todo lo contrario de ese tipo de familia que sólo piensa en su propio interés, sin preocuparse de los sufrimientos de los otros: su aspiración suprema es no tener complicaciones, pues su horizonte es vivir lo mejor que se pueda, sin importar cómo.

A Jesús, en cambio, su familia nunca le encerró en sí mismo. Es más, la conciencia de su misión le impulsó a dejar su propia casa. Y a partir de entonces viaja casi continuamente, sin establecerse en ninguno de los sitios a los que llega. *"Este Hombre no tiene ni dónde descansar la cabeza",* dijo (Mt 8,20). En Cafarnaún la gente le insistía *"para que no se fuera de su pueblo. Pero él les dijo: Debo anunciar también en otras ciudades la Buena Nueva del Reino de Dios, porque para eso fui enviado"* (Lc 4,42-43).

Cuando Jesús llama a sus apóstoles, éstos dejan su oficio y su familia para seguirle (Mc 2,14). *"Todo el que deja su casa, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o propiedades por amor de mi nombre recibirá cien veces lo que dejó y tendrá por herencia la vida eterna"* (Mt 19,29).

No todos están llamados a dejar la propia familia, pero sí a mantenerse abiertos a los problemas de los demás. Jesús nos enseña que no debemos recortar nuestras preocupaciones al pequeño mundo de la familia.

Debe haber tiempo para oir la Palabra de Dios, para formarse mejor, para comunicarse con los demás, para luchar por que el Reino de Dios se haga presente. Esta es la lección que Jesús dio a Marta cuando ésta presentó su reclamo porque María estaba sentada escuchándolo: *"Señor, ¿no se te da nada que mi hermana me deje sola para atender? Dile que me ayude. Pero el Señor le respondió: Marta, Marta, tú te inquietas y te preocupas por muchas cosas, sin embargo, pocas son necesarias, o más bien una sola cosa es necesaria. María escogió la parte mejor, que no le será quitada"* (Lc 11,40-42).

La verdadera familia cristiana enseña a vivir en profundidad el amor mutuo, pero rompiendo los muros en que instintivamente tiende a encerrarse ese amor. Será tanto más cristiana la familia cuanto más vaya dejando de serlo en exclusividad, cuanto más vayamos queriendo como verdaderos hermanos a los que no lo son. A los prójimos hay que hacerlos cada vez más próximos, viendo ellos ver a Jesús.

La dedicación de Jesús al Reino de Dios no quiere decir que descuidó los deberes para con su madre. Tenemos un indicio claro de que Jesús se preocupó de la situación de ella cuando en la cruz, poco antes de morir, *"al ver a su madre y junto a ella a su discípulo más querido, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo"* (Jn 19,26).

El hecho de que se insista en el servicio de la familia a la camunidad no quiere decir que la comunidad sea una alternativa a la familia. Porque la familia desempeña funciones y tareas que

no pueden ser desempeñadas por ningún otro grupo humano. Los cuidados y atenciones que recibe el niño, primero de la madre, y más tarde también del padre, no pueden ser sustituidos por nadie.

La comunidad es un principio de enriquecimiento humano para la familia. Porque la comunidad de fe se construye sobre la base de la libertad y la igualdad entre todos, con una indispensable dosis de confianza y transparencia. Y cuando la familia se abre a la experiencia comunitaria, compartida con otras personas, entonces, lógicamente, las relaciones humanas se hacen más sanas y más limpias en el grupo familiar.

b) Libres para construir el Reino del Padre

Hemos visto que el Evangelio y la familia no siempre coinciden . Y no sólo no coinciden, sino que, incluso son dos realidades que tienen peligro de enfrentarse.

En cierta ocasión *"estaba Jesús hablando a la gente, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera, tratando de hablar con él. Uno se lo avisó: Oye, tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren hablar contigo.*

Pero Jesús contestó al que le avisaba: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo: aquí están mi madre y mis hermanos. Porque el que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es hermano mío y hermana y madre" (Mt 12,46-50).

Una cosa resulta clara en este pasaje, a primera vista un tanto extraño: Jesús se siente más vinculado a su comunidad de discípulos que a su familia humana: antepone la comunidad a la familia.

Es que Jesús viene a establecer un nuevo orden de relaciones humanas, basadas precisamente en que Dios es el Padre de todos y, por consiguiente, todos los hombres somos hermanos. De esta manera, la familia pasa a segundo término en las intenciones y preocupaciones de Jesús. El centro es la relación con Dios como Padre y la relación con todos los hombres como hermanos. Así se comprende la significación tan honda que tienen aquellas palabras que puso Juan en el prólogo de su Evangelio:

(La Palabra) vino a su casa,
pero los suyos no la acogieron.
En cambio, a cuantos la recibieron,
los hizo capaces de hacerse hijos de Dios;
son los que mantienen la adhesión a su persona.
Y éstos no nacieron de una sangre cualquiera,
ni por designio de una carne cualquiera,
ni por designio de un varón cualquiera,
sino que nacieron de Dios" (Jn 1,11-13).

No es ya la familia, ni el parentesco humano, lo que cuenta en el proyecto de Jesús, sino la nueva gran familia de los *"que mantienen la adhesión a su persona"*, con lo que son *"capaces de hacerse hijos de Dios"*.

Saquemos algunas conclusiones de estos planteamientos:

1º - Jesús exige a sus seguidores una libertad total con relación a su propia familia. De la misma manera que Jesús exige a los discípulos vivir libres con relación al dinero, al poder y al prestigio, igualmente exige también a sus seguidores una libertad real con relación a todo lo que crea dependencias y ataduras basadas en los lazos humanos que brotan del afecto familiar. Por eso, Jesús no acepta ni la despedida de los parientes, ni aun siquiera el entierro del propio padre (Lc 9, 59-62). Por eso también, Jesús no reconoce más familia que la comunidad de sus seguidores y ni siquiera acepta los elogios que se hacen a su madre (Mt 12, 46-50).

2º - La libertad para trabajar por el Reino lleva consigo inevitablemente enfrentamientos, conflictos, odios y rencores, que a veces pueden llegar a causar la misma muerte. Por eso Jesús habla de la división y las espadas que él ha venido a introducir en el seno de la familia (Mt 10, 34-37). Jesús anuncia el odio que va a nacer entre padres e hijos (Lc 14,26; 21, 16-18). Y les dice a los suyos que todo el mundo les va a odiar por causa de él. Por consiguiente, está claro que el Evangelio no presenta la unidad familiar como un valor supremo. Hay algo que está por encima del amor entre padres e hijos y hermanos de la misma sangre.

3º - Estos conflictos, odios y rencores tienen su explicación en una cosa: el que quiera seguir a Jesús, tiene que renegar de sí mismo y cargar con su cruz (Mt 10,38; 16,24; Mc 8,34; 10,32; Lc 9,23; Jn 12,26; 13,36-37; 21,19). Es decir, el que quiera ser creyente de verdad, tiene que renunciar al deseo de acaparar, a la pasión por dominar y mandar, y a la pretensión por sobresalir y brillar. Pero no sólo eso. El que quiera ser creyente de verdad, tiene que aceptar el ser tenido por un delincuente al que hay que ejecutar (eso es *"cargar con la cruz"*). Y la experiencia nos enseña que lo que casi toda familia fomenta es que sus miembros tengan mucho, que suban todo lo que puedan en la vida y que brillen lo más posible.

Y no es que Jesús pretenda que los creyentes sean despreciados u odiados. Es que él sabe perfectamente que el modelo de sociedad en que vivimos está basado sobre los pilares del dinero, el poder y el prestigio. Y el que se enfrenta a esos pilares, como lo hizo Jesús, corre la misma suerte que él corrió. He ahí el secreto y la explicación del conflicto cristiano entre el Evangelio y la familia.

c) Llamados a la santidad

Con frecuencia se ha pensado que la familia no está llamada a seguir de cerca a Jesús. Eso de la perfección cristiana era sólo para los que tenían "vocación". Para los casados había otro camino: el Evangelio era para ellos sólo algo remoto, que había que cumplir únicamente en los puntos imprescindible para salvarse.

Pero el llamamiento de Jesús a seguirle es para todos los que dicen tener fe en él. Y él no solamente llama a cada persona, sino a la familia y a la sociedad toda.

Si una familia quiere ser cristiana ha de estar dispuesta a seguir a Jesús, viviendo con él, y así continuar en la tierra su actitud ante la vida, su fe en el Padre Dios, su fraternidad, sus esfuerzos por ir construyendo el Reinado del Padre.

La familia cristiana trata a todos como hermanos en plano de igualdad; lucha contra el egoísmo y toda clase de avaricia; orienta su vida desde el amor. Su preocupación central no consiste ya en prosperar, sino en cómo construir comunidad de hermanos. Los seguidores de Jesús no pueden

aceptar nada que suponga disminución, atropello o supresión de la dignidad de una persona; y están dispuesto a enfrentarse con los poderes que intenten reprimir, explotar o manipular esta dignidad.

Este servir a Dios, haciendo propia la causa del hombre, fue la misión de Jesús. La gloria de Dios es la dignificación de la persona humana. El quiere a todos los hombres bajo un único señorío de Dios, como Padre, donde todos vivamos como hermanos y donde todos nos guiemos por la verdad, la justicia y el amor.

Estos son los ideales de todo el que quiera seguir a Jesús, sea que se encuentre solo o acompañado, soltero o casado. Estos deben ser, pues, los ideales que debe vivir toda familia que de verdad quiera ser cristiana.

Solamente situándonos en la perspectiva del Reino podremos comprender el profundo significado del matrimonio cristiano. Sin la perspectiva del Reino el amor de la pareja se convierte en un juego solitario sometido al azar de la pasión y de los sentimentalismos. El amor de la pareja fuera de su contexto humano y político es un amor reaccionario; es un amor encerrado en sí mismo y, por lo tanto, un no-amor.

Los valores del Reino los encontramos sintetizados en las bienaventuranzas (Mt 5, 3-12). Conoceremos algo del Reino a través de los pobres, de los que sufren, de los que tienen hambre y sed de justicia, de los que prestan ayuda, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los que viven perseguidos por su fidelidad. El amor de la pareja tiene que insertarse ahí, en el contexto concreto de las bienaventuranzas.

El matrimonio cristiano tiene que ser compromiso social, y no, como sucede con frecuencia, tumba en la que se entierra el compromiso. La pareja creyente tiene como meta el ser felices haciendo felices a los demás. Casarse cristianamente supone un compromiso social en pareja.

En una perspectiva bíblica el matrimonio y la familia se deben convertir en una comunidad de amor abierto y universal. Según el Antiguo Testamento, el matrimonio es comparado con el amor de Dios hacia su pueblo. Y en el Nuevo, es imagen de la unión y amor de Cristo con la Iglesia-Humanidad.

El amor de Dios es integrador, es fuerza que acoge en sí a todos los hombres y de esta forma crea fraternidad. El amor de Dios está abierto a todos como fuerza de bien, de bondad, de perdón, de fidelidad... El amor de Dios es Cristo mismo. Por eso el matrimonio será imagen de Dios en la medida en que su amor no se quede en los dos, sino en la medida en que su amor sea integrador, fuerza abierta a crear la unidad de la humanidad. Y será también imagen de Dios en la medida en que su amor sea la fuerza de bien y bondad que ayude a salvar a los hombres de sus egoísmos.

Según lo dicho, el matrimonio no es una meta para lograr unidad y amor de los dos, sino un punto de partida para llegar a ser unidad que integre y acoja, y amor que salve. Esta es la meta.

Planteado así el matrimonio, tendríamos que llegar a la conclusión de que, lejos de ser la tumba donde mueren y se entierran los grandes y nobles compromisos sociales, debe ser como el generador que crea y potencia todo compromiso social, pues él mismo es compromiso social. Es la misma fuerza de la unidad y amor de la pareja la engendradora de tales compromisos, porque el amor de por sí es abierto, dinámico, creador.

El matrimonio cristiano no se reduce, pues, a casarse por la Iglesia. Es necesario casarse para la Iglesia y para el mundo. Lo que fue decisivo para Jesús, debe serlo también para la familia que creen en Jesús. Por ello cualquier proyecto de familia vivido desde la fe debe estar subordinado a la implantación del Reino de Dios, tal como lo hizo Jesús.

Diálogo comunitario

1. ¿En qué medida mi familia está abierta a los problemas de los demás? ¿O estamos encerrados en nosotros mismos? Ser sinceros al contestar.

2. ¿Qué hacemos como familia para ayudar a los demás? No se trata de ayudas meramente personales, sino de la familia como tal.

3. Conversar sobre el aporte que damos como familia en la construcción del Reino de Dios. Detallar el aporte que damos y el que debemos dar.

4. ¿Nos sentimos llamados a la santidad como matrimonio y como familia? ¿Qué hacer para que la vocación a la santidad sea en nosotros cada vez más una realidad?

5. ¿Es Jesús para nuestro matrimonio y nuestra familia el centro de nuestras vidas? ¿Qué debemos hacer?

10 - LAS ENSEÑANZAS PAULINAS

Se ha dicho con frecuencia que San Pablo traicionó la enseñanza de Jesús respecto a la familia y la dignidad de la mujer. Y ello no es tan cierto. Es necesario situar sus afirmaciones dentro de aquel contexto histórico. Hay que saber distinguir entre textos doctrinales y textos que hacen relación a las costumbres culturales de entonces y aun a problemas muy concretos de una comunidad o región. Además, la investigación actual nos está entregando una nueva ayuda al distinguir entre cartas que verdaderamente escribió Pablo y otras que fueron escritas años más tarde por diversos autores que usaron su nombre.

Entre las cartas auténticas de Pablo están 1ª Tesalonicenses, Gálatas, Filipenses, 1 y 2 de Corintios, Romanos y Filemón. Las cartas de la cautividad (Colosenses, Efesios y quizás 2ª Tesalonicenses), parece que no proceden del mismo Pablo, sino de su círculo; las podemos llamar "postpaulinas". Las cartas pastorales (1 y 2 Timoteo y Tito), reflejan un momento posterior y más institucionalizado de la Iglesia; se suelen llamar "deuteropaulinas".

Las cartas postpaulinas, deuteropaulinas y 1 Pedro reflejan en parte la imagen del matrimonio y la familia que tenía aquella cultura ambiental. Sus autores pretenden realizar un difícil equilibrio entre la cultura ambiental y el mensaje de Jesús.

Pero, en general, se puede afirmar que todos estos textos, que si los comparamos con el tiempo actual representarían un retroceso, son, de hecho, un avance, situándolos en el contexto de la cultura y de la sociedad de aquella época.

a) Actividad pastoral de la mujer en las primeras comunidades

Las mujeres desempeñaron en las primeras comunidades cristianas algunas actividades importantes en el anuncio y en la práctica de la fe. Son muchas las mujeres que, en lenguaje paulino, *"trabajaron duro"* por el Señor (Rom 16,12).

Los Hechos de los Apóstoles nos hablan de Lidia (16,14-15), negociante de púrpura, la primera convertida en Filipo, muy activa en la comunidad. Mencionan también a Dámaris, (17,34), a algunas profetisas (21,9), y a unas que confecciona ropa para los pobres (9,36-37).

Pablo revela a través de sus cartas que diversas mujeres participan activamente en el movimiento cristiano, al mismo nivel que los varones, y ejercen funciones misioneras, de enseñanza y de liderazgo de las comunidades.

Conocemos a Ninfa que, junto con Filemón y Arquipo, eran líderes de una iglesia en su casa (Col 4,15). Evodia y Síntique son dos mujeres importantes en la actividad pastoral de Filipo. Pablo les pide que se pongan de acuerdo, puesto que *"lucharon conmigo al servicio del Evangelio"* (Flp 4, 2-3).

Priscila, con su marido Aquila, son los jefes de una iglesia en Efeso primero (1 Cor 16,19) y en Roma después (Rom 16, 3.5). Este matrimonio precedió a Pablo en la tarea misionera y colaboró con él en diversas partes, pero nunca estuvieron subordinados a él. Se les menciona siete veces y en cuatro ocasiones se nombra primero a la mujer. Además, Priscila siempre es nombrada por su nombre y no por el de su marido, señal de que era muy conocida en su actividad pastoral. Era mujer instruida, pues intervino en la enseñanza cristiana de Apolo, que era un hombre muy culto (Hch 18,26).

En Romanos Pablo saluda a María, Trifena, Trifosa y Perside, de las que dice que *"han trabajado mucho en el Señor"* (Rom 16, 6.12). Saluda a la madre de Rufo, *"que ha sido para mí como una segunda madre"* (Rom 16,13). De una mujer, Junías, junto con su marido Andrónico, dice Pablo que *"son compañeros de cárcel, apóstoles notables y se entregaron a Cristo antes que yo"* (Rom 16,7). Saluda a otras dos parejas, Folólogo y Julia, Nereo y su hermana, que seguramente son también misioneros (Rom 16,15).

Especial mención merece Febe, que probablemente es la portadora de la carta a los Romanos, de la cual Pablo dice que es *"diaconisa de la Iglesia de Cencrea",* y pide que la ayuden *"en todo lo que sea necesario, puesto que ella ayudó a muchos y entre ellos a mí"*, dice él. En el sentido paulino, el diácono era responsable de una Iglesia, con el oficio de misionar y enseñar.

Por Pablo sabemos también que diversos apóstoles y el mismo Cefas misionaban acompañados de *"alguna mujer hermana"* (1 Cor 9,5).

O sea, que en tiempo de Pablo diversas mujeres aparecen colaborando con él en la enseñanza, como misioneras itinerantes o responsables de una Iglesia, como apóstoles y diáconos. Y Pablo las estima y se alegra de ello. Tanto es así, que hoy día hay quienes designan a San Pablo como promotor de los derechos de la mujer.

b) Igualdad de la mujer

El movimiento de Jesús había producido una verdadera revolución en lo referente a la dignificación de la mujer. San Pablo nos trasmite la gran proclama de este movimiento misionero, anterior a él: *"Ya no hay diferencia entre judío y griego, entre quien es esclavo y quien es hombre libre; no se hace diferencia entre hombre y mujer. Pues todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús"* (Gál 3,28). Es ésta una magnífica expresión del entusiasmo de entrada en una nueva forma de existencia, tan distinta a la de la sociedad reinante... Muchas mujeres entraron entusiasmadas en el cristianismo, pues en él encontraban posibilidades de participación y protagonismo, que les eran negadas en la sociedad en general.

Algunos textos de San Pablo han sido interpretados como despreciadores de la mujer y, por consiguiente, contrarios a su igualdad con el varón. Veamos algunos casos, generalmente mal interpretados por no considerarlos dentro del contexto histórico y, además, por verlos desde la perspectiva de los textos deuteropaulinos

1. Ciertamente él alguna vez aconseja a las jóvenes que no se casen (1 Cor 7, 32-34). Pero este consejo hay que situarlo en su contexto histórico. En primer lugar, en aquel ambiente tan machista, a veces era la única forma de poder servir al Señor en las comunidades. Se trata de un consejo de sentido común. Pero además debemos saber que se trataba de un consejo subversivo según el orden reinante en Roma. El emperador Augusto había dado un decreto por el que imponía sanciones y fuertes impuestos a los solteros; y a las viudas sólo se les permitía permanecer en su estado si habían cumplido más de cincuenta años. Más tarde, Domiciano reforzaría aún más esta legislación. El consejo de Pablo era un desafío a esta legislación y a los valores culturales dominantes, pues se dirigía especialmente a personas de los centros urbanos del imperio.

Pero Pablo no sólo afirma las ventajas del celibato. Defiende el matrimonio en contra de las tendencias ascéticas que lo negaban. El énfasis con que subraya la reciprocidad y la igualdad de las relaciones entre los sexos es notable y no encuentra parangón ni en la sociedad judía ni en la pagana de su tiempo (ver 1 Cor 7, 3-5. 10-11). En esto Pablo recoge fielmente la tradición de Jesús. Y, por cierto, nunca pone la unión matrimonial en función de la procreación.

Pablo hace aún más. Defiende la estabilidad del matrimonio incluso cuando uno de los cónyuges se hace cristiano y el otro no (1 Cor 7, 12-13), a pesar de que el judaísmo consideraba roto el vínculo en este caso.

2. En el problema del velo de las mujeres, ciertamente se trata de un texto enrevesado y ambiguo (1 Cor 11, 2-16), pero se encuentran en él aportes interesantes. El primer dato es la constatación del hecho de que algunas mujeres oraban y profetizaban en el culto como dirigentes (v. 5). El problema está en que si deben hacerlo con la cabeza descubierta o no. Pues las mujeres corintias expresaban su conciencia de igualdad y libertad actuando públicamente sin velo. Así rompían la costumbre de entonces y con ello producían grave escándalo entre los cristianos no instruidos y entre los paganos. Ante esto Pablo quiere que se respeten las conciencias más débiles, como acababa de decir en la misma carta en el capítulo 8 refiriéndose al hecho de que algunos cristianos comían carne sacrificada a los ídolos. El principio que da entonces, vale también para

lo del velo: *"Es cierto que somos libres, pero cuídense que esa misma libertad no haga caer a los débiles"* (1 Cor 8,9).

En el caso del velo comienza usando un argumento sacado de la cultura y la filosofía ambiental: la subordinación de la mujer al hombre; pero enseguida se corrige afirmando que *"bien es verdad que en el Señor no se puede hablar del varón sin la mujer, ni de la mujer sin el varón. Pues si Dios ha formado del hombre a la mujer, el hombre nace de la mujer, y ambos vienen de Dios"* (11, 11-12). En toda esta sección de la carta (caps. 11-14) habla Pablo de la *"edificación de la comunidad"*. En ella reconoce la igualdad de los dos sexos y admite las funciones dirigentes de las mujeres en las asambleas, pero les pide por prudencia que no hagan obstentación de su libertad con un comportamiento externo que planteaba graves problemas a la evangelización.

3. Una tensión parecida entre el mensaje cristiano de igualdad y la cultura ambiental la encontramos en el famoso texto de Efesios 5,21-33, en donde Pablo habla de la relación entre el hombre y la mujer dentro del matrimonio. Inicialmente se afirman unas relaciones no igualitarias: *"Las mujeres sean dóciles a sus maridos como si fuera al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como el Mesías, Salvador del cuerpo, es cabeza de la Iglesia. Como la Iglesia es dócil al Mesías, así también las mujeres a sus maridos en todo"* (Ef 5,22-24).

La finalidad de este pasaje es subrayar que el matrimonio es un *"símbolo magnífico"* (5,32) para revelar el amor que Dios tiene a la humanidad. Siguiendo la tradición profética, en la que el amor divino había sido simbolizado por el matrimonio, Pablo parte del matrimonio judío tal como existía, para llegar a revelar el amor de Dios a la Iglesia, a través de Cristo. Dice que Cristo es la cabeza (el jefe) de la Iglesia (que es el cuerpo), así como el marido en aquella cultura era el jefe de la mujer. Nótese bien que no quiere definir las relaciones de debe haber entre marido y mujer. Se parte sencillamente de un hecho cultural, sin cuestionarlo, ni mucho menos purificarlo. El hecho existente entonces de la sumisión de la mujer al marido Pablo lo usa para comparar la relación que existe entre la Iglesia y Cristo.

Pero, igual que hizo en 1 Cor 11, aquí también en seguida recupera Pablo la novedad cristiana y pasa por eso a amonestar al marido: *"Debe amar a su mujer como a sí mismo"* (Ef 5,33), ya que los dos son una sola carne (5,25-33). A pesar de las ambigüedades, procura enseguida recuperar el equilibrio.

Este difícil equilibrio entre mensaje de Jesús y cultura ambiental no ha sido suficiente para impedir que en la historia posterior los textos de Pablo fueran invocados como palabra de revelación para legitimar el dominio del varón sobre la mujer.

c) La relación sexual según San Pablo

Siguiendo el espíritu del Mandamiento nuevo de Jesús, la escuela de Pablo lo concreta así en el caso del matrimonio: *"Maridos, amen a sus mujeres igual que el Mesías demostró su amor a la Iglesia entregándose por ella"* (Ef 5,25). Si Cristo, impulsado por su amor, ha hecho lo indecible por llenar a su esposa, la Iglesia, de gracia y santidad, de igual manera la entrega del hombre a la mujer tiene que estar llena de la misma actitud. La unidad entre ambos debe ser tan profunda que llegue a desaparecer toda posibilidad de ruptura y división, pues *"el que ama a su mujer a sí mismo se ama"* (Ef 5,28).

Este amor tiene que llegar también a la esfera de lo sexual. San Pablo habla claramente de ello en dos pasajes refutando un enfoque demasiado libertino sobre la sexualidad y otro demasiado

estrecho.

En el primer caso, ante la presencia de ciertos gnósticos libertinos, para los que ninguna actividad sexual manchaba el espíritu, Pablo muestra el carácter profundamente humano y personalista de la relación sexual. Su enseñanza se apoya en una exigencia bautismal y en una reflexión antropológica:

"El cuerpo no es para la lujuria, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo, pues Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros con su poder. ¿Se les ha olvidado que son miembros de Cristo?, ¿Y voy a quitarle un miembro al Mesías para hacerlo miembro de una prostituta? ¡Ni pensarlo! ¿No saben que unirse a una prostituta es hacerse un cuerpo con ella? Lo dice la Escritura: 'Serán los dos un solo ser'. En cambio, estar unido al Señor es ser un Espíritu con él. Huyan de la lujuria; cualquier perjuicio que uno cause queda fuera de uno mismo; en cambio, el lujurioso perjudica a su propio cuerpo. Saben muy bien que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en ustedes porque Dios se lo ha dado. No se pertenecen a sí mismos; han sido comprados pagando; pues glorifiquen a Dios con su cuerpo" (1 Cor 6,13-19).

Por razón del bautismo el hombre entero, hasta en sus estructuras corporales, ha sido transformado por Cristo. El cuerpo participa también de este destino, que le lleva a convertirse en realidad sagrada, propiedad exclusiva de Dios. Está impregnado por la fuerza del Espíritu que resucitó el cuerpo de Jesús. De ahí la urgencia de glorificar a Dios con el propio cuerpo; pero esa glorificación no es posible mientras la unión sexual no manifieste la plenitud y totalidad de su significado.

La entrega corporal, en efecto, no es un gesto sin importancia, sino que expresa un mensaje profundo. No se reduce a una simple necesidad biológica, como *"la comida es para el estómago"* (1 Cor 6,13), sino que la donación del cuerpo, como símbolo de la persona entera, supone la ofrenda de toda la persona, cosa que no se realiza en la unión con una persona no amada.
En el segundo caso, en Corintio, bajo la influencia del espiritualismo griego, algunos predican la abstención matrimonial. Creían que el cuerpo era malo por naturaleza. Los consejos del apóstol muestran un equilibrio realista extraordinario. Negar las relaciones sexuales en el matrimonio supone el desconocimiento de los deberes mutuos entre los esposos, pues por la entrega matrimonial se pertenecen el uno al otro: *"La mujer ya no es dueña de su cuerpo, lo es el hombre; ni tampoco el hombre es dueño de su cuerpo, lo es la mujer"* (1 Cor 7,4). La continencia puede darse dentro del matrimonio, pero de una forma temporal y pasajera para fomentar la oración. Lo contrario sería imprudencia y un posible engaño, ya que *"cada uno tiene el don particular que Dios le ha dado"* (7,7).

d) Las cartas paulinas posteriores a Pablo

El pensamiento de Pablo es desarrollado después de él en una línea en la que cada vez predomina más el punto de vista masculino.

En las cartas a los Colosenses y a los Efesios y en la 1ª de Pedro encontramos los famosos "códigos domésticos" que, en sustancia, legitiman la estructura patriarcal de la familia y el puesto del padre como señor absoluto (Col 3,18 - 4,1; Ef 5,21 - 6,9; 1 Pe 2,18 - 3,7; 5,1-5). Y se exige la sumisión de la mujer a su marido (1 Pe 3,1; Tit 2,5).

Más tarde, en las cartas pastorales, el proceso de institucionalización está bastante avanzado y, lógicamente también, el de patriarcalización. Ahora la mujer debe oir en silencio; ya no puede enseñar (1 Tim 2,11-12), lo que se opone a la costumbre de Pablo. Y la justificación que da el

autor es ciertamente despreciativa (vv. 13-14). El Pablo auténtico no veía nunca a la mujer ni como tentación para el hombre ni como responsable del primer pecado (Rom 5, 12-19). El autor de 1 Timoteo acaba restringiendo el papel de la mujer a la mera maternidad (1 Tim 2,15), cosa que Pablo en 1 Corintios nunca menciona.

En estas cartas deuteropaulinas la legitimación del orden patriarcal va acompañada de la aceptación del orden político del imperio (1 Tim 2,1-2; Tit 3,1). El modelo de la casa patriarcal sirve para configurar la vida y las relaciones internas de la comunidad cristiana. Por eso se pide que se elija como obispo a un padre de familia probado y de buena casa (1 Tim 3, 2-7; Tit 1, 7-9).

Al hablar del problema de las viudas (1 Tim 5, 2-16) se habla de ellas con cierta rudeza y se quiere reducir su número. A las jóvenes se les ordena casarse. Y sólo se puede aceptar oficialmente a las viudas sino después de cumplir los sesenta años y haber dado muestras de vivir los valores de la sociedad patriarcal (vv. 9-10).

En 1 Tim 2,12 el autor dice de forma contundente: *"A la mujer no le consiento enseñar ni imponerse a los hombres; le corresponde estar quieta, porque Dios formó primero a Adán y luego a Eva. Además, a Adán no lo engañaron; fue la mujer quien se dejó engañar y cometió el pecado"*. Este tipo de argumentación, contraria a la de San Pablo, se repetirá continuamente en ambientes eclesiásticos, incluso hasta nuestros días. Pero en aquel tiempo, hasta este texto tan duro tenía su explicación. El autor de tamaña prohibición se está refiriendo a un grupo de señoras ricas de Efeso, recién convertidas, que opinaban y discutían de todo, como si fueran grandes doctoras, con lo que creaban serios problemas en su comunidad. Por eso se les pide seriamente que sean más modestas y se pongan a aprender con humildad.

Como resumen, podemos decir que en las cartas posteriores a Pablo los autores de ellas se dejaron influenciar en algo por la cultura de su tiempo. Nos encontramos constantemente con dos datos en tensión: el dato dignificante y liberador propio de Jesús y el dato discriminatorio de aquel ambiente cultural. Por un lado asumen la novedad introducida por Jesús en relación con la igualdad de la mujer; por otro, no consiguen hacer valer esa novedad en su cultura y sigue pensando en la sumisión de la mujer. Mantienen una ambigüedad entre el elemento cultural y el que procede de Jesús.

La doctrina de Jesús es siempre la norma fundamental. Jesús es la cumbre de la revelación. Nótese, además, que casi todos los Evangelios se escribieron después de las cartas paulinas. Y ciertamente, desde el proyecto de Jesús, surgen hasta nuestros días exigencias emancipatorias de la mujer, muy críticas para la sociedad y para la Iglesia. Estamos legitimados y obligados a promoverlas.

11 - EL CELIBATO

Si la sexualidad es algo tan importante dentro del plan de Dios, resulta algo extraño que algunas personas, justo por ser fieles a Dios, decidan no casarse de por vida. Mucha gente no cree en el celibato o no lo entiende; algunos piensan que la persona que renuncia al sexo es un reprimido que nunca podrá realizarse plenamente.

Pero tenemos el hecho histórico de que Jesús no se casó. Y en aquel tiempo ello era incomprensible. El que una persona renunciase a formar una familia era algo realmente extraño, ya que el pueblo judío había exaltado grandemente la fecundidad.

Si nos preguntamos por qué Jesús no se casó, resulta que no encontramos en el Evangelio una respuesta directa y expresa sobre ello. Y, sin embargo, debió existir una razón profunda para que Jesús renunciase a algo tan santo como casarse y tener hijos.

A través de la historia, en la Iglesia se han dado diversidad de razones para justificar y defender el celibato. Se ha dicho que es un modo de testimoniar la otra vida en la que no habrá sexo. Se ha insistido en que las personas consagradas a Dios deben ser puras, ajenas a las turbulencias de la sexualidad.

Pero estos enfoques encierran algo terrible, porque en el fondo suponen que la sexualidad es algo negativo, que hay que dejarlo a un lado si se quiere avanzar en el camino de la fe. Piensan que Dios está más contento si se renuncia al sexo. Y entonces resulta que hay cristianos de primera y de segunda categoría, según renuncien o no al sexo.

Evidentemente éstas no pudieron ser las razones de Jesús para no casarse.

En cierta ocasión en la que Jesús les dice a sus discípulos que no es lícito divorciarse, puesto que la mujer es tan persona como el hombre y tiene los mismos derechos que él, los apóstoles se asustan y afirman que *"si ésa es la situación del hombre con la mujer, más vale no casarse"*. A esto respondió Jesús:

"No todos comprenden lo que acaban de decir, sino solamente los que reciben este don. Hay hombres que nacen incapacitados para casarse. Hay otros que fueron mutilados por los hombres. Hay otros que por amor al Reino de los Cielos han descartado la posibilidad de casarse. ¡Entienda el que pueda!" (Mt 19, 11-12).

Vemos que Jesús empieza reconociendo que no todo el mundo puede renunciar a una mujer o a un hombre. Es señal de inmenso realismo. La sexualidad es sumamente exigente y no es fácil renunciar a su realización. No todo el mundo puede "sublimar" su sexualidad. Es decir, poner sus energías sexuales en otras cosas que no tienen que ver directamente con ella.

Dice Jesús que no casarse *"por el Reinado de Dios"* es un don del mismo Dios. Por consiguiente, se trata de algo bueno, un "carisma" que Dios concede. Y si es un don divino, necesariamente contribuye a la realización humana de quien lo recibe, ya que es imposible que Dios dé algo que cause daño. Por lo tanto, si una persona encuentra que en la vida de célibe no se realiza humanamente, eso quiere decir que no ha recibido ese don o que lo ha perdido. Cada uno tiene que encontrar el modo de realizarse humanamente mejor. Y es posible que algunos se realicen humanamente renunciando al sexo. Pero quede claro que el célibe *"por el Reinado de Dios"* no

renuncia a su sexualidad. Ya vimos que ésta no se reduce a lo genital ni a lo meramente corporal, sino que es algo mucho más amplio.

Es importante recalcar que el motivo fundamental para elegir el celibato es el Reinado de Dios. En ciertos casos, el deseo de dedicarse a la proclamación y extensión del Reino, centrado en Jesús, es tan grande, que el individuo se ve absorvido por ello. La creación de una nueva sociedad según el modelo del Evangelio se convierte en el interés fundamental, y entonces, por eso, y sólo por eso, se renuncia al matrimonio y a la creación de una familia, a ejemplo de Jesús.

Si este ideal deja de constituir lo más importante, entonces el celibato pierde su sentido y se convierte en una limitación humana, en un empobrecimiento, en algo perjudicial para el que lo vive. Los peligros de convertirse en un solterón egoísta y neurótico serán entonces probablemente muy grandes.

Igual que la ciencia, la filosofía o el arte no exigen de suyo que el hombre renuncie a una familia, el Reino de Dios tampoco lo exige. Pero puede darse el caso de que alguien encuentre que de ese modo, a él particularmente, le va mejor así para dedicarse más de lleno. Evidentemente, otros, con otro modo de ser, con otro "carisma" distinto, pueden servir al Evangelio y a Dios viviendo su sexualidad plenamente.

Epílogo: Familia y futuro de la humanidad

Cuando un niño nace, no está acabado de hacer; el niño, "se hace" del todo, no sólo por los alimentos que toma y los cuidados físicos que recibe, sino además -y esto es decisivo- por la relación que mantiene con los padres y con los demás miembros de la familia y de la sociedad ambiental. El cariño que los padres muestran al recién nacido, los sentimientos que experimentan hacia él, la acogida, la ternura o, por el contrario, la indiferencia, la apatía, la agresividad, todo eso y hasta los sentimientos más íntimos, se van grabando en la intimidad del niño de tal forma que todo eso es lo que va "haciendo" y configurando lo que será, durante toda su vida, el equilibrio humano del futuro varón o mujer.

Mediante la familia, el niño pequeño se acomoda a las normas de comportamiento vigentes en una determinada civilización. La familia actúa, en todo tiempo y lugar, como el mejor instrumento de transmisión de las tradiciones, los criterios, y los convencionalismos de los padres. La vida y el trabajo de los hijos se determinarán por las normas transmitidas. Así es como cada sociedad y cada civilización se perpetúa, hasta el punto de que en eso reside una de las condiciones esenciales para la continuidad de la civilización y de la Historia.

Esto quiere decir que la persona "se hace" en la familia. Y "se hace" en la familia, no sólo porque de los padres recibe la vida, sino además porque en la familia se forma y se organiza (o se deforma y se desorganiza para siempre) la vida de la persona.

Pero si el bebé tiene la desgracia de nacer en una familia donde la madre tiene sus necesidades afectivas descontroladas, o donde el padre es una persona excesivamente rígida y dominante, entonces las cosas se pueden complicar hasta el punto de que el hijo resulte un individuo más o menos desadaptado o enfermizo.

Un desarrollo sano y adecuado del niño exige, no sólo la satisfacción de sus necesidades físicas, sino especialmente una atención y un amor personalizados. Los niños educados sin una auténtica familia muy difícilmente se adaptan a las condiciones de la vida adulta.

Los hijos asimilan en el medio familiar cosas tan maravillosas como son el amor, la fidelidad, la responsabilidad, el compromiso por los pobres, la lucha por un mundo nuevo; pero con frecuencia asimilan también cosas tan negativas como son el elitismo puritano, el racismo, el machismo, el deseo de instalación y de lucro, la pretensión de subir sin importarles aplastar a los demás, la acomodación a los valores burgueses de la sociedad...

La libertad de cada individuo con respecto a su propia familia es mucho menor de lo que normalmente nos imaginamos. Porque la familia es, no sólo un grupo de personas determinadas a las que el sujeto se siente profundamente vinculado, sino, además, un modelo de realizar la vida; y sabemos que, en muchísimos casos, el individuo tiende a reproducir ese modelo.

Todo esto nos viene a decir que la vida de la familia en nuestra cultura y en nuestra sociedad es un problema muy serio. Más aún cuando tratamos de afrontar las exigencias de nuestra fe en Jesús hasta sus últimas consecuencias.

Del modelo de familia que cultivemos y vivamos depende, ante todo, el futuro de la humanidad... Y para ello, la Biblia, y Jesús, en concreto, nos ofrecen una ayuda muy valiosa...

APENDICE:

LA DOCTRINA MATRIMONIAL

ANTES Y DESPUES DEL CONCILIO

Por mucho tiempo en la Iglesia el matrimonio ha estado sumamente desvalorizado. Sólo se daba importancia a lo jurídico y a lo moral. Los valores bíblicos, teológicos y espirituales se mantenían marginados.

a) Antes del Concilio

Según el antiguo Derecho Canónico (cánones 1.012, 1.013 y 1.801) el matrimonio no era sino un contrato, basado en el consentimiento de dos personas, "por el cual ambas partes se dan y aceptan el derecho perpetuo y exclusivo sobre sus cuerpos, en orden a poner los actos que de suyo son aptos para la generación de la prole". Como se ve, se trata de una definición pobrísima y aun ofensiva: ¡Un contrato de cuerpos...! Como si la pareja fuera únicamente un instrumento mecánico para "hacer hijos". Se llegaba a mirar al matrimonio como "remedio contra la concupiscencia..." Se daban normas minuciosas sobre lo que se podía hacer y lo que no estaba permitido. Pero rara vez se hablaba del amor conyugal, y menos aún de la espiritualidad y santidad matrimonial. La perfección cristiana estaba reservada sólo para los religiosos.

En las primeras décadas del siglo actual hubo algunas reacciones positivas en torno a los valores matrimoniales y se comenzó a hablar del amor como elemento necesario para la vida conyugal. Por los años treinta algunos teólogos se atreven a señalar como fin primario del matrimonio el mutuo perfeccionamiento de los esposos y el amor mutuo. Esta enseñanza fue condenada por el Santo Oficio el 3 de julio de 1942. Pero poco después Pío XI la proclamó en su encíclica "Casti connubii". Dice así su número 8:

"La formación interna recíproca de los casados, el cuidado asiduo por perfeccionarse mutuamente, puede llamarse en un sentido muy verdadero la causa y razón primera del matrimonio..."

Pío XII volvió a repetir conceptos parecidos. Diversos teólogos los desarrollaron, como Guardini y Haring, Y Juan XXIII, en la "Mater et Magistra", registra afirmaciones aún más amplias sobre los valores matrimoniales y familiares. Hasta que al fin maduró el Concilio, con el que se inició una verdadera revolución espiritual en el campo del matrimonio y la familia.

b) En el Concilio

El Vaticano II se refiere expresamente al matrimonio y la familia en los siguientes documentos:

- Constitución "Luz de las Gentes" (LG), nn. 11 y 47.

- Constitución "Gozo y Esperanza" (GE), nn. 47 al 52.

- Constitución sobre la "Sagrada Liturgia", nn. 77 y 78.

- Decreto "Optatam titius", n. 10.

- Decreto sobre la "Actividad Apostólica" (AA), n. 11.

En el Concilio el amor pasa a ser esencial en el matrimonio: "Este amor, por ser eminentemente humano, ya que va de persona a persona con el afecto de la voluntad, abarca el bien de toda la persona y, por tanto, es capaz de enriquecer con una dignidad especial las expresiones del cuerpo y del espíritu y de ennoblecerlas como elementos y señales específicas de la amistad conyugal" (GE, 49). La alianza matrimonial está encaminada a formar una comunidad de vida y de amor. El amor, según el Concilio, es la base, el fundamento, el alma de la vida matrimonial y familiar.

Los números 48 y 49 de la constitución "Gozo y Esperanza" forman un himno maravilloso al amor matrimonial. Se canta la unión íntima entre los cónyuges; la ayuda y servicio mutuo; la donación y entrega del uno al otro. El amor abarca el bien de toda la persona. Asociando a la vez lo humano y lo divino, el amor lleva a los esposos a una mutua y libre donación de sí mismos, expresada en actos y tiernos afectos. El amor se perfecciona y se desarrolla por su misma generosa actividad; supera toda inclinación meramente erótica y convierte el acto sexual en mutua donación.

El sacramento del matrimonio da al amor un carácter sobrenatural. "Este genuino amor conyugal es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo... Los esposos cristianos, para cumplir dignamente sus deberes de estado, están fortalecidos y como consagrados por un sacramento especial, con cuya virtud, al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del Espíritu de Cristo que satura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y su mutua santificación y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios" (GE, 48). Según este texto, matrimonio y amor están inseparablemente unidos.

El amor es tan importante, que hay que cuidarlo y hacerlo crecer sin cesar. El número 50 usa expresiones como "cultivo del amor conyugal", "cultivo del amor fiel"... No basta casarse por amor. Al amor hay que cuidarlo y alimentarlo, regarlo y acariciarlo, para que crezca, se desarrolle y dé fruto. Ello es una obligación de toda pareja.

La procreación no se antepone al amor, sino que es consecuencia de él (nº 50). Y esta fecundidad ha de ser generosa, pero responsable.

El amor conyugal ha de ser el testimonio más preciado que deben dar los esposos cristianos ante sus propios hijos y ante el mundo entero: "De esta manera ofrecen a todos el ejemplo de un incansable y generoso amor, contribuyen al establecimiento de la fraternidad en la caridad y se constituyen en testigos y colaboradores de la fecundidad de la madre Iglesia..." (LG, 41).
Este amor les debe llevar a un compromiso activo y dinámico, de forma que influya en el propio ambiente, trabajando por el cambio social, político, económico y religioso (GE, 75 y AA, 14). Deben colaborar con los hombres de buena voluntad para promover la paz, la justicia y la verdad (AA, 14). De esta forma, los esposos, con su testimonio de amor fuerte y fecundo, contribuirán a la extensión del Reino que Cristo vino a implantar en la tierra.

c) Después del Concilio

Como eco y respuesta al Concilio fueron apareciendo poco a poco otros documentos importantes.

En julio de 1968 Pablo VI publicó una encíclica sobre la "Vida Humana", acerca de la regulación de la natalidad.

En 1979 el episcopado latinoamericano publicaba sus documentos de Puebla. Sobre el tema matrimonial y familiar se habla en los números 568 al 616. Afirman que "el matrimonio es una alianza a la que se llega por vocación amorosa del Padre que invita a los esposos a una íntima comunidad de vida y de amor... Un amor, así entendido, en su rica personalidad sacramental, es más que un contrato; tiene las características de una alianza" (nº 582).

A finales de 1980 se celebró en Roma un sínodo dedicado a la "Misión de la familia cristiana en el mundo moderno". Fruto suyo fue la exhortación apostólica de Juan Pablo II "Familiaris Consortio", de noviembre de 1981.

En ella se insiste de una manera hermosa en la importancia del amor conyugal y familiar: "El amor es la vocación fundamental e innata de todo ser humano... El amor abarca también el cuerpo humano y el cuerpo se hace partícipe del amor espiritual" (11). "Así como sin el amor la familia no es una comunidad de personas, así también sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas" (18). "El matrimonio propone de nuevo la ley evangélica del amor, y con el don del Espíritu, la graba más profundamente en el corazón de los cónyuges cristianos..." (63).

La fecundidad aparece como "el fruto y el signo del amor conyugal, el testimonio vivo de la entrega plena y recíproca de los esposos" (28).

Quedan superados antiguos desprecios, al reconocer por igual "dos modos específicos de realizar integralmente la vocación de la persona humana al amor: el Matrimonio y la Virginidad. Tanto el uno como la otra, en su forma propia, son una concretización de la verdad más profunda del hombre, de su 'ser imagen de Dios'" (11). "El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y de vivir el único Misterio de la Alianza de Dios con su pueblo. Cuando no se estima el matrimonio, no puede existir tampoco la virginidad consagrada; cuando la sexualidad humana no se considera un gran valor donado por el Creador, pierde significado la renuncia por el Reino de los cielos " (16).

Con toda claridad se afirma que el matrimonio es un "sacramento de mutua santificación". Y "de ahí nace la gracia y la exigencia de una auténtica y profunda espiritualidad conyugal y familiar..." (56), espiritualidad que es todo un reto a construir.

Se insiste también en la necesidad de que la familia se abra a los demás (21), en desempeño de una función social y política (44), orientada a la construcción de un nuevo orden internacional (48).

El nuevo Derecho Canónico, publicado en 1983, aun dentro de su propio juridicismo, da una nueva definición de matrimonio: "La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevado por Cristo Nuestro Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados" (1055).

BIBLIOGRAFIA
¡Error!No se encontraron elementos de tabla de contenido.

¡Error!No se encontraron elementos de tabla de contenido.

El desafío de la realidad 5
A - ANTIGUO TESTAMENTO 9
1 - LOS PRIMEROS TESTIMONIOS 10
2 - LA PAREJA HUMANA 12
a) La pareja en los primeros relatos del Génesis 12
b) La tragedia del pecado 15
c) El sexto mandamiento: Mutua dignificación 16
d) Sexualidad humana 17
3 - EL MATRIMONIO
COMO SIMBOLO DE LA ALIANZA: LOS PROFETAS 20
a) Un testimonio de fidelidad: Oseas 20
b) La imagen del adulterio en Jeremías 21
c) La alegoría de Ezequiel y los cantos del 2º Isaías 22
d) Significado simbólico de la entrega conyugal 23
4 - LA LITERATURA SAPIENCIAL 25
a) Dignificación de la mujer 25
b) Los celos 27
c) Educación de los hijos 27
d) Respeto y atención a los padres 28
5 - EL CANTAR DE LOS CANTARES: UN EVANGELIO DEL AMOR 30
BIBLIOGRAFIA 109

INDICE 110